

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24.

NUM. 280.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

ABRIL 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle López Hoyos, 6

MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042



EL AÑO MUSICAL

(1911)

MÚSICA DE CÁMARA —La Sociedad Filarmónica: Obras y artistas.—Cuarteto Francés: Una sonata de Manzanares.—Cuarteto Español: Un cuarteto de Villar.—Concurso de Cuartetos.—Varios conciertos: Joaquín Larregla.

MÚSICA SINFÓNICA.—La orquesta Sinfónica de Madrid: Obras estrenadas.—Los dos festivales de la Asociación Wagneriana.

MÚSICA DRAMÁTICA.—El teatro Real: *Cristo en la fiesta de Purin*, de Giannetti; *Resurrección de Alfano*, *Tristan e Iseo*, *El final de Don Alvaro*, de Conrado del Campo.—Saco del Valle.—Los demás teatros.

VARIA.—El Conservatorio.—Conferencias musicales: Bretón, Villar, Salvador y Roda.—Conciertos en el Ateneo y en el Círculo de Bellas Artes.—Concursos musicales: La Misa de Conrado del Campo.—Homenajes a Pedrell y a Bretón.—Publicaciones.—Necrología.—El arte español en el extranjero.

LA MÚSICA EN PROVINCIAS.—Barcelona: Conciertos corales, sinfónicos y de cámara.—San Sebastián, Bilbao, las Sociedades filarmónicas.

Los conciertos del décimo año de la Sociedad Filarmónica Madrileña estuvieron a cargo de los Cuartetos Rosé (de Viena) y Klingler (de Berlín), de Kreisler y Bauer (violín y piano), de los pianistas Risler y Lhévinne, y de la soprano María Luisa Debogis.

El éxito de esta última no fué tan franco ni tan general como en la temporada anterior. En sus conciertos (21, 23 y 25 de Noviembre de 1910) tocó el repertorio antiguo y moderno, desde las arias de Lully y Rameau, hasta las melo-

días de Debussy; desde las antiguas canciones francesas del siglo XVIII, hasta los apuntes pintorescos de Max Reger. Es lástima que esta literatura del *lied* no arraigue más rápidamente entre nosotros. Sin ella, sin comprenderla, ni es posible penetrar en la esencia del drama lírico, ni pasar en la apreciación de la música vocal, del lado puramente externo, de belleza sonora. Nuestro público, oyendo cantar siempre en un idioma extraño, no dando importancia a la letra, ha ido haciéndose juez peritísimo en pescar entonaciones poco justas cuando se trata del registro agudo, y en contrastar la pureza y morbidez del sonido. En fuerza de oír cantantes italianos de buen mecanismo vocal, no transige con lo que no traiga como condición primera ese refinamiento de técnica laríngea. María Luisa Debogis pasa en Alemania—o cuando menos así lo afirma la crítica—por partir en la interpretación del *lied*, de la belleza sonora, para buscar, mediante ella, la expresión característica, y sin embargo, para nosotros, habituados al perfecto mecanismo de las tipleas ligeras, era imposible dejar de echar de menos en algunas obras, como en *Rossignols amoureux*, de Rameau, esa perfección en los trinos, picados, ligados y ecos de las que se perfeccionaron en la escuela italiana.

En los *lieder* que ante todo requieren solemnidad y potencia de voz, como *La gloria de Dios en la Naturaleza*, y el canto de entusiasmo en *Amor y vida de mujer*, de Schumann, quizá se echen de menos en ella esas condiciones; quizá también en esos cantos íntimos de Brahms, fuera de desear un sentimiento más profundo; pero en lo pintoresco, en lo gracioso, en lo amable, en lo poético, en lo sentimental, en todo aquello que constituye los componentes de un alma de mujer moderna, más equilibrada que exaltada, las interpretaciones de la Debogis parecieronme un encanto. Encantadoras aquellas canciones francesas del siglo XVIII de perversión inocente, de candidez deliciosa, donde todo es sencillez, donde la pasión deja el puesto al discreto amable; encantadora en *La Violeta*, de Mozart, donde el alma de Goethe parece haber vivido en el alma

de la flor; encantadora en las leyendas de *Loreley* y del *Rey de los Alisos*, con la sugestión que pone en la voz del fantasma; encantadora en el *Wohin?* de Schubert, ligero y gracioso; encantadora, en fin, en el aria de Lully, en el delicioso *Matrimonio de las rosas*, de César Franck, en las melodías de Debussy, y en los *lieder* de Max Reger—*Cuando florece el tilo*, y *Creo, amor mío*—dos picarescos apuntes, vistos á través de un humorismo alemán.

Los Cuartetos Rosé y Klingler parecían personificar el tipo de las dos capitales, Viena y Berlín. El Rosé, siempre fino, elegante, distinguido, revistiéndolo todo de un encanto sonoro, transformándose a cada obra, adaptándose a todos los estilos; el Klingler, más rudo, más brusco, más varonil, yendo a buscar siempre una profundidad de sentimiento, una emoción honda que cantar. Mientras el Cuarteto Rosé da la impresión de haberse puesto a estudiar las obras, cuando nada le quedaba por aprender en la técnica de los instrumentos, el Klingler da la de haber estudiado siempre en un sentimiento intensamente emotivo, y hasta como si hubiera aligerado los trabajos preparatorios en su deseo de llegar pronto a la emoción. De aquí que no sepa yo preferir en Rosé ninguna obra determinada de las que ejecutó en sus tres conciertos del 9, 11 y 13 de Enero; que, desde el punto de vista de la interpretación, no sepa ni señalar como punto culminante el delicioso cuarteto de Haydn obra 3, núm. 5, con el alarde de pianísimo que hizo en la amibuetada serenata del andante, o el cuarteto de Brahms en *si* bemol, o el colosal cuarteto en *do* sostenido menor, de Beethoven, que, tocado de un solo aliento, sin la menor pausa, mantuvo la emoción del público durante los cuarenta y cinco minutos que dura, y aun hizo correr un estremecimiento general en el momento de atacar con fantástica y demoníaca furia el alegro final de obra tan estupenda. De aquí también que en el Klingler vayan mis preferencias hacia lo hondo y lo intensamente emotivo, a los cuartetos de Brahms y de la última época de Beethoven; que en su Haydn no vea yo mi Haydn jovial, ale-

gre, con su atildada peluca, que en todas las obras me pareciera como si las vieran á través de grandes sufrimientos y dolores.

En sus tres conciertos (6, 8, 10 de Marzo) sólo estrenó el Cuarteto Klinger una obra moderna, el cuarteto en *re* bemol, obra 15 de Ernst von Dohnanyi, el pianista húngaro a quien habíamos aplaudido el año anterior en su colaboración con Vecsey. Es encantador, de gran solidez técnica. El ritmo del *presto* se impone desde el comienzo con su fuerza, su originalidad y su fantasía. Interno a veces, pintoresco otras, es la obra de un compositor y de un poeta.

Kreisler y Bauer dieron tres sesiones de sonatas de violín y piano, los días 18, 20 y 22 de Abril. Con razón pasa Kreisler por ser hoy la primera figura entre los violinistas. Todo en él es serio, depurado, impasable. A su gran maestría en la técnica y en la dicción, une la admirable musicalidad, la gran conciencia de un verdadero artista. Bauer era muy conocido entre nosotros en su bien ganada reputación de artista serio y de primera fila. Ambos se fundían bien, aunque sin esa compenetración de los que a diario se estudian y se adivinan; pero tanto el uno como el otro, quizá por temperamento, quizá por el repertorio que más intensamente cultivan, son más propensos a la gracia, a la finura, a la poesía, que a penetrar en profundidades de emoción. De aquí que sus mayores éxitos, que donde arrebatara al público fuera en esas obras de insuperable elegancia, como la *Fantasia* de Schubert, o en aquellas otras donde el sentimiento poético resalta con cierta expansión.

Lhévinne actuó como pianista en los conciertos de la Debogis, ya citados. Ideal intérprete de Chopin y de Mendelssohn, nos dió a conocer algunas obras de la moderna escuela rusa (Borodin, Liadoff, Scriabin, Balakireff), en las que predomina el elemento pintoresco, y un arreglo de la célebre *Chacona*, de Bach, para violín solo, hecha por Bussoni, quien ha conseguido al trasladar al piano la célebre obra de Bach,

dar la impresión de que está pensada, hecha y escrita para este instrumento.

Risler también nos trajo novedades, entre ellas, tres, o por mejor decir, dos, de verdadera importancia: la Sonata de Dukas y las treinta y tres variaciones de Beethoven sobre un vals de Diabelli. Pocas obras modernas de piano han despertado tanto interés, ni ocupado tan hondamente a la crítica como la Sonata de Paul Dukas. El célebre crítico y compositor francés, sólo de tarde en tarde produce alguna obra; pero cuando las lanza al público, cuando las deja oír, van revestidas de un trabajo de depuración tan grande, tan concienzudo, llevan ya de tal manera el sello de su personalidad, que su aparición determina un movimiento de curiosidad y de interés en el público, movimiento rara vez defraudado por el compositor. Además Dukas, parece como si se complaciera en intentar a cada nueva obra una dirección distinta. Su *Aprendiz de brujo*, miraba a lo pintoresco; en sus *Variaciones* y en su *Sonata*, al espíritu de Beethoven, de Brahms y de César Franck; en su *Ariana y Barba Azul*, al drama lírico. No creo que haya necesidad de repetir que la *Sonata* es obra de arte elevado, de infatigable aspiración de belleza. Sus grandes proporciones, la elevación de su pensamiento, el acierto con que el autor desciende de la idea motriz a las líneas generales, de éstas a los grupos temáticos, y de ellos al detalle, conservando siempre el tranquilo dominio de su pluma, sólo pueden apreciarse en una interpretación tan perfecta y tan intensa como la que Risler nos dió. En la obra me parece notar una dirección constantemente acusada de la complicación a la sencillez. Me parecía sentir en los dos primeros tiempos, en el primero, sobre todo, un afán de tormento armónico, como si después de escrito en una armonía más sencilla lo hubiera complicado el autor en el deseo de presentar la obra más trabajada y original. La evolución de la obscuridad a la luz, que noto como característica, parece dar el triunfo en esta obra, como en tantas otras, a la claridad y a la sencillez. El final, el tiempo más claro, el

más sencillo, el más luminoso, es también el que produce emoción más honda y más intensa, el que más se acerca por su espíritu a Beethoven, a Brams y a Franck.

¿Qué decir de las admirables *Variaciones* de Beethoven sobre un vals de Diabelli? Hijas de una broma, de una humorada del compositor, comienzan tratando el vulgar y amanerado vals de Diabelli con sus características rosalías, en tonos alegres, como inspirados por una sonrisa; pero, poco a poco, Beethoven va encariñándose con las melodías, con los pensamientos musicales que brotan de su pluma, y llega un momento en que la sonrisa desaparece de sus labios, en que su alma se eleva a las regiones de donde descendieron las últimas sonatas y los últimos cuartetos, y lo que había comenzado siendo un juego, conviértese en idealismo puro, en substancia espiritual, en algo que sólo Beethoven supo pensar, sentir y llegar al mundo.

Otra obra importante que nos hizo oír Risler fué su transcripción del *Till Eulenspiegel*, de Strauss. De la obra no he de hablar; de la transcripción sólo indicaré que está hecha más bien por un compositor que por un pianista, mirando al interés y espíritu del poema, sin preocuparse para nada de las dificultades mecánicas.

Las Sociedades españolas de música de cámara dieron en Madrid pocos conciertos. La de Instrumentos de viento no dió ninguno; el Cuarteto Francés dió cuatro; el Español, dos.

En los programas del Cuarteto Francés sólo figuró una obra española, la Sonata en *fa* sostenido menor, de Jacinto Manzanares. No suelen distinguirse las obras de este joven compositor, por lo complicado de su trabajo técnico ni por sus vuelos hacia grandes alturas. Su característica suele ser la sencillez, la ingenuidad y la inocencia del pensamiento, la fina nota de una poesía delicada. En la sonata mira a Schumann, cuyo romanticismo apasionado ha sabido asimilarse bien en el primer tiempo, el mejor de la obra, para mi gusto. La romanza la encuentro menos original y elevada, aun con la

nota de poesía de su final con sordina: el *allegro* final, a lo Schumann, es el tiempo que menos me agrada. Bien ejecutada por los Sres. Guervós y Francés, fué acogida con aplausos y elogios.

El joven Cuarteto Vela sufrió este año una nueva transformación. El Sr. Vela marchóse a París, y sus compañeros eligieron como primer violín a D. Abelardo Corvino, cambiando el nombre del Cuarteto Vela por el de Cuarteto Español. Antes de presentarse al público han trabajado mucho, para lograr en poco tiempo esa homogeneidad, ese equilibrio, esa ponderación, tan indispensables en todo conjunto musical. Quizá ese refinamiento del detalle, ese deseo de hacerlo oír todo, los lleva a una cierta lentitud en los movimientos, y a exagerar la tendencia al piano y al pianísimo; pero de todos modos, desde su presentación en esta nueva forma, cautivaron al público con lo esmerado y exquisito de su trabajo y su preparación. Como el Cuarteto Francés, sólo nos dieron a conocer una obra de autor español: el que figuraba en el programa como *Primer cuarteto* de R. Villar. Prefiero las *Canciones leonesas* de este compositor al cuarteto. En aquéllas, la poesía de la melodía popular está hábilmente realzada por una armonía distinguida, esfumada, vaga, que alía a maravilla con la poesía de las sierras leonesas. En el cuarteto esa poesía sólo existe en la presentación de los temas: lo demás da la impresión de un trabajo poco sincero, poco espontáneo, de empleo de procedimientos, sin otra finalidad que la del procedimiento mismo, de imitaciones de Grieg, de una rapsodia más bien pensada que sentida. La obra fué aplaudida.

No debo terminar esta parte relativa a los Cuartetos sin indicar que, por virtud del nuevo Reglamento de Exposiciones, se celebró al mismo tiempo que la Exposición de Arte Decorativo, un concurso para premiar un cuarteto (composición), y un Cuarteto (agrupación instrumental). En el primero triunfó D. Conrado del Campo; en el segundo, al que se presentaron los Cuartetos Español y Francés, obtuvo el premio el prime-

ro de éstos, siendo propuesto el Francés para una condecoración.

Aparte de los conciertos de la Filarmónica, no nos visitó más solista extranjero que Borschke, de quien hablé el año anterior. En cambio hemos tenido a tres pianistas españoles: a María Luisa Ponsa, a Carmencita Pérez y a Joaquín Larregla. La primera dió dos conciertos en el teatro Español, los días 16 y 18 de Mayo, ejecutando en ellos, entre otras obras, cuatro de Albéniz, y la *Serenata andaluza* de Malats; Carmencita Pérez, la precoz artista de quien hablé el año pasado, nos encantó de nuevo con su concierto en el Príncipe Alfonso, el 19 de Abril; Joaquín Larregla, el célebre pianista y compositor navarro, dió tres (13 de Febrero, 11 y 13 de Diciembre), principalmente dedicados a sus obras, pertenecientes todas a los géneros de salón y de concierto, algunas de las cuales, como el *Minué de las Rosas*, *Bella Mimosa*, *Tarantela*, *Jota Navarra*, etc., gozan de gran popularidad en España y fuera de ella. Inútil es decir que estos últimos conciertos estuvieron muy concurridos, y que los aplausos no cesaron durante la ejecución del programa.

*
* *

Como en años anteriores, la Orquesta Sinfónica, única que en Madrid existe hoy, sólo dió seis conciertos en el teatro Real, bajo la dirección del maestro D. Enrique Fernández Arbós.

Estrenó en ellos la leyenda sinfónica *Sadko*, de Rimsky-Korsakoff; el preludio de la Cantata 29 de Bach; un Coral y fuga, y algún otro arreglo del mismo compositor, y dos obras españolas, premiadas en el anterior Concurso musical: la *Leyenda*, de Manrique de Lara, y un poema sinfónico de Arregui. El resto de los programas se basaba en el repertorio que todos los años oímos a esta orquesta.

La mayor parte de las obras de Bach que se ejecutaron eran adaptaciones, arreglos más ó menos hábilmente hechos: lo

original no necesita aquí de nuevos comentarios. En la enorme producción de Bach descuellan, como cimas de sus grandes obras, la misa en *si* menor, las *Pasiones*, algunas cantatas, y aunque todo lleve el sello de su genio, lo mismo cuando se eleva á alturas de fe religiosa, que cuando desciende a la sonrisa y a las gracias del estilo galante, sólo en un estudio de análisis podríanse pesar y medir las cualidades y bondad de lo que entra en la masa de su producción. Cualquier joyita de estas firmada por otro nombre, bastaría a hacer una reputación; entre el caudal de Juan Sebastián, son números, unidades que carecen de realce.

El nombre de Rimsky-Korsakoff se extiende y se populariza más cada día, principalmente entre el público francés é inglés. Quizá se deba esta preferencia a la tan marcada que los franceses tienen por el color, interesándoles más la manera de decir las cosas que las cosas mismas; quizá éntre también como factor de esta expansión la rivalidad del arte francés con el alemán, más que por parte del público, por las clases directoras artísticas... De todos modos, el hecho es que en Francia, si reciben con semblante hosco y pluma agresiva los nombres de Brahms, de Mahler, de Bruckner y aun de Strauss, abren los brazos ante Mussorgsky, Rimsky-Korsakoff y Borodin. *Sadko* es una nota de color, fina, interesante, pintoresca: desgraciadamente, la única ejecución que oímos se resistía bastante de falta de preparación, y una nota de color, sin color, apenas puede estimarse.

El poema sinfónico de Arregui está inspirado en el cuento de Andersen, *Historia de una madre*. El autor va a recrearse en los momentos más musicales de la narración, con sinceridad encantadora, tocando discretamente alguna nota que, dado el tono del poema, pudiera resultar un tanto peligrosa. No disimula su admiración por Strauss en la primera escena, análoga a la que da principio a *Muerte y transfiguración*; pero aun en estos momentos no se detiene en la imitación servil, y sabe dar una nota de poesía íntima, sentida. Quizá peca el poe-

ma de exceso de dimensiones para una primera audición; pero el público lo acogió con gran aplauso, e hizo salir al autor repetidas veces al proscenio.

La Orquesta Sinfónica tomó parte también en los dos festivales que organizó la naciente Asociación Wagneriana de Madrid: el primero en el teatro de la Princesa, el segundo en el teatro Real.

Componían el programa del de inauguración, una biografía de Wagner, escrita y leída por el Vicepresidente de la Sociedad, D. Valentín de Arin; una amenísima charla, en la que D. Félix Borrell, quien siempre ocupó el primer puesto en la defensa y propaganda de las obras de Wagner, nos contó las fases por las que fué pasando la aclimatación del wagnerismo en Madrid, las decepciones, las luchas, los primeros éxitos, el triunfo definitivo; y un programa donde, al lado de los cinco cantos que Wagner escribió sobre las poesías de su amada, figuraban el *Idilio de Sigfrido*, *Los encantos del Viernes Santo* y el prelude de *Los Maestros*.

El segundo festival nos dió a conocer, además de la Obertura de *Fausto* y de algunos fragmentos del *Buque fantasma*, todo el segundo cuadro del primer acto de *Parsifal*, con voces. Dirigía la orquesta el maestro Rabl, y tanto él, como los solistas, los coros y la orquesta, alcanzaron un éxito fervoroso, debido quizá, más que a ellos, a la mística y enorme emoción de ese momento, uno de los más grandes que han brotado del sentimiento wagneriano. Injusto fuera no agregar una nota más en elogio de Challis, por la honda emoción con que recitó su parte.

El coro que tomó parte en esta audición fué el de la Capilla Isidoriana, que, como todos los años, consagró la mayor parte de su trabajo a la música religiosa, dando en la Semana Santa hermosas audiciones de las obras de los polifonistas en los oficios que se celebraron en la Catedral.

* * *

El teatro Real ofreció, en las dos medias temporadas encerradas dentro del año 1911, el mismo desfile de cantantes exigido por el abono y contratado por la Empresa; desfile en el que, al lado de nombres tan ilustres en la historia del canto italiano como la Storchio, Anselmi, etc., figuran, como es natural, otros no tan preclaros ni esplendentes.

Se estrenaron para nuestro público cuatro óperas, dos italianas, una de Wagner y una de un compositor español. De las dos primeras diré muy poco. Titúlense *Cristo en la fiesta de Purin*, del maestro Gianneti, y *Resurrección*, del maestro Alfano. El autor de la primera, peina canas, ha sido en estos años últimos maestro concertador y director de orquesta en el teatro Real, y justo era que subiese a la escena en calidad de autor, recompensando así el celo y el trabajo que ha puesto al servicio de nuestro único teatro lírico durante varias temporadas. El autor de la segunda es un muchacho por su aspecto, casi un adolescente; su obra dicen que había triunfado en varios teatros de Italia y de fuera de ella. Yo confieso que no la había visto aparecer entre periódicos y Revistas con los fulgores del éxito, y que más bien atribuí su presentación en el teatro Real a exigencias industriales de alguna casa editorial. Ambas obras están bien: son fruto de compositores; pero ni la una ni la otra despiertan la emoción de la verdadera obra de arte: ni la impresión profunda del genio, ni el cosquilleo estético del triunfador Puccini. Ambas miran a este favorito de los públicos italiano y no italiano; *Cristo* más de lejos, en un ponderado selecticismo; *Resurrección*, más de cerca, como si Alfano buscara en la luz puchinesca el foco donde abrasarse.

No creo que sea esta ocasión para repetir lo que tantas veces se ha dicho de *Tristán*. La literatura wagneriana es tan copiosa, son tantos los cerebros que sobre ella han discurrido, los ingenios que la han interpretado, los razonadores que la comentaron, que todo cuanto de ella se diga huele a tópico para el que esté algo versado en lecturas de esta índole. Además, si *Tristán* resultaba estreno en Madrid, para mí era

«una audición más», pues desde la vez primera que la oí han transcurrido muchos años, sin que durante ellos se enfríen mi entusiasmo ni mi interés.

La ejecución fué buena por parte de los dos protagonistas—Viñas y la Gagliardi;—muy distante de la poesía de otras audiciones, por parte de los demás. Viñas ve muy bien el personaje; quizá un poco frío, en los apasionados arrebatos del gran poema de dolor que encierra el acto tercero. La Gagliardi hace una Iseo meridional, caliente, vibrante; quizá no es tampoco el personaje que Wagner realizó, pero es su arte tan sincero, tan espontáneo, va tan bien con su voz cálida y su acción de un país de sol, que aun el más descontentadizo se siente avasallado por esa hermosa fusión, por la compenetración completa de todos los factores que integran su realidad escénica. Como antes indico, ni los demás personajes, ni la orquesta, ni el director, dieron una nota que se aproximara a lo que otros teatros guardan como tesoro de tradición en la manera de ver esta obra: unos por preocuparse de las entonaciones sin hacer caso del espíritu, ni aun de vestir ni hacer el personaje; otros por encerrar la ejecución en una discreta lectura; el director por no ver en *Tristán* sino fuertes y pianos, sin nada íntimo, sin nada interno; sin apreciar, cuando más, sino efectos de brillantez y de caliente sonoridad.

La otra obra estrenada fué *El Final de Don Alvaro*, drama lírico español, letra del célebre poeta Carlos Fernández Shaw, ya fallecido, música de Conrado del Campo. Mientras las obras italianas que en el año se estrenaron, llegaron a la escena después de una preparación cuidada, amparadas por artistas de renombre, al *Final de Don Alvaro* regateáronle ensayos y salió como de lástima, cuando sólo restaban dos o tres funciones para cerrar el teatro. No bastó el cariño que en la ejecución puso la orquesta, ni la buena voluntad de los cantantes: la obra fué insegura, sin dominar, sin que nadie estuviera en su puesto con esa serenidad tranquila, con ese desahogo que permite infundir la emoción. De aquí que a pesar del cariño con

que todos fuimos a oír, apenas pudiéramos adivinar las bellezas, entreverlas a través del velo gris de la atención que ponían cantantes e instrumentistas en mantener el compás y recordar lo más bien hilvanado que aprendido; que los únicos momentos en que nos sentimos dentro de la obra, vibrando con el sentimiento del autor, fuese en las notas de delicada poesía, en las más sencillas y más aseguradas, en la canción que entona el labriego al terminar el acto primero, y en los coros pintorescos con que comienza el segundo. En lo demás, veíamos la depurada técnica del compositor, su anhelo de belleza, su pensamiento más sentimental que trágico; pero en estado de potencialidad, sin llegar al ser.

Gracias a la naciente Asociación Wagneriana de Madrid, nos dió la empresa del teatro Real *El Anillo de Nibelungo*, en cuatro miércoles consecutivos, agregando después un *Tristan*, cantado por Rousselière (quien apenas dominaba la obra) un *Lohengrin* y un *Tannhäuser*. Digno de mencionarse aquí, es el episodio ocurrido en una representación de *Tristan*. Enfermó el maestro que dirigía la orquesta un día en que ésta se había anunciado en los carteles. Próximo ya el momento de la representación, supo la empresa la enfermedad. No convenía suspender la representación, y todo hacía creer que sería imposible darla, cuando el joven maestro Arturo Saco del Valle, se brindó a dirigirla sin previo ensayo. Sus arrestos, su confianza en sí mismo, más parecían propios de un osado inconsciente que de un artista que, aunque hubiese estudiado la obra, sólo lo había oído en las dos o tres representaciones que llevaba en Madrid. Y, sin embargo, triunfó, triunfó por completo, y público, cantantes y orquesta, se unieron para tributarle una de las ovaciones más justas y más merecidas que ha escuchado la sala del teatro Real.

Y para terminar lo que a este teatro se refiere, sólo me resta añadir que, terminando con la temporada que corre el arriendo del teatro a la empresa actual, se anunció nuevo concurso, y que, ya dentro del mes de Enero de 1912, fué resuelto

en favor de los mismos actuales empresarios señores Calleja y Boceta.

De los demás teatros donde la música se cultiva, nada digno de mención arroja el balance del año. El género chico parece atravesar una crisis, quizá la misma que mató la tonadilla en los principios del siglo pasado. En el afán insaciable del público por la novedad, se estrenan y se estrenan obras, sin que, aun firmadas algunas por nombres ilustres, lleguen al arte de *La Revoltosa* o la *La Verbena de la Paloma*. La opereta vienesa es la que parece difundirse más, y ser más del agrado del público, siguiendo en esto la corriente europea. El empresario del teatro Eslava, Sr. Lleó, que ha hecho en él una sala nueva, limpia, coquetona, llena de luz, intentó al reabrir su teatro, volver a la zarzuela grande, dándonos *La Bruja*, del inolvidable Chapí; pero ante el desvío del público, tuvo que retirarla, y atraer espectadores con *La mujer divorciada*.

*
* *

Pocos días después de cerrar *El año musical* anterior, fui nombrado Director del Conservatorio. Reducido aquí a la tarea de mero cronista, y cuando más a una labor de crítica musical, pasaré rápidamente sobre los hechos principales que han ilustrado la historia externa del Conservatorio durante el año que acaba de transcurrir.

Se proveyeron durante el año, o mejor dicho, tomaron posesión de sus cargos en él, varios nombres ilustres en la historia del Arte español, figurando a la cabeza de ellos, el compositor tan elogiado en estas crónicas, D. Bartolomé Pérez Casas y los actores D. Enrique Sánchez de León y D. José Rubio; diéronse durante el año cuatro series de conferencias a los alumnos de Declamación por los señores Benavente y Palomero, y los críticos de Arte, señores Villegas y González, que firman con los seudónimos de *Zeda* y *Miquis*. D. Angel Menchaca explicó un curso breve de su nuevo sistema teórico-

práctico de notación musical, y los alumnos organizaron una serie de conferencias dadas por ellos mismos, entre las cuales resultaron particularmente interesantes aquellas en que los alumnos de Composición dieron a conocer sus obras.

Los concursos de fin de año, seguidos de la ya acostumbrada serie de primeros premios, revelaron a cinco artistas que, ojalá con el tiempo se hagan dignos de ese nombre: José Antorio Cubiles, de que ya hablé el año anterior, cuando disputó el premio Ortiz y Cusso a Carmencita Pérez; Francisco Fermín Fernández Ortiz, excelente discípulo del Sr. Fernández Bordas; la señorita Teresa Tellaeché, excelente *mezzo-soprano*, discípula del Sr. Tabuyo; una joven actriz, Sara Esteban, discípula de la Sra. Tubau; y una joven compositora, María Rodrigo.

Por vez primera se adjudicó el premio Sarasate, formado con la renta del capital que el insigne violinista navarro legó al Conservatorio: lo obtuvo por unanimidad el Sr. Fernández Ortiz; al premio Estela sólo se presentó el Sr. Cubiles, e inútil parece decir que le fué adjudicado sin discrepancia.

El 13 de Setiembre publicó la *Gaceta* el Nuevo Reglamento con que el Ministro D. Amalio Gimeno ha dotado al Conservatorio. Su orientación marca dos direcciones: una la de corregir las deficiencias y defectos que todos censuraban en el Conservatorio, como, por ejemplo, limitar el número de premios que anualmente se concedían; otra, de índole más elevada, intensificando la enseñanza con el sistema de cursos paralelos adoptado en todos los Conservatorios de Alemania, Austria, Bélgica, etc. La explicación de toda esta reforma me llevaría muy lejos, aun limitándome a una sobria exposición.

Y para terminar la historia del año en el Conservatorio, sólo me resta indicar la gran protesta que contra mí se hizo. No fué con ocasión de mi nombramiento, sino poco después de publicar la *Gaceta* el Reglamento que había hecho el Ministro. Unos mil músicos protestaron de que yo estuviera al frente del Conservatorio, no siendo artista, ni profesional, habiendo dado pruebas de ser incapaz para el desempeño del cargo,

y perteneciendo por añadidura a la Junta de Gobierno de la Sociedad Filarmónica, que, según decían los exponentes, no contrata artistas españoles ni protege el arte español. La exposición fué entregada al Ministro, y publicada en la Prensa, donde ya habían aparecido varios artículos, no contra mi gestión, sino contra mi capacidad. Y nada más se ha vuelto a saber de este acto.

Dignas también de figurar en esta serie de noticias fueron las Conferencias de arte organizadas por el Ministerio de Instrucción Pública, conferencias en las que figuró la Música unida a los nombres de D. Tomás Bretón, D. Rogelio Villar, D. Miguel Salvador y al mío. Los Sres. Bretón y Villar trataron cuestiones del presente: el primero, de «La influencia de Wagner en la lírica dramática, y de la orientación del teatro lírico-dramático en España;» el segundo, de «Los músicos españoles contemporáneos». Más que conferencias de historia o de estética, fueron las cuatro que dieron los Sres. Bretón y Villar, exposición de pensamientos suyos, de proyectos, de cosas que debían hacerse para fomentar el cultivo de la música española y mejorar la condición de los compositores. Las dos conferencias de D. Miguel Salvador versaron sobre «la cultura de Bach en España», y tuvieron un verdadero carácter de pedagogía práctica, presentando la publicación íntegra de la *Bach-Gesellschaft*, y al lado de ellas otras ediciones de más fácil acceso, enseñando cómo deben manejarse, y la intensidad con que hoy se estudia a Bach en todas partes. Particularmente interesante fué el momento en que, dentro de su sistema de pedagogía práctica, leyó un párrafo del libro de Albert Swetzer sobre las influencias de ciertas obras en otras del cantor de Leipzig, y evacuó prácticamente al piano esas citas, haciendo ver el porqué de las operaciones del crítico.

Mis dos conferencias versaron sobre «La música profana en el reinado de Carlos I», y tuvieron, o al menos quise darles, un carácter de investigación. Cuanto más estudio esa época, más me enamora y me atrae, más sugestión ejerce sobre mí. Al

verla de cerca, casi no puede comprenderse el grado de adelanto que alcanzaron entonces nuestros músicos, sus atisbos, el progreso y el impulso que dió al arte la escuela de nuestros vihuelistas. Es preciso venir al siglo XVIII, y muchas veces al XIX, para encontrar la continuación de aquel impulso; perdido para España al sustituir el monacordio a la vihuela, perdido para el mundo, por él ningún interés que entonces inspiraba la música popular. Dormidos en los libros de cifra están aún todos los atrevimientos rítmicos y armónicos de nuestros vihuelistas: día llegará en que esos libros vean la luz y pueda admirar el mundo ese original período de la historia musical de nuestra patria.

La vida musical en el Ateneo fué bastante intensa. Henri Collet dió dos Conferencias (24 de Febrero y 10 de Marzo): la primera con carácter de divulgación wagneriana, y la segunda como delicado homenaje a Conrado del Campo, con ocasión del estreno del *Final de Don Alvaro*, de que antes se habló. Como concertistas ocuparon la cátedra D. V. Costa Nogueras, pianista (20 de Abril), ejecutando composiciones suyas, no del más alto valor; Isaura Mourille y el niño Damasito Ledesma (piano y violín); Manolito Fúnez, un pianista de diez años de edad (24 de Noviembre), artista precoz, de intuición clara, de grandísimas aptitudes, que más tarde dió otro concierto en el Conservatorio; y el guitarrista D. Daniel Fortea, quien dedicó su velada a la ejecución del repertorio de su maestro, D. Francisco Tárrega. Esta última velada tuvo como preludeo una charla pintoresca y amena del Sr. García Sanchiz, presentándonos la visión del maestro soñador y poeta. Algunos otros conciertos más, que no reseño por no haber asistido a ellos, celebráronse en la «docta casa». Con carácter mixto de conferencia y concierto, merece especial mención la velada que dedicó el Vicepresidente de la Sección de Música, D. Miguel Salvador, a honrar la memoria de Listz, con ocasión de su centenario, auxiliado por la joven pianista Pilar Castillo, de ejecución poderosa y de sentimiento verdadero.

Otro centro que consagró especial atención a la Música fué el Círculo de Bellas Artes, no sólo con sus concursos y sus premios, ya iniciados en años anteriores, sino con una serie de Conciertos-conferencias, en los que tomaron parte el maestro Bretón, los Sres. Fernández Bordas, Guervós, etc.

De los concursos musicales ya he hablado al ocuparme en la música de cámara: el único premio pendiente aún de ser otorgado es el que se ha de adjudicar a la ópera en un acto. Y al hablar de concursos, justo es consignar el nuevo triunfo obtenido por D. Conrado del Campo en el abierto por la Sociedad Artístico-Musical de Socorros mutuos de Santa Cecilia, para premiar una gran misa, para solistas, coro y orquesta.

La misa fué ejecutada el día de la patrona de la música, y aunque resintiéndose la ejecución de no muy preparada, pudimos apreciar la conciencia y el sentimiento poético en que se había inspirado este infatigable trabajador, que, sólo en el año a que esta Crónica se refiere, nos había dado a conocer una ópera en dos actos, un cuarteto, una misa grande y aun ha presentado otra ópera al concurso pendiente de resolución.

Dos grandes homenajes a músicos españoles se celebraron en el año: uno al maestro Pedrell, organizado por el Orfeó Tortosí, con motivo de haber dado su nombre a una calle de Tortosa, y otro al maestro Bretón, organizado por sus admiradores, y celebrado con un almuerzo solemne. Ambos fueron justos y merecidos. Pedrell y Bretón son dos trabajadores infatigables, que han luchado mucho, que han extendido por Europa su nombre y su fama, y que, en el ocaso de su vida, se encuentran llenos de laureles, pero sin que la caprichosa fortuna les haya sonreído más que en el campo de la gloria. De Pedrell como compositor no puedo hablar, pues la lectura de sus obras dramáticas en una reducción de canto y piano es insuficiente para basar ni aun arriesgar una opinión; pero como divulgador, como apóstol de nuestro siglo de oro musical, como atleta luchando por que en el mundo se nos conociera y admirara, ningún elogio me parece digno del mérito de su trabajo.

Bretón es otro atleta; enamorado de la ópera española, predicándola sin cesar, trabajando por que llegue a ser, no descansa ni se fatiga, y, aunque hasta ahora la mayor gloria de su nombre vaya unida a géneros muy altos, aunque no los de su preferencia, a *La Dolores*, a *La Verbena de la Paloma*, a las *Escenas andaluzas*, todos anhelamos que esos triunfos queden oscurecidos por el que obtenga en su ideal: en la ópera española.

No sabría decir si relacionado con estos homenajes, si porque flote en la atmósfera un mayor cariño al arte español o por otras razones, es el caso que se nota en los músicos un movimiento de aliento, de deseo de crear un arte nuestro. En artículos, en mociones, en anhelos, palpita esa esperanza, y si hasta ahora se ha escrito más que se ha hecho, pronto, quizá, cesen los síntomas del ansia para emprender un camino más práctico: el camino de la acción.

Pocas publicaciones importantes se hicieron en el año: como notas sólo tengo las del precioso *Madrid-Musical*, con que el espiritual crítico Joaquín Fesser nos obsequia todos los años; los dos volúmenes de *Escritos Heortásticos*, publicados con ocasión del homenaje a Pedrell, los *Músicos contemporáneos* y las *Jornadas de arte*, de Pedrell, publicados por la librería Ollendorff, de París; una preciosa monografía, con el título de *Solo de gaita*, en la que se estudia a conciencia la historia de este instrumento, firmada por D. Ramón de Arana (*Pizzicato*); un original opúsculo de D. Enrique Sánchez, titulado *Stagno, Gayarre, Massini*, etc. En música sólo recuerdo los preciosos *Coins de Seville*, de Joaquín Turina; algunos *lieder* de Villar, y el nuevo volumen de las obras completas de Victoria (tomo VII), publicado por Pedrell en la casa Breitkopf und Haertel, de Leipzig.

La necrología del año arroja los fallecimientos de D. Salvador Giner y Vidal, célebre compositor valenciano, de quien he oído algunos lindos poemas sinfónicos, bien trazados, dejando ver en ellos un delicioso espíritu poético; D. Cleto Za-

bala, otro compositor de cierta nombradía en un tiempo; don Luis Arnedo, crítico y compositor; el cantante D. Justo Blasco, y algunos más, de menor relieve en la música española.

No he de repetir aquí lo que en años anteriores he apuntado respecto de los artistas españoles en el extranjero. Sólo añadiré la gran importancia que este año dió la Catedral católica de Londres a la música española, en la Semana Santa; los conciertos de Arbós en Londres y en Moskoff; estos últimos con programas de nuestros compositores modernos—Pérez Casas, del Campo, Arregui, Albéniz y Arbós,—y el triunfo que en el Conservatorio de París obtuvo un joven violinista español, el Sr. Quiroga, a quien fué adjudicado el premio Sarasate, mucho menos importante por su cuantía que el del Conservatorio de Madrid.

*
* *

La vida musical en provincias es cada vez más intensa y próspera.

Barcelona constituye un centro musical rival de Madrid, que si es inferior a nuestra capital en ciertos órdenes, nos sobrepaja en mucho con su Palau de la Música Catalana y su célebre Orfeón.

Al hacer esta reseña de la vida musical española, tengo que valerme de noticias ajenas y de datos publicados en Revistas y periódicos; no extrañen, pues, los lectores que resigne la responsabilidad de los juicios, y aun que alguna vez incurra en involuntarias omisiones de bulto.

La temporada de Ópera en el Liceo no arroja, según mis datos, grandes novedades: dos ciclos del *Anillo*, y el fracaso de *La Wally*, parecen ser los acontecimientos de mayor relieve.

En cambio, el número y calidad de los conciertos sinfónicos y corales resulta enorme, comparado con el de Madrid: la Fiesta de la Música Catalana; la serie de conciertos de Cuarema, dados por la Orquesta Sinfónica, de Barcelona, y el Or-

feón Catalán; los cinco de la Orquesta Sinfónica, de Madrid (uno menos de los que aquí oímos); el concierto Listz en el Palacio de Bellas Artes, y otros más, figurando entre las obras ejecutadas la *Misa en sí menor*, de Bach, casi todos los poemas sinfónicos de Strauss, y otras muchas con coros, órgano y orquesta. Entre las obras de compositores catalanes estrenadas o ejecutadas en estos conciertos, conservo notas de las siguientes: *Agonia*, poema para voces mixtas, letra de Guimerá, música de Juan B. Lambert, de técnica interesante; la *Cansó de bressol*, de Sancho Marraco; *L'hereu Riera*, de Cumellas Ribó (dos cuadritos de género); el *Ave María*, de Morera; *Divendres Sant*, de Nicolau; una *Danza valenciana*, de Chavarri; la *Rondalla aragonesa*, de Granados; los *Gozos a la Virgen*, de Brudieu—el madrigalista catalán de tiempos de Felipe II,— y el *Prólogo de Los Pirineos*, de Pedrell, ejecutado por nuestra Orquesta Sinfónica y el Orfeón Catalán.

De concertistas y virtuosos que en Barcelona actuaron, citaré al Cuarteto Rosé, Bauer-Bordas, Wanda Londawska, Clara Sansoni, Vecsey, Risler, Alejandro Ribó y Blanca Selva. Mención aparte merecen dos conciertos organizados con ocasión de dos homenajes: uno, el del homenaje a Pedrell, compuesto de obras de maestro; otro, el de un cariñoso homenaje al pedagogo, compositor y pianista Enrique Granados, quien ejecutó gran número de sus obras, entre ellas las célebres *Goyescas*, encanto y admiración de cuantos las han oído. San Sebastián y Bilbao figuran inmediatamente después de Barcelona, por la actividad e importancia de su vida musical. San Sebastián no reduce su vida artística a los atractivos del Casino, donde a la ya tradicional serie de conciertos clásicos, han agregado este año una hermosa ejecución de la novena sinfonía de Beethoven, un Festival Wagner, y el desfile de algunos artistas tan conocidos como Pepito Arriola, Cortot, Hekking, Wanda Landowska, etc.; allí estrenaron la pastoral lírica *Mendi-Mendiyan*, de Power y Usandizaga, ya estrenada en Bilbao el año anterior, con gran éxito, e hicieron también

el *Manfredo*, de Schumann, precedido de una conferencia de Gascué.

Bilbao tampoco limita su actividad a su Sociedad Filarmónica, madre de todas las españolas; también allí tienen su orquesta y sus buenos coros. Con estos elementos diéronse algunas sesiones, y dieron obras como el *Stabat Mater*, de Ledesma, y como el primer acto (apremios de tiempo impidieron hacer la obra entera) de *Ortzuri*, letra y música de un sacerdote, D. Resurrección María de Azcué, quien fundiendo el arte popular con la técnica wagneriana, obtuvo un éxito completo.

Las Sociedades Filarmónicas, apóstoles de la música en España, trabajaron con la actividad acostumbrada. La Sinfónica de Madrid, el Cuarteto Rosé y la combinación Thibaud-Granados, visitaron la totalidad o la casi totalidad de ellas. Bilbao oyó además a Bordas-Cortot, Agnes Borgo, van Isterdael, Andrés Isasi, etc.; Oviedo y Gijón, llevaron con el Cuarteto Francés a la bella y excelente cantante Beatriz Ortega Villar, hoy retirada de la escena; al trío de damas francesas, Pepito Arriola, etc.; Zaragoza oyó a muchos artistas españoles, a Mariano Perelló y Ricardo Vives (violín y piano), a Carmencita Pérez, a la Srta. Beltrán de Tarragó y a la pianista italiana María Carreras, aplaudida también en otras Filarmónicas... Valencia, donde, gracias a la actividad musical de Chavarri, tantos conciertos se han organizado, fundó también su Sociedad Filarmónica, que ojalá prospere tanto como las del Norte, contribuyendo así a expansionar nuestra cultura.

Y ya que hablo de las Sociedades Filarmónicas, no quiero dejar de citar un artículo publicado este año en un periódico de Londres, en el *Daily Telegraph*. El articulista debía de haber hablado con algunos artistas de los que nos visitan; y extrañado de la organización tan democrática y tan artística de nuestras Sociedades, ponderaba el mecanismo y bondad de su funcionamiento. Uno de sus párrafos decía así, sobre poco más o menos: «Nosotros hemos oído ahora al maravilloso Cuarteto Rosé. Pues bien, en León, una ciudad española donde

ninguna casa cuenta menos de dos siglos de antigüedad, donde se saltó del petróleo a la luz eléctrica, sin pasar por el gas, llevan ya varios años oyendo a ese cuarteto, en sus *tournées* por las Filarmónicas españolas.» Y un agente de conciertos me decía en Berlín el año pasado, que después de Alemania, España era el país más musical, donde la música se hallaba más extendida; pues si Madrid no tenía la potencia musical de París o de Londres, en cambio, Francia e Inglaterra sólo tenían un centro artístico, mientras España contaba con ocho o diez poblaciones que gustaran y apreciaran la buena música.

Y he aquí cómo vamos poco a poco haciendo arte y estableciendo esa doble corriente en la que se apoya toda sólida cultura: exportar lo que aquí producimos, conocer en casa lo que fuera brilla y ha adquirido sólida reputación. Los compositores y los músicos van realizando lo primero; las Sociedades Filarmónicas realizan lo segundo; ambos se completan, y ambas contribuyen a hacer la vida musical cada vez más sólida y potente.

CECILIO DE RODA

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

La disolución racional.

El gran maestro del fenomenalismo racionalista, David Hume, empieza su ensayo «Sobre la inmortalidad del alma», con estas definitivas palabras: «Parece difícil probar con la mera luz de la razón la inmortalidad del alma. Los argumentos en favor de ella se derivan comúnmente de tópicos metafísicos, morales o físicos. Pero es en realidad el Evangelio, y sólo el Evangelio el que ha traído a luz la vida y la inmortalidad.» Lo que equivale a negar la racionalidad de la creencia de que sea inmortal el alma de cada uno de nosotros.

Kant, que partió de Hume para su crítica, trató de establecer la racionalidad de ese anhelo y de la creencia que éste importa, y tal es el verdadero origen, el origen íntimo, de su crítica de la razón práctica, y de su imperativo categórico y de su Dios. Mas, a pesar de todo ello, queda en pie la afirmación escéptica de Hume, y no hay manera alguna de probar racionalmente la inmortalidad del alma. Hay, en cambio, modos de probar racionalmente su mortalidad.

Sería, no ya excusado, sino hasta ridículo, el que nos extendiésemos aquí en exponer hasta qué punto la conciencia individual humana depende de la organización del cuerpo, cómo

va naciendo, poco a poco, según el cerebro recibe las impresiones de fuera, cómo se interrumpe temporalmente, durante el sueño, los desmayos y otros accidentes, y cómo todo nos lleva a conjeturar racionalmente que la muerte trae consigo la pérdida de la conciencia. Y así como antes de nacer no fuimos ni tenemos recuerdo alguno personal de entonces, así después de morir no seremos. Esto es lo racional.

Lo que llamamos alma no es nada más que un término para designar la conciencia individual en su integridad y su persistencia; y que ella cambia, y que lo mismo que se integra se desintegra, es cosa evidente. Para Aristóteles era la forma sustancial del cuerpo la entelequia, pero no una sustancia. Y más de un moderno la ha llamado un epifenómeno, término absurdo. Basta llamarla fenómeno.

El racionalismo, y por éste entiendo la doctrina que no se atiende sino a la razón, a la verdad objetiva, es forzosamente materialista. Y no se me escandalicen los idealistas.

Es menester ponerlo todo en claro, y la verdad es que eso que llamamos materialismo no quiere decir para nosotros otra cosa que la doctrina que niega la inmortalidad del alma individual, la persistencia de la conciencia personal después de la muerte.

En otro sentido cabe decir que como no sabemos más lo que sea la materia que el espíritu, y como eso de la materia no es para nosotros más que una idea, el materialismo es idealismo. De hecho y para nuestro problema—el más vital, el único de veras vital,—lo mismo da decir que todo es materia, como que es todo idea, o todo fuerza, o lo que se quiera. Todo sistema monístico se nos aparecerá siempre materialista. Sólo salvan la inmortalidad del alma los sistemas dualistas, los que enseñan que la conciencia humana es algo sustancialmente distinto y diferente de las demás manifestaciones fenoménicas. Y la razón es naturalmente monista. Porque es obra de la razón comprender y explicar el universo, y para comprenderlo y explicarlo, para nada hace falta el alma como sustancia impere-

cedera. Para explicarnos y comprender la vida anímica, para la psicología, no es menester la hipótesis del alma. La que en un tiempo llamaban psicología racional, por oposición á la llamada empírica, ni es psicología, sino metafísica, y muy turbia, y no es racional, sino profundamente irracional, o más bien contrarracional.

La doctrina pretendida racional de la sustancialidad del alma y de su espiritualidad, con todo el aparato que la acompaña, no nació sino de que los hombres sentían la necesidad de apoyar en razón su incontrastable anhelo de inmortalidad y la creencia á éste subsiguiente. Todas las sofisterías que tienden a probar que el alma es sustancia simple e incorruptible, proceden de ese origen. Es más aún, el concepto mismo de sustancia, tal como lo dejó asentado y definido la escolástica, ese concepto que no resiste la crítica, es un concepto teológico enderezado a apoyar la fe en la inmortalidad del alma.

W. James, en la tercera de las conferencias que dedicó al pragmatismo en el Lowell Institute de Boston, en Diciembre de 1906 y Enero de 1907 (1), y que es lo más débil de toda la obra del insigne pensador norteamericano—algo excesivamente débil,—dice así: «El escolasticismo ha tomado la noción de sustancia del sentido común, haciéndola técnica y articulada. Pocas cosas parecerían tener menos consecuencias pragmáticas para nosotros que las sustancias, privados como estamos de todo contacto con ellas. Pero hay un caso en que el escolasticismo ha probado la importancia de la sustancia-idea tratándola pragmáticamente. Me refiero a ciertas disputas concernientes al misterio de la Eucaristía. La sustancia aparecería aquí con un gran valor pragmático. Desde que los accidentes de la hostia no cambian en la consagración y se ha convertido ella, sin embargo, en el cuerpo de Cristo, el cambio no puede ser más que de la sustancia. La sustancia del pan tiene que

(1) *Pragmatism, a new name for some old ways of thinking. Popular lectures on philosophy by William James, 1907.*

haberse retirado, sustituyéndola milagrosamente la divina sustancia sin alterarse las propiedades sensibles inmediatas. Pero aun cuando éstas no se alteran, ha tenido lugar una tremenda diferencia; no menos sino el que nosotros, los que recibimos el sacramento, nos alimentamos ahora de la sustancia misma de la divinidad. La noción de sustancia irrumpe, pues, en la vida con terrible efecto si admitís que las sustancias pueden separarse de sus accidentes y cambiar estos últimos. Y es ésta la única aplicación pragmática de la idea sustancia de que tenga yo conocimiento, y es obvio que sólo puede ser tratada en serio por los que creen en la *presencia real* por fundamentos independientes.»

Ahora bien; dejando de lado la cuestión de si en buena teología, y no digo en buena razón, porque todo esto cae fuera de ella, se puede confundir la sustancia del cuerpo—del cuerpo, no del alma—de Cristo con la sustancia misma de la divinidad, es decir, con Dios mismo, parece imposible que un tan ardiente anhelador de la inmortalidad del alma, un hombre como W. James, cuya filosofía toda no tiende sino a establecer racionalmente esa creencia, no hubiera echado de ver que la aplicación pragmática del concepto de sustancia a la doctrina de la transustanciación eucarística no es sino una consecuencia de su aplicación anterior a la doctrina de la inmortalidad del alma. Como en mi anterior ensayo expuse, el sacramento de la eucaristía no es sino el reflejo de la creencia en la inmortalidad; es, para el creyente, la prueba experimental mística de que es inmortal el alma y gozará eternamente de Dios. Y el concepto de sustancia nació, ante todo y sobre todo, del concepto de la sustancialidad del alma, y se afirmó éste para apoyar la fe en su persistencia después de separada del cuerpo. Tal es su primera aplicación pragmática y con ella su origen. Y luego hemos trasladado ese concepto a las cosas de fuera. Por sentirme sustancia, es decir, permanente en medio de mis cambios, es por lo que atribuyo sustancialidad a los agentes que fuera de mí, en medio de sus cambios, permanecen. Del

mismo modo que el concepto de fuerza, en cuanto distinto del movimiento, nace de mi sensación de esfuerzo personal al poner en movimiento algo.

Léase con cuidado, en la primera parte de la *Summa theologica* de Santo Tomás de Aquino, los seis artículos primeros de la cuestión LXXV, en que trata de si el alma humana es cuerpo, de si es algo subsistente, de si lo es también el alma de los brutos, de si el hombre es alma, de si ésta se compone de materia y forma, y de si es incorruptible, y dígase luego si todo aquello no está sutilmente enderezado a soportar la creencia de que esa sustancialidad incorruptible le permite recibir de Dios la inmortalidad, pues claro es que como la creó al infundirla en el cuerpo, según Santo Tomás, podía al separarlo de él aniquilarla. Y como se ha hecho cien veces la crítica de esas pruebas, no es cosa de repetirla aquí.

¿Qué razón desprevenida puede concluir el que nuestra alma sea una sustancia del hecho de que la conciencia de nuestra identidad—y esto dentro de muy estrechos y variables límites—persista a través de los cambios de nuestro cuerpo? Tanto valdría hablar del alma sustancial de un barco que sale de un puerto, pierde hoy una tabla que es sustituida por otra de igual forma y tamaño, luego pierde otra pieza y así una a una todas, y vuelve el mismo barco, con igual forma, iguales condiciones marineras, y todos lo reconocen por el mismo. ¿Qué razón desprevenida puede concluir la simplicidad del alma del hecho de que tengamos que juzgar y unificar pensamientos? Ni el pensamiento es uno, sino vario, ni el alma es para la razón nada más que la sucesión de estados de conciencia coordinados entre sí.

Es lo corriente que en los libros de psicología espiritualista, al tratarse de la existencia del alma como sustancia simple y separable del cuerpo, se empiece con una fórmula por este estilo: Hay en mí un principio que piensa, quiere y siente... Lo cual implica una petición de principio. Porque no es una verdad inmediata, ni mucho menos, el que haya en mí tal princi-

pio; la verdad inmediata es que pienso, quiero y siento yo. Y yo, el yo que piensa, quiere y siente, es inmediatamente mi cuerpo vivo con los estados de conciencia que soporta. Es mi cuerpo vivo el que piensa, quiere y siente. ¿Cómo? Como sea.

Y pasan luego a querer fijar la sustancialidad del alma, hipostasiando los estados de conciencia, y empiezan porque esa sustancia tiene que ser simple, es decir, por oponer, al modo del dualismo cartesiano, el pensamiento a la extensión. Y como ha sido nuestro Balmes uno de los espiritualistas que han dado forma más concisa y clara al argumento de la simplicidad del alma, voy a tomarlo de él tal y como lo expone en el cap. II de la *Psicología* de su *Curso de Filosofía Elemental*. «El alma humana es simple», dice, y añade: «Es simple lo que carece de partes; y el alma no las tiene. Supóngase que hay en ella las partes A, B, C.; pregunto: ¿Dónde reside el pensamiento? Si sólo en A están de más B y C; y por consiguiente, el sujeto simple A será el alma. Si el pensamiento reside en A, B y C, resulta el pensamiento dividido en partes, lo que es absurdo. ¿Qué serán una percepción, una comparación, un juicio, un raciocinio, distribuidos en tres sujetos?» Mas evidente petición de principio no cabe. Empieza por darse como evidente que el todo, como todo, no puede juzgar. Prosigue Balmes: «La unidad de conciencia se opone a la división del alma: cuando pensamos, hay un sujeto que sabe todo lo que piensa, y esto es imposible atribuyéndole partes. Del pensamiento que está en la A, nada sabrán B ni C, y recíprocamente; luego no habrá *una* conciencia de todo el pensamiento; cada parte tendrá su conciencia especial, y dentro de nosotros habrá tantos seres pensantes cuantas sean las partes.» Sigue la petición de principio; supónese, porque sí, sin prueba alguna, que un todo como todo no puede percibir unitariamente. Y luego Balmes pasa a preguntar si esas partes A, B, C son simples ó compuestas, y repite al argumento hasta venir a parar a que el sujeto pensante tiene que ser una parte que no sea todo, esto es, simple. El argumento se basa, como

se ve, en la unidad de apercepción y de juicio. Y luego trata de refutar el supuesto de apelar a una comunicación de las partes entre sí.

Balmes, y con él los espiritualistas *a priori* que tratan de racionalizar la fe en la inmortalidad del alma, dejan de lado la única explicación racional: la de que la apercepción y el juicio son una resultante, la de que son las percepciones o las ideas mismas componentes las que se concuerdan. Empiezan por suponer algo fuera y distinto de los estados de conciencia que no es el cuerpo vivo que los soporta, algo que no soy yo, sino que está en mí.

El alma es simple, dicen otros, porque se vuelve sobre sí toda entera. No, el estado de conciencia A, en que pienso en mi anterior estado de conciencia B, no es este mismo. O si pienso en mi alma, pienso en una idea distinta del acto en que pienso en ella. Pensar que se piensa, y nada más, no es pensar.

El alma es el principio de la vida, dicen. Sí; también se ha ideado la categoría de fuerza o de energía como principio del movimiento. Pero eso son conceptos, no fenómenos, no realidades externas. El principio del movimiento, ¿se mueve? Y sólo tiene realidad externa lo que se mueve. ¿El principio de la vida vive? Con razón escribía Hume: «Jamás me encuentro con esta idea de mí mismo; sólo me observo deseando u obrando o sintiendo algo.» La idea de algo individual, de este tintero que tengo delante, de ese caballo que está a la puerta de casa, de ellos dos y no de otros cualesquiera individuos de su clase, es el hecho, el fenómeno mismo. La idea de mí mismo soy yo.

Todos los esfuerzos para sustantivar la conciencia, haciéndola independiente de la extensión—recuérdese que Descartes oponía el pensamiento a la extensión,—no son sino sofisticas argucias para asentar la racionalidad de la fe en que el alma es inmortal. Se quiere dar valor de realidad objetiva a lo que no la tiene; a aquello cuya realidad no está sino en el pensamiento. Y la inmortalidad que apetecemos es una inmortalidad fenoménica, es una continuación de esta vida.

La unidad de la conciencia no es para la psicología científica—la única racional—sino una unidad fenoménica. Nadie puede decir que sea una unidad sustancial. Es más aún, nadie puede decir que sea una sustancia. Porque la noción de sustancia es una categoría no fenoménica. Es el nùmeno, y entra, en rigor, en lo inconocible. Es decir, según se le aplique. Pero en su aplicación trascendente es algo en realidad inconocible y en rigor irracional. Es el concepto mismo de sustancia lo que una razón desprevenida reduce a un uso que está muy lejos de aquella su aplicación pragmática a que James se refería.

Y no salva esta aplicación el tomarla idealísticamente, según el principio berkeleyano de que ser es ser percibido, *esse est percipi*. Decir que todo es idea o decir que todo es espíritu, es lo mismo que decir que todo es materia o que todo es fuerza, pues si siendo todo idea o todo espíritu este diamante es idea o espíritu, lo mismo que mi conciencia no se ve, porque no ha de persistir eternamente el diamante, si mi conciencia, por ser idea o espíritu, persiste siempre.

Jorge Berkeley, obispo anglicano de Cloyne y hermano en espíritu del también obispo anglicano José Butler, quería salvar como éste la fe en la inmortalidad del alma. Desde las primeras palabras del Prefacio de su «Tratado referente a los principios del conocimiento humano» (*A treatise concerning the Principles of human Knowledge*), nos dice que este su tratado le parece útil, especialmente para los tocados de escepticismo o que necesitan una demostración de la existencia e inmaterialidad de Dios y de la inmortalidad natural del alma. En el capítulo CXL establece que tenemos una idea o más bien noción del espíritu, conociendo otros espíritus por medio de los nuestros, de lo cual afirma redondamente, en el párrafo siguiente, que se sigue la natural inmortalidad del alma. Y aquí entra en una serie de confusiones basadas en la ambigüedad que al término noción da. Y es después de haber establecido casi por *per saltum* la inmortalidad del alma, porque ésta no es pasiva, como los cuerpos, cuando pasa en el capítulo CXLVII

a decirnos que la existencia de Dios es más evidente que la del hombre. ¡Y decir que hay quien, a pesar de esto, duda de ella!

Complicábase la cuestión porque se hacía de la conciencia una propiedad del alma, que era algo más que ella, es decir, una forma sustancial del cuerpo, originadora de las funciones orgánicas todas de éste. El alma no sólo piensa, siente y quiere, sino mueve al cuerpo y origina sus funciones vitales; en el alma humana se unen las funciones vegetativa, animal y racional. Tal es la doctrina. Pero el alma separada del cuerpo no puede tener ya funciones vegetativas y animales.

Para la razón, en fin, un conjunto de verdaderas confusiones.

A partir del Renacimiento y la restitución del pensamiento puramente racional y emancipado de toda teología, la doctrina de la mortalidad del alma se restableció con Alejandro Afrodisiense, Pedro Pomponazzi y otros. Y en rigor, poco o nada puede agregarse a cuanto Pomponazzi dejó escrito en su *Tractatus de immortalitate animae*. Esa es la razón, y es inútil darle vueltas.

No ha faltado, sin embargo, quienes hayan tratado de apoyar empíricamente la fe en la inmortalidad del alma, y ahí está la obra de Frederic W. H. Myers sobre la personalidad humana y su sobrevivencia a la muerte corporal. *Human personality and its survival of bodily death*. Nadie se ha acercado con más ansia que yo a los dos gruesos volúmenes de esta obra, en que el que fue alma de la Sociedad de Investigaciones psíquicas—*Society for Psychical Research*—ha resumido el formidable material de datos, sobre todo género de corazonadas, apariciones de muertos, fenómenos de sueño, telepatía, hipnotismo, automatismo sensorial, éxtasis, y todo lo que constituye el arsenal espiritista. Entré en su lectura, no sólo sin la prevención de antemano que a tales investigaciones guardan los hombres de ciencia, sino hasta prevenido favorablemente, como quien va a buscar confirmación a sus más íntimos anhelos; pero por esto la decepción fue mayor. A pesar del aparato

de crítica, todo eso en nada se diferencia de las milagrerías medievales. Hay en el fondo un error de método, de lógica.

Y si la creencia en la inmortalidad del alma no ha podido hallar comprobación empírica racional, tampoco le satisface el panteísmo. Decir que todo es Dios, y que al morir volvemos a Dios, mejor dicho, seguimos en Él, nada vale a nuestro anhelo; pues si es así, antes de nacer, en Dios estábamos, y si volvemos al morir adonde antes de nacer estábamos, el alma humana, la conciencia individual, es perecedera. Y como sabemos muy bien que Dios, el Dios personal y conciente del monoteísmo cristiano, no es sino el productor, y sobre todo, el garantizador de nuestra inmortalidad, de aquí que se dice, y se dice muy bien, que el panteísmo no es sino un ateísmo disfrazado. Y yo creo que sin disfrazar. Y tenían razón los que llamaron ateo a Spinoza, cuyo panteísmo es el más lógico, el más racional. Ni salva al anhelo de inmortalidad, sino que lo disuelve y hunde, el agnosticismo o doctrina de lo inconocible, que cuando ha querido dejar a salvo los sentimientos religiosos ha procedido siempre con la más refinada hipocresía. Toda la Primera Parte, y sobre todo, su capítulo V, el titulado «Reconciliación»—entre la razón y la fe, o la religión y la ciencia se entiende—de los *Primeros Principios* de Spencer es un modelo, a la vez que de superficialidad filosófica y de insinceridad religiosa, del más refinado *cant* británico. Lo inconocible, si es algo más que lo meramente desconocido hasta hoy, no es sino un concepto puramente negativo, un concepto de límite. Y sobre eso no se edifica sentimiento ninguno.

La ciencia de la religión, por otra parte, de la religión como fenómeno psíquico individual y social sin entrar en la validez objetiva trascendente de las afirmaciones religiosas, es una ciencia que, al explicar el origen de la fe en que el alma es algo que puede vivir separado del cuerpo, ha destruído la racionalidad de esta creencia. Por más que el hombre religioso repita con Schleiermacher: «la ciencia no puede enseñarte nada, aprenda ella de ti», por dentro le queda otra.

Por cualquier lado que la cosa se mire, siempre resulta que la razón se pone enfrente de ese nuestro anhelo de inmortalidad personal, y nos lo contradice. Y es que en rigor la razón es enemiga de la vida.

Es una cosa terrible la inteligencia. Tiende a la muerte como a la estabilidad de memoria. Lo vivo, lo que es absolutamente inestable, lo absolutamente individual, es, en rigor, ininteligible. La lógica tira a reducirlo todo a identidades y a géneros, a que no tenga cada representación más que un solo y mismo contenido en cualquier lugar, tiempo o relación en que se nos ocurra. Y no hay nada que sea lo mismo en dos momentos sucesivos de su sér. Mi idea de Dios es distinta cada vez que la concibo. La identidad, que es la muerte, es la aspiración del intelecto. La mente busca lo muerto, pues lo vivo se le escapa; quiere cuajar en témpanos la corriente fugitiva, quiere fijarla. Para analizar un cuerpo, hay que menguarlo o destruirlo. Para comprender algo, hay que matarlo, enrigidecerlo en la mente. La ciencia es un cementerio de ideas muertas, aunque de ellas salga vida. También los gusanos se alimentan de cadáveres. Mis propios pensamientos, tumultuosos y agitados en los senos de mi mente, desgajados de su raíz cordial, vertidos a este papel y fijados en él en formas inalterables, son ya cadáveres de pensamientos. ¿Cómo, pues, va a abrirse la razón a la revelación de la vida? Es un trágico combate, es el fondo de la tragedia, el combate de la vida con la razón. ¿Y la verdad? ¿Se vive o se comprende?

No hay sino leer el terrible *Parménides* de Platón, y llegar a su conclusión trágica de que «el uno existe y no existe, y él y todo lo otro existen y no existen, aparecen y no aparecen en relación a sí mismos, y unos a otros». Todo lo vital es irracional, y todo lo racional es anti-vital, porque la razón es esencialmente escéptica.

Lo racional, en efecto, no es sino lo relacional; la razón se limita a relacionar elementos irracionales. Las matemáticas son la única ciencia perfecta en cuanto suman, restan, multi-

plican y dividen números, pero no cosas reales y de bulto; en cuanto es la más formal de las ciencias. ¿Quién es capaz de extraer la raíz cúbica de este fresno?

Y, sin embargo, necesitamos de la lógica, de este poder terrible, para transmitir pensamientos y percepciones y hasta para pensar y percibir, porque pensamos con palabras, percibimos con formas. Pensar es hablar uno consigo mismo, y el habla es social, y sociales son el pensamiento y la lógica. Pero ¿no tienen acaso un contenido, una materia individual, intrasmisible e intraductible? ¿Y no está aquí su fuerza?

Lo que hay es que el hombre, prisionero de la lógica, sin la cual no piensa, ha querido siempre ponerla al servicio de sus anhelos, y sobre todo del fundamental anhelo. Se quiso tener siempre a la lógica, y más en la Edad Media, al servicio de la teología y la jurisprudencia, que partían ambas de lo establecido por la autoridad. La lógica no se propuso hasta muy tarde el problema del conocimiento, el de la validez de ella misma, el examen de los fundamentos metalógicos.

«La teología occidental—escribe Stanley—es esencialmente lógica en su forma y se basa en la ley; la oriental es retórica en la forma y se basa en la filosofía. El teólogo latino sucedió al abogado romano; el teólogo oriental al sofista griego» (1).

Y todas las elucubraciones pretendidas racionales o lógicas en apoyo de nuestra hambre de inmortalidad, no son sino abogacía y sofistería.

Lo propio y característico de la abogacía, en efecto, es poner la lógica al servicio de una tesis que hay que defender, mientras el método, rigurosamente científico, parte de los hechos, de los datos que la realidad nos ofrece para llegar o no llegar a conclusión. Lo importante es plantear bien el problema, y de aquí que el progreso consiste, no pocas veces, en deshacer lo hecho. La abogacía supone siempre una petición

(1) Arthur Penrhyn Stanley. Lectures on the history of the Eastern Church.

de principio, y sus argumentos todos son *ad probandum*. Y la teología supuesta racional no es sino abogacía.

La teología parte del dogma, y dogma, *δογμα*, en su sentido primitivo y más directo, significa decreto, algo como el latín *placitum*, lo que ha parecido que debe ser ley a la autoridad legislativa. De este concepto jurídico parte la teología. Para el teólogo, como para el abogado, el dogma, la ley, es algo dado, un punto de partida que no se discute sino en cuanto a su aplicación y a su más recto sentido. Y de aquí, que el espíritu teológico o abogadesco sea en su principio dogmático, mientras el espíritu estrictamente científico, puramente racional, es escéptico, *σκεπτικος*, esto es, investigativo. Y añadido en su principio, porque el otro sentido del término escepticismo, el que tiene hoy más corrientemente, el de un sistema de duda, de recelo y de incertidumbre, ha nacido del empleo teológico o abogadesco de la razón, del abuso del dogmatismo. El querer aplicar la ley de autoridad, el *placitum*, el dogma, a distintas y a las veces contrapuestas necesidades prácticas, es lo que ha engendrado el escepticismo de duda. Es la abogacía, o lo que es igual, la teología, la que enseña a desconfiar de la razón, y no la verdadera ciencia, la ciencia investigativa, escéptica en el sentido primitivo y directo de este término, que no camina a una solución ya prevista ni procede sino a ensayar una hipótesis.

Tomad la *Summa Theologica* de Santo Tomás, el clásico monumento de la teología—esto es, de la abogacía—católica, y abridla por dondequiera. Lo primero la tesis: *utrum...* si tal cosa es así o de otro modo; en seguida las objeciones: *ad primum sic proceditur*; luego las respuestas a las objeciones: *sed contra est...* o *respondeo dicendum...* Pura abogacía. Y en el fondo de una gran parte, acaso de la mayoría, de sus argumentos hallaréis una falacia lógica que puede expresarse *more scholastico* con este silogismo: Yo no comprendo este hecho sino dándole esta explicación; es así que tengo que comprenderlo, luego ésta tiene que ser su explicación. O me quedo sin

comprenderlo. La verdadera ciencia enseña, ante todo, a dudar y a ignorar; la abogacía ni duda ni cree que ignora. Necesita de una solución.

A este estado de ánimo en que se supone, más o menos a conciencia, que tenemos que conocer una solución, acompaña aquello de las funestas consecuencias. Cojed cualquier libro apologético, es decir, de teología abogadesca, y veréis con qué frecuencia os encontráis con epígrafes que dicen: «Funestas consecuencias de esta doctrina.» Y las consecuencias funestas de una doctrina probarán, a lo sumo, que esta doctrina es funesta, pero no que es falsa, porque falta probar que lo verdadero sea lo que más nos conviene. La identificación de la verdad y el bien no es más que un piadoso deseo. A. Vinet, en sus *Etudes sur Blaise Pascal*, dice: «De las dos necesidades que trabajan sin cesar a la naturaleza humana, la de la felicidad no es sólo la más universalmente sentida y más constantemente experimentada, sino que es también la más imperiosa. Y esta necesidad no es sólo sensitiva; es intelectual. No sólo para el *alma*, sino también para el *espíritu* (1), que es una necesidad la dicha. La dicha forma parte de la verdad.» Esta proposición última: *le bonheur fait partie de la vérité*, es una proposición profundamente abogadesca, pero no científica ni de razón pura. Mejor sería decir que la verdad forma parte de la dicha en un sentido tertulianesco, de *credo quia absurdum*, que en rigor quiere decir: *credo quia consolans*, creo porque es cosa que me consuela.

No, para la razón, la verdad es lo que se puede demostrar que es, que existe, consuélenos o no. Y la razón no es ciertamente una facultad consoladora. Aquel terrible poeta latino Lucrecio, bajo cuya aparente serenidad y ataraxia epicúrea tanta desesperación se cela, decía que la piedad consiste en

(1) Traduzco aquí por espíritu el francés *esprit*, aunque acaso fuera mejor traducir inteligencia. Así como tampoco nuestra voz felicidad corresponde por entero al *bonheur* francés (tal vez mejor: dicha) ni necesidad a *besoin*.

poder contemplarlo todo con alma serena, *pacata posse mente omnia tueri*. Y fue este Lucrecio el mismo que escribió que la religión puede inducirnos a tantos males: *tantum religio potuit suadere malorum*. Y es que la religión, y sobre todo la cristiana más tarde, fue, como dice el Apostol, un escándalo para los judíos y una locura para los intelectuales. Tácito llamó a la religión cristiana, a la de la inmortalidad del alma, perniciosa superstición, *exitialis superstitio*, afirmando que envolvía un odio al género humano, *odium generis humani*.

Hablando de la época de estos hombres, de la época más genuinamente racionalista, escribía Flaubert a Madame Roger des Genettes estas preñadas palabras: «Tiene usted razón; hay que hablar con respeto de Lucrecio; no le veo comparable sino a Byron, y Byron no tiene ni su gravedad ni la sinceridad de su tristeza. La melancolía antigua me parece más profunda que la de los modernos, que sobrentienden todos más o menos la inmortalidad de más allá del *agujero negro*. Pero para los antiguos este agujero negro era el infinito mismo; sus ensueños se dibujan y pasan sobre un fondo de ébano inmutable. No existiendo ya los dioses, y no existiendo todavía Cristo, hubo, desde Cicerón a Marco Aurelio, un momento único en que el hombre estuvo solo. En ninguna parte encuentro esta grandeza; pero lo que hace a Lucrecio intolerable es su física, que da como positiva. Si es débil, es por no haber dudado bastante; ha querido explicar, ¡concluir!» (1)

Sí, Lucrecio quiso concluir, solucionar, y, lo que es peor, quiso hallar en la razón consuelo. Porque hay también una abogacia anti-teológica y un *odium anti-theologicum*.

Muchos, muchísimos hombres de ciencia, la mayoría de los que se llaman a sí mismos racionalistas, lo padecen.

El racionalista se conduce racionalmente, esto es, está en su papel mientras se limita a negar que la razón satisfaga a

(1) Gustave Flaubert. *Correspondance*. Troisième serie (1854-1869). París, MDCCCX.

nuestra hambre vital de inmortalidad; pero pronto, poseído de la rabia de no poder creer, cae en la irritación del *odium anti-theologicum*, y dice con los fariseos: «Estos vulgares que no saben la ley, son malditos.» Hay mucho de verdad en aquellas palabras de Soloviev: «Presiento la proximidad de tiempos en que los cristianos se reúnan de nuevo en las catacumbas porque se persiga la fe, acaso de una manera menos brutal que en la época de Nerón, pero con un rigor no menos refinado, por la mentira, la burla y todas las hipocresías.»

El odio anti-teológico, la rabia científicista—no digo científica—contra la fe en otra vida, es evidente. Tomad no a los más serenos investigadores científicos, los que saben dudar, sino a los fanáticos del racionalismo, y ved con qué grosera brutalidad hablan de la fe. A Vogt le parecía probable que los apóstoles ofreciesen en la estructura del cráneo marcados caracteres simianos; de las groserías de Haeckel, este supremo incomprensivo, no hay que hablar; tampoco de las de Buchner; Virchow mismo no se ve libre de ellas. Y otros lo hacen más sutilmente. Hay gentes que parece como si no se limitasen a no creer que haya otra vida, o mejor dicho, a creer que no la hay, sino que les molesta y duele que otros creen en ella, o hasta que no quieren que la haya. Y esta posición es despreciable así como es digna de respeto la de aquel que, empeñándose en creer que la hay, porque la necesita, no logra creerlo. Pero de este nobilísimo, y el más profundo, y el más humano, y el más fecundo estado de ánimo, el de la desesperación, hablaremos más adelante.

Y los racionalistas que no caen en la rabia anti-teológica se empeñan en convencer al hombre que hay motivos para vivir y hay consuelo de haber nacido, aunque haya de llegar un tiempo, al cabo de más o menos decenas, centenas o millones de siglos, en que toda conciencia humana haya desaparecido. Y estos motivos de vivir y obrar, esto que algunos llaman humanismo, son la maravilla de la oquedad afectiva y emocional del racionalismo y de su estupenda hipocresía,

empeñada en sacrificar la sinceridad a la veracidad, y en no confesar que la razón es una potencia desconsoladora y disolvente.

¿He de volver a repetir lo que ya he dicho sobre todo eso de fraguar cultura, de progresar, de realizar el bien, la verdad y la belleza, de traer la justicia a la tierra, de hacer mejor la vida para los que nos sucedan, de servir a no sé qué destino, sin preocuparnos del fin último de cada uno de nosotros? ¿He de volver a hablaros de la suprema vaciedad de la cultura, de la ciencia, del arte, del bien, de la verdad, de la belleza, de la justicia... de todas estas hermosas concepciones, si al fin y al cabo, dentro de cuatro días o dentro de cuatro millones de siglos—que para el caso es igual,—no ha de existir conciencia humana que reciba la cultura, la ciencia, el arte, el bien, la verdad, la belleza, la justicia y todo lo demás así?

Muchas y muy variadas son las invenciones racionalistas—más o menos racionales—con que desde los tiempos de epicúreos y estoicos se ha tratado de buscar en la verdad racional consuelo y de convencer a los hombres, aunque los que de ello trataran no estuviesen en sí mismos convencidos, de que hay motivos de obrar y alicientes de vivir, aun estando la conciencia humana destinada a desaparecer un día.

La posición epicúrea, cuya forma extrema y más grosera es la de «comamos y bebamos, que mañana moriremos», o el *carpe diem* horaciano, que podría traducirse por «vivé al día», no es, en el fondo, distinta de la posición estoica con su «cumple con lo que la conciencia moral te dicte, y que sea después lo que fuere». Ambas posiciones tienen una base común, y lo mismo es el placer por el placer mismo que el deber por el mismo deber.

El más lógico y consecuente de los ateos, quiero decir, de los que niegan la persistencia en tiempo futuro indefinido de la conciencia individual, y el más piadoso a la vez de ellos, Spinoza, dedicó la quinta y última parte de su *Ética* a dilucidar la vía que conduce a la libertad y a fijar el concepto de la felici-

dad. ¡El concepto! ¡El concepto y no el sentimiento! Para Spinoza, que era un terrible intelectualista, la felicidad, la *beatitudo*, es un concepto, y el amor á Dios un amor intelectual. Después de establecer en la proposición 21 de esta parte quinta que «la mente no puede imaginarse nada ni acordarse de las cosas pasadas sino mientras dura el cuerpo», lo que equivale a negar la inmortalidad del alma, pues un alma que separada del cuerpo en que vivió no se acuerda ya de su pasado, ni es inmortal ni es alma, procede a decirnos en la proposición 23 que «la mente humana no puede destruirse en absoluto con el cuerpo, sino que queda algo de ella, que es *eterno*», y esta eternidad de la mente es cierto modo de pensar. Mas no os dejéis engañar; no hay tal eternidad de la mente individual. Todo es *sub aeternitatis specie*, es decir, un puro engaño. Nada más triste, nada más desolador, nada más antivital que esa felicidad, esa *beatitudo* spinoziana, que consiste en el amor intelectual a Dios, el cual no es sino el amor mismo de Dios, el amor con que Dios se ama a sí mismo (prop. 36). Nuestra felicidad, es decir, nuestra libertad, consiste en el constante y eterno amor de Dios a los hombres. Así dice el escolio a esta proposición 36. Y todo para concluir en la proposición final de toda la *Ética*, en su coronamiento, con aquello de que la felicidad no es el premio de la virtud, sino la virtud misma. ¡Lo de todos! O dicho en plata: que de Dios salimos y a Dios volvemos; lo que, traducido a lenguaje vital, sentimental, concreto, quiere decir que mi conciencia personal brotó de la nada, de mi inconciencia, y a la nada volverá.

Y esa voz tristísima y desoladora de Spinoza es la voz misma de la razón. Y la libertad de que nos habla es una libertad terrible. Y contra Spinoza y su doctrina de la felicidad no cabe sino un argumento incontrastable: el argumento *ad hominem*. ¿Fue feliz él, Baruc Spinoza, mientras para acallar su íntima infelicidad disertaba sobre la felicidad misma? ¿Fue él libre?

En el escolio a la proposición 41 de esta misma última y más trágica parte de esa formidable tragedia de su *Ética*, nos

habla el pobre judío desesperado de Amsterdam, de la persuasión común del vulgo sobre la vida eterna. Oigámosle: «Parece que creen que la piedad y la religión y todo lo que se refiere a la fortaleza de ánimo, son cargas que hay que deponer después de la muerte, y esperan recibir el precio de la servidumbre, no de la piedad y la religión. Y no sólo por esta esperanza, sino también, y más principalmente, por el miedo de ser castigados con terribles suplicios después de la muerte, se mueven a vivir conforme a la prescripción de la ley divina en cuanto les lleva su debilidad y su ánimo impotente; y si no fuese por esta esperanza y este miedo, y creyeran, por el contrario, que las almas mueren con los cuerpos, ni les quedara el vivir más tiempo sino miserables bajo el peso *de la piedad*, volverían a su índole, prefiriendo acomodarlo todo a su gusto y entregarse a la fortuna más que a sí mismos. Lo cual no parece menos absurdo que si uno, por no creer poder alimentar a su cuerpo con buenos alimentos para siempre, prefiriese saturarse de venenos mortíferos, o porque ve que el alma no es eterna o inmortal, prefiera ser sin alma (*amens*) y vivir sin razón; todo lo cual es tan absurdo que apenas merece ser refutado (*quae adeo absurda sunt, ut vix recenseri mereantur*).»

Cuando se dice de algo que no merece siquiera refutación, tenedlo por seguro, o es una insigne necedad, y en este caso ni eso hay que decir de ella, o es algo formidable, es la clave misma del problema. Y así es en este caso. Porque sí, pobre judío portugués desterrado en Holanda, sí, que quien se convenza, sin rastro de duda, sin el más leve resquicio de incertidumbre salvadora, de que su alma no es inmortal, prefiera ser sin alma, *amens*, o irracional, o idiota, prefiera no haber nacido, no tiene nada, absolutamente nada de absurdo. El, el pobre judío intelectualista definidor del amor intelectual y de la felicidad, ¿fue feliz? Porque este y no otro es el problema. «¿De qué te sirve saber definir la compunción, si no la sientes?» dice el Kempis. Y, ¿de qué te sirve meterte a definir la felicidad si no logra uno con ello ser feliz? Aquí encaja aquel te-

rrible cuento de Diderot sobre el eunuco que, para mejor poder escoger esclavas con destino al harem del soldán, su dueño, quiso recibir lecciones de estética de un marsellés. A la primera lección, fisiológica, brutal y carnalmente fisiológica, exclamó el eunuco compungido: «¡Está visto que yo nunca sabré estética!» Y así es; ni los eunucos sabrán nunca estética aplicada a la selección de mujeres hermosas, ni los puros racionalistas sabrán ética nunca, ni llegarán a definir la felicidad, que es una cosa que se vive y se siente, y no una cosa que se razona y se define.

Y ahí tenemos otro racionalista, éste no ya resignado y triste, como Spinoza, sino rebelde, y fingiéndose hipócritamente alegre cuando era no menos desesperado que el otro; ahí tenéis a Nietzsche, que inventó *matemáticamente* (!!!) aquel remedo de la inmortalidad del alma que se llama la vuelta eterna, y que es la más formidable tragi-comedia o comi-tragedia. Siendo el número de átomos o primeros elementos irreductibles finito, el universo eterno tiene que volver alguna vez a darse una combinación como la actual, y, por lo tanto, tiene que repetirse un número eterno de veces lo que ahora pasa. Claro está, y así como volveré a vivir la vida que estoy viviendo, la he vivido ya infinitas veces, porque hay una eternidad hacia el pasado, *a parte ante*, como la habrá en el porvenir, *a parte post*. Pero da el triste caso de que yo no me acuerdo de ninguna de mis existencias anteriores, si es posible que me acuerde de ellas, pues dos cosas absoluta y totalmente idénticas no son sino una sola. En vez de suponer que vivimos en un universo finito, de un número finito de primeros elementos componentes irreductibles, suponed que vivamos en un universo infinito, sin límite en el espacio—la cual infinitud concreta no es menos inconcebible que la eternidad concreta, en el tiempo,—y entonces resultará que este nuestro sistema, el de la vida láctea, se repite infinitas veces en el infinito del espacio, y que estoy yo viviendo infinitas vidas, todas exactamente idénticas. Una broma, como veis, pero no menos cómica, es de-

cir, no menos trágica que la de Nietzsche, el del león que se ríe. ¿Y de qué se ríe el león? Yo creo que de rabia, porque no acaba de consolarle eso de que ha sido ya el mismo león antes, y que volverá a serlo.

Pero es que tanto Spinoza como Nietzsche eran, sí, racionalistas, cada uno de ellos a su modo, pero no eran eunucos espirituales; tenían corazón, sentimiento, y sobre todo, hambre, un hambre loca de eternidad, de inmortalidad. El eunuco corporal no siente la necesidad de reproducirse carnalmente, en cuerpo, y el eunuco espiritual tampoco siente el hambre de perpetuarse.

Cierto es que hay quienes aseguran que con la razón les basta, y nos aconsejan desistamos de querer penetrar en lo impenetrable. Mas de éstos que dicen no necesitar de fe alguna en vida personal eterna para encontrar alicientes de vida y móviles de acción, no sé qué pensar. También un ciego de nacimiento puede asegurarnos que no siente gran deseo de gozar del mundo de la visión, ni mucha angustia por no haberlo gozado, y hay que creerle, pues de lo totalmente desconocido no cabe anhelo por aquello de *nihil volitum quin praecognitum*; no cabe querer sino lo de antes conocido; pero el que alguna vez en su vida, o en sus mocedades o temporalmente, ha llegado a abrigar la fe en la inmortalidad del alma, no puedo persuadirme a creer que se aquiete sin ella. Y en este respecto apenas cabe entre nosotros la ceguera de nacimiento, como no sea por una extraña aberración. Que aberración, y no otra cosa, es el hombre mera y exclusivamente racional.

Más sinceros, mucho más sinceros son los que dicen: «de eso no se debe hablar, que es perder el tiempo y enervar la voluntad; cumplamos aquí con nuestro deber, y sea luego lo que fuere»; pero esta sinceridad oculta una más profunda insinceridad. ¿Es que acaso con decir: «de eso no se debe hablar», se consigue que uno no piense en ello? ¿Que se enerva la voluntad?... ¿Y qué? ¿Que nos incapacita para una acción humana? ¿Y qué? Es muy cómodo decirle al que tiene una enfermedad

mortal, que le condena a corta vida y lo sabe, que no piense en ello.

*¡Meglio oprando obliar, senza indagarlo,
Questo enorme mister de l'universol*

«Mejor obrando olvidar, sin indagarlo, este enorme misterio del universo!» escribió Carducci en su *Idilio maremmano*, el mismo Carducci que al final de su oda *Sobre el monte Mario* nos habló de que la tierra, madre del alma fugitiva, ha de llevar en torno al sol gloria y dolor

hasta que bajo el Ecuador rendida,
a las llamadas del calor que huye,
la ajada prole una mujer tan sólo
tenga y un hombre,
que erguidos entre trozos de montañas,
en muertos bosques, lívidos, con ojos
vítreos te vean sobre inmenso hielo,
oh sol, ponerte! (1)

¿Pero es posible trabajar en algo serio y duradero, olvidando el enorme misterio del universo y sin inquirirlo? ¿Es posible contemplarlo todo con alma serena, según la piedad lucreciana, pensando que un día no se ha de reflejar eso todo en conciencia humana alguna?

«¿Sois felices?» pregunta Caín en el poema byroniano a Lucifer, príncipe de los intelectuales, y éste le responde: «Somos poderosos»; y Caín replica: «¿Sois felices?, y entonces el gran Intelectual le dice: «No; ¿lo eres tú?» Y más adelante este mismo Luzbel dice a Adah, hermana y mujer de Caín:

«Escoge entre el Amor y la Ciencia, pues no hay otra elección.» Y en este mismo estupendo poema, al decir Caín que el árbol de la ciencia del bien y del mal era un árbol mentiroso, porque «no sabemos nada, y su prometida ciencia fué al precio de la muerte», Luzbel le replica: «Puede ser que la muerte conduzca al más alto conocimiento.» Es decir, a la nada.

(1) La traducción es mía, y figura en mi tomo de *Poesías*.

E. M.—Abril 1912.

En todos estos pasajes donde he traducido ciencia, dice lord Byron *Knowledge*, conocimiento; el francés *science* y el alemán *Wissenschaft*, al que muchos enfrentan la *wisdom—sagesse* francesa y *Weisheit* alemana—la sabiduría. «La ciencia llega, pero la sabiduría se retarda, y trae un pecho cargado, lleno de triste experiencia, avanzando hacia la quietud de su descanso.»

*Knowledge comes, but wisdom lingers, and he bears a laden breast,
Full of sad experience, moving toward the stillness of his rest,*

dice otro lord, Tennyson, en su *Locksley Hall*. ¿Y qué es esta sabiduría, que hay que ir a buscarla principalmente en los poetas, dejando la ciencia? Está bien que se diga, con Matthew Arnold—en su prólogo a los poemas de Wordsworth,—que la poesía es la realidad, y la filosofía la ilusión; la razón es siempre la razón, y la realidad la realidad, lo que se puede probar que existe fuera de nosotros, consuélenos o desespérenos.

No sé por qué tanta gente se escandalizó o hizo que se escandalizaba cuando Brunetière volvió a proclamar la bancarrota de la ciencia. Porque la ciencia, en cuanto sustitutiva de la religión, y la razón en cuanto sustitutiva de la fe, han fracasado siempre. La ciencia podrá satisfacer, y de hecho satisface en una medida creciente, nuestras crecientes necesidades lógicas o mentales, nuestro anhelo de saber y conocer la verdad; pero la ciencia no satisface nuestras necesidades afectivas y volitivas, nuestra hambre de inmortalidad, y lejos de satisfacerla, contradícela. La verdad racional y la vida están en contraposición. ¿Y hay acaso otra verdad que la verdad racional?

Debe quedar, pues, sentado, que la razón, la razón humana, dentro de sus límites, no sólo no prueba racionalmente que el alma sea inmortal y que la conciencia humana haya de ser en la serie de los tiempos venideros indestructible, sino que prueba más bien, dentro de sus límites, repito, que la con-

ciencia individual no puede persistir después de la muerte del organismo corporal de que depende. Y esos límites dentro de los cuales digo que la razón humana prueba esto son los límites de la racionalidad, de lo que conocemos comprobadamente. Fuera de ellos está lo irracional, que es lo mismo que se la llame sobre-racional que infra-racional o contra-racional; fuera de ellos está el absurdo de Tertuliano, el imposible del *certum est, quia impossibile est*. Y ese absurdo no puede apoyarse sino en la más absoluta incertidumbre.

La disolución racional termina en disolver la razón misma, en el más absoluto escepticismo, en el fenomenalismo de Hume o en el contingencialismo absoluto de Stuart Mill, éste el más consecuente y lógico de los positivistas. El triunfo supremo de la razón, facultad analítica, esto es, destructiva y disolvente, es poner en duda su propia validez. Cuando hay una úlcera en el estómago, acaba éste por digerirse á sí mismo. Y la razón acaba por destruir la validez inmediata y absoluta del concepto de verdad y del concepto de necesidad. Ambos conceptos son relativos; ni hay verdad ni hay necesidad absolutas. Llamamos verdadero a un concepto que concuerda con el sistema general de nuestros conceptos todos, verdadera a una percepción que no contradice al sistema de nuestras percepciones; verdad es coherencia. Y en cuanto al sistema todo, al conjunto, como no hay fuera de él nada para nosotros conocido, no cabe decir que sea o no verdadero. El universo es imaginable que sea en sí, fuera de nosotros, muy de otro modo que como a nosotros se nos aparece, aunque ésta sea una suposición que carezca de todo sentido racional. Y en cuanto a la necesidad, la hay absoluta? Necesario no es sino lo que es y en cuanto es, pues en otro sentido más trascendente, ¿qué necesidad absoluta, lógica, independiente del hecho de que el universo existe, hay de que haya universo ni cosa alguna?

El absoluto relativismo, que no es ni más ni menos que el escepticismo, en el sentido más moderno de esta denominación, es el triunfo supremo de la razón racionante.

Ni el sentimiento logra hacer del consuelo verdad, ni la razón logra hacer de la verdad consuelo; pero esta segunda, la razón, procediendo sobre la verdad misma, sobre el concepto mismo de realidad, logra hundirse en un profundo escepticismo. Y en este abismo encuéntrase el escepticismo racional con la desesperación sentimental, y de este encuentro es de donde sale una base—¡terrible base!—de consuelo. Vamos a verlo.

MIGUEL DE UNAMUNO

LOS ESPAÑOLES EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Un viaje a Francia en 1792.

(*Conclusión.*)

Las cabezas de los dos sacerdotes decapitados en Burdeos, el cuerpo ensangrentado de Duhamel, no son visiones que conforten a un espíritu como el de nuestro compatriota; pero las circunstancias obligan a hacer de las tripas corazón, sobre todo cuando no se halla fácil ni expedita la puerta para salir de la trampa en que se cayó. Sin duda soportaron los franceses sus veinticinco años de Revolución e Imperio, con la secreta esperanza de que al día siguiente renaciera la normalidad y la paz con todo el mundo. Y de la misma suerte, D. Leandro trataría de esperar a que pasase el nublado o procuraría adaptarse al ambiente de la revuelta, como a una fuerte bebida de buen tono. ¿Qué remedio más que aturdirse en el café o en el teatro como si nada ocurriese? ¡Y qué café el suyo! El más ruidoso y bullidor del Palais-Royal: el *café Corazza*, en suma, que comparte con el de Foy un papel importantísimo en la historia íntima de las convulsiones de París. En aquella sala famosa empiezan a acoplarse las figuras más siniestras de la facción extranjera y del bando de los *ultra*: Proly, Desfieux, Chabot el ex-capuchino, Tallien el futuro secretario-grefier en la *Comune* del 10 de Agosto, Lazowsky, Varlet. Esto es, los furio-

sos, los «setembrizadores», los implacables y averiados (1). Todavía no ha entrado en juego el español Andrés María Guzmán, que sirve en los ejércitos y no regresará a la capital hasta fines del mismo año 92, para brillar, efímero y violento, como un relámpago, en la tormenta del año siguiente. Y, no obstante esta clientela de exaltados, el café Corazza pasará siempre en el concepto público como un foco esencialmente contrarrevolucionario y realista (2), y acumulará continuas sospechas, de las cuales, en uno de sus informes, tendrá que ocuparse el ministro Garat, verdadero técnico y organizador de la policía terrorista (3). Los escritores que en la polémica histórica a propósito de Batz, sostienen—como Lenôtre o el descendiente del famoso conspirador monárquico—la tesis de su intervención maquiavélica en el envilecimiento o destrucción mutua de los revolucionarios y convencionales, no verán en los asiduos de ese café más que agitadores a sueldo, espías disfrazados de patriotas, agentes provocadores manejados por el intrépido barón o energúmenos que secundan admirablemente sus planes. Tal fué también la tesis de Robespierre y Saint-Just en el proceso de las *chemises rouges* («conspiración del extranjero o de Batz»), y en las causas contra los hébertistas o contra Danton y sus amigos.

Con esta flor y nata de los violentos y de los «hombres de sangre», codeóse, un poco sin saberlo, nuestro benigno compatriota, acompañado del Chabot de París y de su *conjux*, como escribe a menudo, y hasta de una *vicina* amable, que se convirtieron en cicerones del viajero. Y de la Comedia no digamos. En medio de tanto trastorno y turbulencia, asiste al espectáculo el 27, el 29, el 31 de Julio; vuelve a él la noche trágica y suprema del 9 de Agosto, y el 17, 18, 19 y 21 del propio

(1) *Les conspirations et la fin de Jean, baron de Batz*, por su descendiente el barón de Batz. París, 1911, pág. 22.

(2) A. Schmidt: *Tableaux de la Révolution française*, t. I., pág. 149.

(3) Buchez et Roux, publican este informe en el tomo XXV de su *Histoire parlementaire de la Révolution française*.

mes. ¿Qué obras acertó á ver? Esto es lo que no puntualizan sus apuntes. Abriendo el *Moniteur* o el *Journal des Débats*, y repasando los anuncios correspondientes a aquellos días, podremos enterarnos de las funciones más en boga. Desde la fuga a Varennes, los teatros han abandonado sus viejos títulos reales y principescos; se han convertido en Teatro de la Nación, Teatro Italiano, Teatro Francés, Teatro de la calle Feydeau, Ambigú-Comique, Teatro de Mademoiselle Montansier,—la protegida o asociada de Danton. Nada ya, por estas fechas, de *Grands danseurs du Roi*; nada de *Théâtre de Madame Royal*, ó de *Monsieur*. Aparte del repertorio consagrado, desde Racine a Voltaire, desde *Fedra* a *Brutus*, representanse obras nuevas y de circunstancias, apropósitos políticos, loas fúnebres. A *La mort de Mirabeau*, a *L'autodafè ou le Tribunal de l'Inquisition*, han sucedido hace tiempo *La lettre de cachet*, *La mort de Gouvion*, *Les deux Chambres*. Hace furor en la sala Montansier *Tout par l'opium*, parodia de *Romeo y Julieta*. Con *Georges Dandin* y *Le barbier de Séville* alternan aquellos días, en el Ambigú, *Crispin a Madrid* y *Le villageois clairvoyant*. Con *Le médecin malgré lui* o *La frascatana*, renuevan cada noche su éxito en el Teatro de la calle Feydeau, *Les visitandines*, el estreno más feliz de aquellos años. ¡*Les visitandines*! ¡Qué inexplicable sugestión, qué dolorosa resonancia evoca este título en la mente del rebuscador que ha seguido, día por día, los periódicos del tiempo, que ha visto a esa ópera cómica—a esa «linda bagatela», como la llama el crítico del *Moniteur*—hacer impasible su camino, de un cabo a otro de la Revolución! Nacida poco antes del 10 de Agosto, en medio de las convulsiones agónicas de la realeza, soporta el año terrible, combina sus agudezas y donaires con el horror del 93, sobrevive a sus espectadores, acaso a sus mismos intérpretes de la víspera, y surca el mar Rojo como un esquife de nácar iluminado en la oscuridad, resonante de cascabeles argentinos y flautas melífluas. Cuando llegan los días sangrientos y las terribles «hornadas» de Prarial, continúa impertérrita en los carteles, entona cada noche

su apacible serenata de amor al pie de la guillotina, que relampaguea al claro de luna y, pasando a la otra ribera, hallámosla todavía, veinte años después, distraendo, en Cádiz o en Palma de Mallorca, el tedio de los fugitivos durante la guerra de la Independencia, con sus melodías impregnadas de inefables recuerdos sansculótidos y thermidorianos.

Así se entrelazan y confunden realmente lo histórico y lo trivial, el hecho que destacará sobre las edades y la trama oscura del vivir diario y silencioso. Para variar de espectáculo, una noche, la del 5 de Agosto, acuden Moratín y Chabot a la sección *des Enfants rouges*. Las cuarenta y ocho secciones de París se han declarado en sesión permanente, como consecuencia de la declaración de «la patria en peligro»; se ha establecido en la Municipalidad un negociado central de correspondencia entre ellas; se ha hecho continuo su contacto para la rebelión que se anuncia. El manifiesto del Duque de Brunswick, jefe de los ejércitos aliados, y sus fulminantes e ineptas amenazas contra la capital, conocidas desde el día 3, encienden el coraje de todos. Uno de los más firmes campeones de la derecha parlamentaria, Mathieu Dumas, dirá, andando el tiempo, con precisión definitiva, que aquella proclama fué «el acto más impolítico que la ignorancia y el orgullo dictasen jamás, y un verdadero fratricidio de los príncipes franceses emigrados, contra Luis XVI y su familia» (1). Después de la filípica de Isnard, en la Asamblea, comentando el mensaje del rey en que se comunica y desaprueba el manifiesto, preséntase Pétion a dar cuenta de la petición de destronamiento, amañada en el Hôtel-de-Ville por los sedicentes comisarios de las secciones. La de Mauconseil se declara desde luego en rebelión, y manifiesta no reconocer ya como rey de Francia al infortunado Capeto, adhiriéndose otras trece a tal acuerdo. La Asamblea vacila; agota los medios de dilación; trata de evadir las conminaciones que continuamente recibe para que resuelva a plazo fijo. Y los Ja-

(1) *Souvenirs*, t. II, págs. 426 y 427.

cobinos, los *Cordeliers*, los cincuenta clubs, las ~~ochenta y cua-~~^{cuarenta y ocho}tro secciones, los innumerables cafés y *guinguettes* de la ciudad, son otras tantas asambleas enfurecidas, donde no se habla más que de alzamiento popular y deposición del monarca. Esta sección de los *Enfants rouges* que visitó Moratín, se reunía entonces en la iglesia del mismo nombre, cerca del Temple, y comprendía 1.800 ciudadanos activos. Más adelante se llamó sección del *Marais*, luego sección del *Homme-Armé* y, a partir de 1813, cuartel del Monte de Piedad (1); y allí tuvo ocasión de presenciar, *in vitro* diríamos, las operaciones revolucionarias, reducidas casi siempre a la tenacidad de una minoría, que por la vociferación, la amenaza y el cansancio se impone al mayor número de comodones y negligentes; hasta el punto de que los acuerdos más graves resultan tomados a última hora, cuando ya no quedan en el local más que los tres o cuatro mangoneadores de costumbre y unos veinte o treinta ciudadanos rendidos de sueño.

Mientras tanto ha visitado a Olivera, el judío bayonés, residente en París ahora. Ha visitado también a D. Domingo de Iriarte, secretario de nuestra Embajada y encargado del despacho de ella, por haberse retirado ya Fernán-Núñez. Iriarte le pondría al corriente de los bajos fondos e interioridades de la Revolución; de la ambigüedad de relaciones entre España y Francia, que parecen haberse suavizado un momento gracias a la presencia del viejo Aranda en el poder; de la ruptura en perspectiva, y que no tardará en hacerse inevitable... El día 9 de Agosto dirígese D. Leandro a casa del diplomático español, con el intento de comer allí. Pero se lleva chasco: Iriarte no está. Sus deberes políticos lo habrán retenido en otro puesto; las entrevistas de los representantes extranjeros que quedan en París no cesan un instante; se cierne en la atmósfera como un aviso de tragedia final. Vuelve Moratín sobre sus pasos, se encamina á su refugio del Palais, y

(1) Mortimer-Ternaux, *Histoire de la Terreur*, t. II. Notas, pág. 430.

satisface su apetito en el primer restaurant que le llama la atención. Pasea de nuevo por la tarde, y va por la noche al teatro, con su habitual continente calmoso, ostentando con más o menos bizarría su gran escarapela tricolor sobre el ala abatida del sombrero a la *Henri IV*. Al salir de la Comedia da todavía su vuelta de noctámbulo impenitente. La noche es espléndida y calurosa, sin un soplo de aire ni una nube. Observa un momento el estival insomnio de París, los grupillos de curiosos en cada puerta, las patrullas y retenes cruzando en todas direcciones. ¿Ocurrirá algo esta vez? No es probable. ¡Hace tantos días que se anuncia! Vale más meterse en cama y entregarse a un sueño reparador. Pero, no bien se ha recogido en su albergue, cuando, en punto de media noche, vibra, distante, el toque furioso de una campana, que se extiende de iglesia a iglesia, en la calma solemne de un aire inmóvil, en el silencio de una expectación que permitiría oír el ritmo de la sangre fluyendo por las venas.

He aquí las palabras de su dietario, reproducidas literalmente y sin traducción, en su propia jerga franco-latina: «*nocte tocsin sonat; sublevacion populi.*» ¿De qué se trata? ¿De una precipitación, de una intentona más, de un tumulto pasajero? No. Es que suena la hora en el reloj de los siglos. Aquellas campanadas vibrantes y siniestras no caen siquiera como cayeron doscientos veinte años antes las de la torre de Saint-Germain-l'Auxerrois, en la noche aciaga de San Bartolomé, pregonando un acceso de furor, de fanatismo, de barbarie. Las de ahora separan dos edades del mundo, dos épocas de la historia, dos milenios de la humanidad. Anuncian, en suma, la mañana del 10 de Agosto, que es más, mucho más que un ataque a las Tullerías y la caída de un trono secular diez veces, porque supone una violentísima ruptura de la unidad del espíritu humano. Una era de diez y ocho centurias parece extinguirse en este momento expiatorio, purgación final de un largo proceso de crímenes, iniquidades e injusticias colectivas, si damos crédito a los definidores o profetas de la nueva reve-

lación; mientras se abre la era de las reparaciones y delicias... por ventura destinada también a resolverse en espejismo, en engaño, en «ilusión de progreso» y en más larga cuenta de crímenes e iniquidades, cuando amanezca de nuevo, en siglos futuros, el día de la revisión vengadora, cerrándose otro ciclo semejante en la alternativa insoluble y fatal de las decepciones y las esperanzas terrenas.

¿Tuvo conciencia Moratín de esa gran subversión espiritual y material a que asistía y del valor trascendente de aquella jornada? Puede presumirse que no. Los hombres de su temple, correctos y minuciosos, suelen carecer del alto sentido histórico, del dón de lo sublime. No poseen aquella doble vista que permite contemplar lo actual y momentáneo *sub specie aeternitatis*. Moratín no era un filósofo, ni tan sólo un pensador, ni respondió nunca, como poeta, a la emoción de lo grande, fuese de la categoría que se quiera: generoso u horrible, divino o satánico. Era un espíritu intenso sin duda, pero con un sector de visión muy limitado: la preceptiva, el «buen gusto», la amenidad, la delicada observación de costumbres literarias o domésticas. Como todos los horacianos en general, sobreponía la perfección a la elevación o grandeza, manteniéndose en irónico escepticismo epicúreo. Es fácil adivinar, por lo mismo, cuáles serían sus impresiones en aquellos días inolvidables y cómo el espanto que manifiesta tan reiteradamente es más de carácter fisiológico que de origen moral. ¿Cómo transmite a la posteridad esa fecha del 10 de Agosto de 1792, de que el azar vino a hacerle testigo? Pues con la siguiente anotación literal de su dietario: «*Tulle-rias—Ataque—Masacre Esguizarii.—Ego pavor.—Con Charbot, rue San Antonio y boulevard. Têtes in lanzas. Pavor.*» Tan-
tas veces ha sido cantada y descrita esa mañana memorable, que no es lícito volver sobre ella mientras no se aporten datos nuevos o versiones desconocidas. Desgraciadamente, Moratín no llegó a extender la suya, y resulta imposible sumarla a las que ofrece todos los días la diligencia de los investigado-

res. Así, al tiempo de escribir este trabajo, Arturo Chuquet ha publicado en *Le Temps* dos interesantes documentos de dicha especie, o sean dos cartas referentes al 10 de Agosto, firmada una por el médico Bollmann—que más tarde trató de libertar a Lafayette—y otra por un rico desocupado, Schlabrendorf, ambos alemanes. Schlabrendorf se había trasladado a París, ganoso de asistir de cerca a los acontecimientos de la Revolución y cediendo a una curiosidad que contrasta con la displicencia del escritor madrileño: fué a Francia por unas semanas, y el trágico interés de la revuelta le retuvo allí hasta 1815. El Dr. Bollmann se hallaba en la Asamblea en el momento en que Luis XVI y su familia, atravesando penosamente el jardín de las Tullerías y la terraza de los *Feuillants*, se refugiaron en el seno de la representación nacional, que ya fue tanto como entregarse a la venganza y al patíbulo. Después de mortales incertidumbres, de enojosos cabildeos—la Asamblea no podía deliberar constitucionalmente en presencia del rey,—se acuerda alojar a los augustos refugiados en la *loge* o tribuna donde tomaba sus notas el *Logotachygraphe*, separada del salón por una verja de hierro. Escena inolvidable, que el médico tudesco parece haber sentido con entrañas de *hombre*, no de humanitario ni de patriota. Su descripción corrobora y amplía los relatos más conocidos, las memorias de Madame Campan, de Weber, el hermano de leche de María Antonieta; de Madame de Tourzel, el aya de los niños reales. Con aire indiferente, pero sin ningún rasgo de dignidad, el rey aguarda el término de la discusión; la reina, en cambio, demuestra una actitud digna de su rango. «Sus cabellos se han vuelto grises en estos ocho meses últimos. Sus faltas—dice Bollmann—jamás me parecieron tan excusables como al verla en la Asamblea nacional, frente al pobre esposo inepto, frente al bueno, pero incapaz, Luis XVI.»

*
*
*

Lo que pasó fuera del Parlamento es harto sabido. Después de la salida del rey y su familia, permanecieron unos setecientos suízos y un centenar de guardias nacionales en las Tullerías. Algunas horas más tarde casi ninguno quedaba con vida: *Helvetiorum fidei ac virtuti invictis pax*, dirá la inscripción del monumento levantado en Lucerna a su memoria. El castillo estaba devastado, saqueadas sus habitaciones, incendiadas muchas de sus dependencias y edificios anexos. Una multitud, ebria de vino y de sangre, de lujuria y de ferocidad, despojaba los cadáveres, cometía en ellos mil torpezas, los mutilaba asquerosamente. Jirones de chaquetas rojas, uniforme de los suízos, flotaban en la punta de las bayonetas y de los sables, pregonando la trágica fidelidad de aquella legión esclava de su juramento. Las cabezas de los muertos eran paseadas en picas, y la horrible saturnal duró toda la tarde, toda la noche, a la luz de reverberos y hogueras. Moratín contempló ese cuadro, como lo contempló y describió Schlabrendorf; vió esas cabezas lívidas y amoratadas, pasando por el boulevard y la calle de San Antonio; esos ojos abiertos y vidriados por la muerte, esas bocas contraídas por la última crispación. ¿Eran de anónimos soldados, de gentilhombres sorprendidos en el Alcázar, de monárquicos como Clermont-Tonnerre, de escritores como Suleau, degollado aquella mañana por Théroigne de Méricourt, la virago o amazona de Lieja, en venganza de los espirituales epigramas que se había permitido a su costa? No lo supo, seguramente; no quiso saberlo. No podía experimentar más que náusea y repulsión. Conoció, de una vez para siempre, el horror de la demagogia y la crueldad de las muchedumbres desbordadas. Le fue dado observar cómo los hombres permanecen substancialmente los mismos a despecho del efímero barniz de la cultura; cómo el fanatismo exterminador que achacamos a las edades pretéritas, no hace más que cambiar de rumbo y de objeto, emigrando de una a otra religión, de uno a otro ideal, de unos a otros principios dominantes, y cómo, en fin, la misma capital del orbe civilizado reproduce los espectáculos des-

garradores, la inmunda carnicería y los rosarios de cabezas que la falsa retórica suele evocar como lúgubre ornamento reservado tan sólo a los muros de Fez o Tafiote.

¡Salir de este infierno, salir cuanto antes! He aquí su única idea.

El 11 de Agosto, por la mañana, permanece encerrado en su domicilio; por la tarde se aventura un momento hasta el boulevard, en compañía de Chabot. El 12 visita a Iriarte; llega a las Tullerías, contempla la magnitud del estrago, las habitaciones saqueadas, el famoso «armario de hierro», las huellas de los proyectiles, los vestigios de la lucha y la sangre. Por tierra yacen las estatuas de Luis XIV y Luis XV. Es domingo: una multitud inmensa, llevada de la misma curiosidad, recorre los jardines, el Alcázar profanado, el templo de la realeza abatida. En la sala del Picadero, la Asamblea continúa su oprobiosa sesión, convalidando todas las imposiciones de la chusma; la familia real apura su cáliz de sesenta horas en la celda del *Logotachygraphe*. La nueva *Commune* revolucionaria se ha erigido en poder absoluto y tiránico, contra el Parlamento, contra los treinta y seis mil municipios restantes. Así como antes impuso el destronamiento del rey, ahora impone su reclusión. Vacílase entre el palacio de Luxemburgo, la abadía de San Antonio, el Obispado, el Temple; y la torre de este último, previa inspección del imprescindible Palloy, el arquitecto patriota, resulta la preferida. Al anochecer del lunes (13 de Agosto), en dos coches de las que fueron caballerizas reales, el infortunado Luis, María Antonieta, Madama Elisabet, el pequeño Delfín y la Infanta, fueron conducidos al viejo edificio de la extinguida orden. Moratín, acompañado de Chabot, vió pasar ese cortejo lamentable, en las sombras del crepúsculo, mal disipadas por el resplandor de las siniestras *lanternes*. Una formidable escolta envolvía a los regios prisioneros; las turbas vociferaban injurias y amenazas inequívocas. Ha subido a una de las carrozas el «virtuoso Pétion», como en Varennes un año antes; pero Barnave no está allí, y tardará

muy poco en expiar su generosa y caballeresca adhesión de última hora a ese gran infortunio inevitable.

A contar de tal momento, todo denota, en los apuntes de D. Leandro, impaciencia, agitación, preparativos de marcha. Busca al abate Pellicer, con quien hará su viaje á Londres; se apresura a cumplir algunos encargos que hasta entonces había diferido, y olvida la mayor parte; entrega a Madame de Beaumont (de la familia del arzobispo de París) la carta que para ella habíale dado Crucero. De casa de Iriarte corre a la de Pellicer, de la de Pellicer a la sección para pedir pasaporte. Es preciso que dos ciudadanos «corporalmente responsables» de esta declaración (1), identifiquen su personalidad, y, a escape, va a buscar al judío Olivera, y con éste a Couteulx o Le Couteulx, el financiero de la Constituyente. Vuelta a la sección, y de la sección al Hôtel-de-Ville para el refrendo, y del Hôtel-de-Ville en coche, hasta la barrera de Passy (16 Agosto). ¿A guisa de paseo en que emplear la tarde? ¿Para gozar un anticipo de salida o escapatoria de aquel infierno? Y otra vez, el 17, a casa de Iriarte, a casa de Pellicer, a casa del banquero Le Grand, para tomar una letra sobre Londres y arreglar sus asuntos monetarios. El cambio con dicha plaza, según las cotizaciones del *Moniteur*, está aquellos días a diez y siete; el precio del dinero habrá subido notablemente, pues se omite este dato en el periódico oficioso, a contar de la memorable rebelión. El día 7, para obtener 100 libras en plata, era preciso dar 160 en *asignados*: un luis de oro costaba cuarenta libras papel. En regla su documentación, sus pasaportes, su carta de crédito, no falta sino que las famosas barreras de París dejen el paso libre. Danton ha dicho que «hay que hacer miedo a los aristócratas»; es el terror, que se acerca a grandes pasos. Marat no habla en *L'Ami du Peuple* más que de sus doscientas setenta mil y pico de cabezas cortadas. Las cárceles se llenan de suspectos; vigílese toda evasión; empieza a funcionar el *Tribunal*

(1) Acuerdos de la *Commune*, del 13 y 18 de Agosto.

del 17 de Agosto, origen del horrible sistema que alcanzó sus cumbres en el futuro Comité de Salud pública, en el Tribunal revolucionario y en la ley draconiana del 22 de Prarial. Háblase ya de visitas domiciliarias, de un gran escarmiento y, en suma, de un 2 de Setiembre todavía innominado y sin fecha.

La suspicacia jacobina, a la cual un progreso ilusorio ha trasladado la suspicacia inquisitorial, recela traición en todas partes y ha hecho imposible toda salida. «Las barreras de París, cerradas el 10, el 11, el 12 y el 13, entreabiertas el 14 después de una visita general a los *hôtels garnis*, cerradas de nuevo el 15 y el 16, estuvieron del 17 al 29 libres a medias» (1). El derecho de gentes no reza con las revoluciones; de las proclamas líricas que llamaron a los extranjeros a compartir las dulzuras y bienandanzas de la libertad, nadie se acuerda tampoco. La garrulería teorizante de la época no tardará en justificar esas violaciones, declarando por boca de Thuriot que Francia debe permanecer «*en estado de naturaleza* respecto de los otros países». Y después de la prohibición de salir, viene la aglomeración de los detenidos por esta causa, la insuficiencia de los medios de transporte, el agotamiento de los pasajes. Todo el mundo quiere partir a la la vez. Moratín acude al despacho de la diligencia, junto con el abate Pellicer, desde el día 18, y hasta el día 23 no les será posible emprender la marcha anhelada. Mientras tanto, refrena su impaciencia y espera el instante de la liberación, aturdiéndose en el café, en el teatro, cuyas funciones son ya a beneficio de las víctimas del 10 de Agosto; con las compras y visitas de despedida; comiendo el día 20 en casa del cura de Saint-Marceau, amigo de Chabot y uno de los ejemplares del sacerdote constitucional y patriota, que ya les había invitado el día 1.º; consumiendo los minutos, que se le hacen horas, y las horas, que se le hacen meses, aunque sea figoneando por última vez en un antro terrorista,

(1) Mortimer Ternaux, *Histoire de la Terreur*, t. III, pág. 133, nota.

como la sección *des Gobelins* (día 20), que reúne lo más exaltado del arrabal de San Marcelo y que fermenta con la fermentación precursora de las horribles jornadas de Setiembre. Por último, al medio día del jueves 23 de Agosto, puede subir a la ansiada diligencia; dirigir una postrera mirada de angustia y satisfacción, todo a un tiempo, a las calles de la enloquecida metrópoli; pasar por las barreras y sufrir el sobresalto final de la presentación y examen del salvoconducto; decir adiós a la pesadilla. A las nueve de la noche, la diligencia llega a Clermont. Después de cenar, a la una de la madrugada, sigue para Amiéns, donde se apea a las once de la mañana del 24. El 25 come en Boloña, y a las ocho de la noche se halla en Calais. El 26, a primera hora, se embarca en el paquebot, con un *pavor terribilis*. Es la primera vez que se confía al mar y que conoce su furia. A las doce de la mañana está en Dover, al abrigo de las olas, en el seno de una nación tranquila. Puede respirar a sus anchas, arrancar del sombrero la cucarda cívica, sentirse libre y dichoso. Queden en paz, al otro lado, los franceses, con sus sangrientos delirios y su fanática redención. Lo que acertó a ver le basta y le sobra. Le basta para no recordarlo jamás; le basta para sentir, en lo que le reste de vida, un horror invencible por la memoria de aquellos meses malogrados y por todo lo que trascienda a bullanga y popular tumulto.

*
* *

Tales fueron las andanzas del ilustre escritor madrileño durante su viaje de 1792; tales las escenas que presenciara al atravesar el golfo encrespadísimo de la Revolución francesa. Como queda dicho, ninguna de estas escenas tuvo que ver con el asesinato de la princesa de Lamballe, contrariamente a lo que los biógrafos de Moratín afirman. El 27 de Agosto, don Leandro hallábase ya en Londres, alojado en una posada de Suffolk-Street (1), desde donde pasó más adelante a la calle

(1) Diario manuscrito.

E. M.—Abril 1912.

de Strand, núm. 481, y luego a la Green-Street, Leicester Square, núm. 11 (1). La angelical amiga de María Antonieta no pereció, según es sabido, hasta el día 3 de Setiembre, en la prisión de la Force. ¿Cómo pudo ver paseada en una pica la cabeza de Luisa de Saboya-Carignan, con sus guedejas de oro pálido velando las facciones exangües y puras y rodeándolas de una luz de martirio é inmortalidad? Ni le faltaba esta prueba para «dejar con espanto y aversión un país donde el crimen parecía haber erigido su trono» (2). El día siguiente de su llegada a la ciudad del Támesis, escribe a Melón (3): «Ayer llegué a Londres; hoy (28 Agosto) he visto a Las Heras y al Embajador, que me ha recibido muy bien... Las cosas de París van mal. La Fayette se escapó, huyendo de la guillotina que le amenazaba; el Rey está en una torre del Temple con un municipal (un miembro del Municipio) que no le pierde de vista, y mil hombres de guarda; los jacobinos han renovado las proscripciones del Triunvirato; nadie vive seguro, y todo el que puede escapar, escapa. Dirás a Dimanche y al Doctor, que no extrañen que no haya hecho ninguno de sus encargos en veinte días (4) que me he detenido en París, y en días tan agitados y turbulentos...»

Sorprende la escasez de alusiones a los sucesos de la Revolución que pone de manifiesto su correspondencia conocida. ¿Sería por temor a los rigores fiscales de las Aduanas españolas, por cautela, por falta de afición? Transcurren unos cuatro meses, hasta el 21 de Diciembre de 1792, sin que aparezca otra carta ni otra referencia política. Lo que dice a Melón con esta última fecha, sería para desconcertar si no conociéramos lo contradictorio de esos caracteres escépticos y volterrianos que

(1) *Obras póstumas*, t. II, páginas 129 y 132.

(2) Silvela, *Vida de Moratín*, *Obras póstumas*, t. I, pág. 22.

(3) Por cierto que esta carta (*Obras póstumas*, t. II, pág. 125) figura con la fecha equivocada. Dice 28 de *Marzo* y debe decir 28 de *Agosto* de 1792.

(4) Fueron veintinueve justos.

abominan de los frutos y no dejan de cultivar la planta. «El
»Rey (de Inglaterra) está empeñado en hacer la guerra a los
»franceses, y el pueblo en que le aligeren los tributos; el de
»Escocia e Irlanda está un poco revuelto, y no deja de dar
»cuidado. El contagio de la falsa filosofía ha cundido aquí, a
»pesar del frío que hace, y por todas partes se oyen opiniones
»absurdas, que hacen estremecer. Dicen que es menester un
»nuevo arreglo del parlamento, y que la nación no está legal-
»mente representada... Se quejan también, con igual injusticia,
»de las riquezas del clero, la distribución de los impuestos, los
»privilegios de varios cuerpos y particulares, y otras cosas, que
»anuncian los progresos que van haciendo en esta gente las
»erradas máximas de los modernos. De otro modo pensaban
»nuestros abuelos, y el pan valía más barato, y había más cris-
»tiandad y mas temor de Dios...» (1). Pasan otros cuarenta
días y, en 1.º de Febrero del 93, poco después de la muerte de
Luis XVI en el cadalso, dice al indefectible Melón: «Ya sabrás
»las últimas novedades de la Galia: aquí, como estamos tan
»cerquita, las tenemos al cuarto día. Cada vez se cree la gue-
»rra más inevitable...» (2). En otra carta, sin fecha, pero del
propio año 93, manifiesta a su amigo cuánto le fastidia la dra-
maturgia británica: «El teatro inglés—dice—es capaz de con-
»solar a los españoles, a los italianos y aun a los malabares,
»de las extravagancias del suyo»; y añade la confesión ya ci-
tada más arriba: *si los franceses no estuvieran locos, no hubie-
ra yo venido a ver las inmortales obras de Shakespeare*. Y, por
último, cosa de seis meses más tarde, el 26 de Julio, anuncian-
do a Melón su próxima salida para Bélgica, Alemania é Italia,
dice secamente y de pasada: «El inicuo Marat acaba de morir
asesinado a manos de una mujer» (3). El hecho había ocurri-
do en París el día 13.

(1) *Obras póstumas*, t. II, páginas 126 y 127.

(2) *Idem id.*, pág. 131.

(3) *Idem id.*, pág. 134

Con esto puede decirse que se pierde en sus cartas todo rastro de la Revolución, si bien las *Notas sueltas sobre Inglaterra*, publicadas en el tomo I de sus *Obras póstumas*, contienen todavía algunas referencias aprovechables. Así, por ejemplo, la reseña de un banquete político, en la taberna de *Crown and Anchor*, al cual asistió y que habían organizado los partidarios londinenses de Tomás Payne, después del proceso y condena (en rebeldía) de este último, por su opúsculo sobre los *Derechos del hombre*, y de la célebre defensa del abogado Erskine. Payne era norteamericano; se adhirió con gran vehemencia a la revolución de Francia y tomó parte activísima en sus agitaciones, trabajando a dos vertientes: en el interior, y sobre los pueblos de lengua inglesa, con la terrible fusión del puritano y el jacobino. «Llevado de la curiosidad—dice Moratín,—asistí á esta función, tomando un billete por siete chelines», o sean 35 reales de nuestra moneda. Debía presidirla Erskine en persona, quien, al presentarse en la sala de espera, fue recibido con aplausos y aclamaciones. Subido en una mesa leyó un discurso contra el Gobierno *tory*, y le siguieron otros varios. Llegada la hora de comer, y a costa de formidables empujones y aun con peligro de morir aplastado, Moratín consiguió penetrar en la sala principal, suficiente para unos cuatrocientos comensales, de los ochocientos que se habían reunido. El salón estaba adornado con pilastras y figuras, gran bóveda elíptica en el centro, dos imponentes chimeneas de mármol, cinco arañas riquísimas. Dispuestas a lo largo contábanse cinco mesas y otra que formaba el testero, para la presidencia. «Se cubrieron las mesas una sola vez; pero con tal abundancia, que todos comieron bien y sobró mucho todavía.» Después del banquete, empezaron los brindis: Erskine, el fogoso Sheridan, Grey, Bing. A continuación de cada discurso, se levantaban las copas, decíase tres veces *hurra*, y bebían todos. Algunos oradores cantaron también canciones políticas de circunstancias, coreadas por el auditorio, que repetía el estribillo.

Mr. Took, acepto a la demagogia, habló en sentido más

exaltado que sus predecesores y zahirió al Presidente y a Sheridan. El vino se había apoderado ya de no pocas cabezas, trataron algunos de agredir a Mr. Took, en un grupo cercano a él empezaron a darse de cachetes, cedieron las mesas, rodó la vajilla por el suelo, ganaron la puerta los más prudentes y, después de mucho rato, con grandes fatigas de la presidencia y una vez retiradas las reliquias del combate, prosiguió la reunión como si tal cosa, quedando acordado repetirla dentro de cuatro semanas (1). La viva descripción de esta escena hace muy de sentir el silencio del literato español sobre tantas otras, más movidas y trascendentales, de que acababa de ser testigo. Fatigado de Londres, emprende, allá en Agosto del 93, su vuelta a la Europa continental. El día 6 llega a Dóver para embarcarse con dirección a Ostende, según el itinerario que puntualiza en su *Viaje de Italia*. El día 7, detenido en Dóver todavía, anota la siguiente impresión, que no honra, por cierto, a su blandura de entrañas: «Viento contrario. Me divierto »en ver embarcar para Ostende clérigos y ex-frailes franceses, »desaliñados, puercos, tabacosos, habladores; tan en cueros »como el día en que llegaron, y tan a oscuras de la lengua inglesa, al cabo de dos años de manejar el diccionario, como »la madre que los parió» (2). Estos infelices desaliñados, puercos y desnudos, eran los hermanos de persecución y martirio de aquellos otros, cuyas cabezas ensangrentadas tanto le horrorizaron en Burdeos. Era el rebaño miserable y hambriento de la emigración forzosa, esto es, de la expulsión legal y de la disyuntiva entre la apostasía y la muerte. Cuando él salió de París como simple viajero, aburrido y asqueado, pudo cruzarse con las caravanas de esos clérigos, empujados, entre mil peligros, a todas las fronteras, privados de sus beneficios y temporalidades, sin ropa, sin ajuar, sin permitírseles más dinero que una cantidad irrisoria, no pocas veces dejada en las manos

(1) *Obras póstumas*, t. I, págs. 165 y siguientes.

(2) *Idem id.*, t. I, pág. 272.

rapaces de sus perseguidores ó de sus custodios. Así entraron por docenas y por millares en España, y así pudo hallarles todavía a su regreso, después de cinco años de diversión en los países más agradables de la tierra, mientras ellos languidecían en una estrechez e infortunio que empiezan ahora a ser debidamente conocidos y estudiados (1).

Y nada más. El viajero siguió su ruta; la Revolución también. El viajero peregrinó por Bélgica y Suíza, por Alemania e Italia. Se extasió en Milán, en Parma, en Florencia, en Roma, en Venecia, en Ferrara. De Bolonia, donde halló a los sobrevivientes de la expulsión de los Jesuítas entregados a toda suerte de estudios, hizo su cuartel general. Pasaron los años 1794, 95, 96... Allá, a mediados de Octubre, emprendió su regreso a la nativa Hesperia, embarcando en la fragata española *La Venganza*. Un temporal horrorosísimo la puso a pique de perderse: cedió, partido, el bauprés; quebróse la caña del timón; pudo escapar de milagro al apresamiento por una escuadra británica, y se refugió en la isla de San Pedro, punta meridional de Cerdeña. El 16 de Noviembre reanuda su viaje, y entre borrascas, lluvias y huracanes, tiene que recalar en Mahón. El 7 de Diciembre sale de nuevo para Cartagena, que la violencia de los vientos no les permite ganar, como les aparta también de Málaga, entrando, por último, en Algeciras el día 11, donde desembarcó Moratín, maltrecho y extenuado por tanta penalidad. Godoy continuaba en auge: vacó la secretaría de la Interpretación de lenguas, por muerte de Samaniego, y obtúvola el recién llegado. Desde 1797 á 1808, se deslizan los años sedentarios y laboriosos de su existencia, no turbada más

(1) Véase especialmente: Jean Contrasty, *Le clergé français exilé en Espagne*, Tolosa, 1910. Con anterioridad habían abordado este tema el P. Delbrel, en un trabajo de la revista *Etudes Religieuses* (Setiembre, Octubre y Noviembre de 1891); Geoffroy de Grandmaison, en *Le Correspondant* (5.º y 6.º números de 1891); y otros de menor importancia, aparte de las obras generales sobre historia de la emigración, tales como la de Ernesto Daudet, etc.

que por las envidias y conjuras literarias, por sus choques con el general Cuesta en la Junta de Teatros, por los chismes de *polacos y chorizos*. Son los años de *La sombra de Nelson*, de la *Huerteida*, de la traducción de *Hamlet*; los años de *El Barón* y *El sí de las niñas*. Entonces puede volver la vista atrás y recordar sus andanzas pretéritas, no sospechando las que para más adelante le reserva el destino y creyéndose para siempre en tierra firme. Entonces puede evocar poéticamente sus correrías, aventuras y peregrinaciones, y aludir a ellas, como en estos versos de la epístola II, dirigida a D. Gaspar Melchor de Jovellanos:

De mi patria orilla
a las que el Sena turbulento baña
teñido en sangre; del audaz britano,
dueño del mar, al aterido belga;
del Rin profundo a las nevadas cumbres
del Apenino...;

esto sin observar, por ventura, que el Sena turbulento se ha salido de madre, anegando la Europa vencida, saltando por los Pirineos sobre la vieja Península aletargada. Estamos en 1808. Ocurre el motín de Aranjuez, que repercute en Madrid. Encerrado en su casa oyó aquella noche, la noche de San José, el feroz griterío de las turbas; pero no como quince años antes en París, a guisa de espectador asombrado, sino como víctima presunta cuya cabeza reclama el populacho, enfurecido por innobles instigadores. Llega el 2 de Mayo y, por debilidad, por horror al tumulto, por creer temeraria toda resistencia, sigue el partido que juzga más fuerte. Continúa desempeñando su secretaría; después de Bailén, el ejército francés desampara a Madrid, y Moratín, siempre en busca de seguridad, se retira a Vitoria. Vuelve a la Corte con las tropas de Napoleón, y en 1811 es nombrado Bibliotecario mayor de la Biblioteca Real. Otra batalla, los Arapiles, provoca, en Agosto de 1812, una nueva retirada, y esta vez definitiva, del ejército imperial. El pacífico bibliófilo, el novel «caballero del Pentá-

gono», se retira también, achacoso y enfermo, a Valencia; vive allí en la estrechez, y llegado el momento de evacuar a Valencia, no halla más que un desvencijado calesín, que comparte con una señora de edad, doña Teresa Iraburu. Vuelca el calesín, rómpese una clavícula su compañera de viaje, y, ante el temor de dar con el *Fraile* y sus guerrilleros, no encuentran arbitrio mejor que acogerse al castillo de Peñíscola. Creyeron permanecer allí unas horas, a lo sumo unos días, y, en el momento menos pensado, les sorprende y coge dentro de la fortaleza un sitio de once meses: de los comienzos de Julio de 1813 hasta el 13 de Mayo de 1814. Recibió el castillo más de catorce mil proyectiles de cañón, incendiándose un día cincuenta barriles de pólvora, que derribaron una gran parte del edificio, con muchas muertes, horrores y aullidos de dolor. Libre de este infierno, pasó a Vinaroz, y de Vinaroz, en un carro, a Valencia. Quiso acogerse a los decretos sobre empleados que hubieran servido al intruso; presentóse al general Elío, y en poco estuvo que no le diese muerte con su propia espada. Túvole arrestado y lo mandó preso a Barcelona, en una goleta. Nuevos temporales, nuevas desdichas, peligro inminente de estrellarse sobre el cabo de Oropesa... Por fin, en la ciudad de los Condes, el general barón de Eroles le atiende con más humanidad y ofrece consultar a Madrid sobre su caso. Lo ha perdido todo: equipaje, dinero, pensiones retenidas. Vive en una mal posada de la calle *den Petritxol*; se recata de la gente; se hace llamar por su segundo nombre y apellido: Melitón Fernández. Recupera algo de lo perdido y lo confía al banquero Grassot, que quiebra poco después con estrépito. Aguarda la resolución de Madrid y no viene nunca. Transcurre todo el año 1815, todo el 1816; le da en la nariz tufillo de Inquisición, y huyendo de autos y autillos, con adjuraciones *de levi* o *de vehementi*, se interna en Francia y vaga por Montpellier, se detiene en Lyon y llega hasta París, donde se reúne con su amigo Melón en Mayo de 1818. Han pasado veintiséis años desde el viaje 1792. Se ha hundido el Imperio. La Restauración se

esfuerzo en borrar todo vestigio del París revolucionario de otros días. ¿Dónde están los viejos conocidos y cicerones del café Corazza, del banquete cívico de la Bastilla, de la sección de los *Enfants rouges*: Chabot, su mujer, el cura de Saint-Marceau, la *vicina* amable que les acompañaba al Palais-Royal en las vísperas del 10 de Agosto? ¿Sería ésta, por ventura, la *señorita francesa* del VII de sus *Epigramas*:

La bella que prendió con gracioso reir
mi tierno corazón alterando su paz,
enemiga de amor, inconstante, fugaz,
me inspira una pasión que no quiere sentir...?

Todo ha cambiado por segunda vez, todo ha envejecido como Nísida, otra beldad de los floridos años del poeta:

¿Ves cuán acelerados,
Nísida, corren a su fin los días?
¿Y los tiempos pasados,
cuando joven reías,
ves que no vuelven, y en amar porfías?
Huyó la delicada
tez, y el color purísimo de rosa,
la voz y la preciada
melena de oro undosa:
todo la edad se lo llevó, envidiosa...

Y de París a Bolonia, y de Bolonia a España, otra vez, al grito de libertad de 1820. Barcelona vuelve a albergarle; la sombra del Santo Oficio se aleja. Pero no bien goza un poco de quietud, ve representar sus comedias y saborea los goces del triunfo; la fiebre amarilla y las amenazas de la reacción servil lo empujan de nuevo a Francia; y ahora para siempre. El 23 de Agosto de 1821 está ya en Gerona, a principios de Setiembre en Perpiñán, luego en Bayona, el 11 de Octubre en Burdeos. Allí, poco tiempo después, se reunió con su amigo Silve-

la, pasando a vivir en su casa-colegio. En 1827 se trasladaron a París, con objeto de reinstalar más en grande la fundación educativa para jóvenes españoles que tanta celebridad tuvo en su época; y, al año siguiente, el 21 de Julio de 1828, dejó de existir Moratín, envejecido más que viejo, y juguete, durante casi toda su vida, de una Revolución que no amó nunca, y que, por caminos fatales, llevóle a la infelicidad personal y a la apostasía de sus deberes patrióticos.

MIGUEL S. OLIVER

MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE NIÑEZ Y JUVENTUD

LXX

Novillos y patriotismo.

Aunque lo referido acerca del Colegio de la Aurora, su enseñanza e indisciplina, resulta demasiado grotesco, inconcebible, o cuando menos bastante exagerado al parecer, debo decir que, por moverme solamente el deseo de dar noticia del estado de la educación en la época de mi infancia y juventud, lo narrado es cierto en todas y cada una de sus partes. El color de los cuadros es propio de la misma tierra, y sus efectos no son del copiante, sino del original de que se tomaron.

Nada sé del origen y fundamento de la Aurora. Fácil cosa sería averiguarlo, por los papeles del archivo parroquial. Una lápida, subsistente hoy en la puerta que da a las gradas de la iglesia, dice así: *Escuelas Pías de la Aurora*.

¿Fue en su origen uno de esos colegios mixtos de instrucción primaria y humanidades confiados a los Padres Escolapios? No me ocupé entonces en saberlo, ni hoy he procurado hacer indagaciones.

Lo que sí puedo decir es que por mis tiempos era un cuerpo sin alma: un edificio que constaba de una iglesia abando-

nada del culto, y que sólo se abría alguna que otra vez para convertirla en lugar donde se sorteaban los quintos y en *colegio* de ruidosas elecciones.

Sobre la iglesia, unos salones desmantelados.

Y aquí paz y después gloria.

Quedaba el huevo, pero sin yema ni clara. Y quedaba también el fuero, que mantenía como depósito sagrado D. Juan Galán y Moreno.

Representaba la Aurora el último suspiro, el grado postremo de decadencia de aquellas escuelas semimonacales, semiclericales, que llenaban como podían, durante la Edad Media, las funciones docentes y educativas, y que vinieron lamiendo el plato con más o menos trabajo hasta el plan centralizador de estudios del año 1857.

Por lo que respecta al maestro, nada se puede decir que no resulte en su honra y alabanza.

Sacerdote honesto y sencillísimo, apacible y bondadoso, sabía muy bien latín, y no sabía enseñarlo, por causa de la rutina con que lo había él aprendido. Sabía poco de lógica y menos de física; y, sin embargo, con sus experimentos e ingeniosidades, por grotescos que resultasen, era un maestro pintiparado de esas cosas... para una escuela de párvulos.

De las rabonas, luchas y pedreas, de los robos en huertos y arboledas, no hay que escandalizarse: tales excesos, relegados ya a las clases ínfimas de la chiquillería, eran, en aquellos tiempos y los antepasados, cosa corriente y natural. Garcilaso pertenecía a una de las familias españolas de mayor nobleza y acomodo. Cuando dice en sus versos:

Flérída para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno,

bien deja entender que robó los frutales, y que no lo haría cuando era ya barbudo y talludito.

Por otra parte, dejo indicado que las rabonas venían a suplir a las excursiones escolares, reconocidas hoy como útiles para los efectos educativos.

En unas escapatorias íbamos a dar con los despedazados muros del Castillo de Santa Catalina. Allí, en la plaza de armas, en sus derruidos baluartes, sentía como si el espíritu de un genio me gritase lo mismo que a Quintana: «¡Guerra y venganza!»

Cuando un día, en más dilatada excursión, llegamos a Puerto Real, sus casas (incendiadas y hundidas casi todas entonces) nos movieron a curiosidad y tristeza, impulsándonos a preguntar, a un viejo que pasaba, cuál era la causa de tanta ruina. A lo que el anciano contestó:

—¡Lo quemaron los franceses!

LXXI

Las armas y las letras.

Llegado Junio y fin de curso, hallándose mi señor padre en su habitación particular, llamada por mi buena madre *el cuarto de los leones*, le picó la curiosidad de ver lo que su hijo había aprendido.

Hizo que le llevara los libros por donde había estudiado, ¡y cuál sería su estupefacción al encontrarse con que no sólo no sabía el *musa musæ*, pero ni siquiera leer latín!

El cuarto de los leones, cuya llave no dejaba nunca al dueño, guardaba el polvo desde que se alquiló.

Una mesa de escritorio, con carpeta, protocolos y papeles varios, el Fuero Juzgo, las Leyes de Toro, las Partidas y la Novísima Recopilación, declaraban al letrado. Un barril con cartuchos de pólvora, tres docenas de fusiles mohosos, un rímero de cartucheras y correas, un manojo de sables con empuñadura de metal, denunciaban al patriota oficial de voluntarios.

Pues, como digo, mi padre se quedó tan pasmado que ni le saltó el resorte del enojo; y así, sin saber qué decir ni qué partido tomar, rechazado del lado de las letras, fui a dar en el

de las armas. Con rostro severo, me ordenó que cogiera un fusil y me pusiera de plantón sobre el barril de pólvora.

De ese modo estaría cerca de una hora, en cuyo punto mi padre tuvo que salir a sus quehaceres. Dudó si dejarme encerrado, de plantón sobre el barril; pero recapacitando que yo no era de fiar para vecino de materias explosivas, me ordenó bajar y salir del cuarto, dirigiéndome la siguiente admonición:

—¡Ya sabré yo lo que he de hacer contigo!

Las determinaciones fueron: en primer término, dejarme sin ir a Jerez aquellas vacaciones (castigo, en verdad, grave para mí); ponerme á estudiar francés con un pariente nuestro, D. Emilio Polanco; y, por último, mandarme a estudiar el latín con D. Santiago Castellanos.

LXXII

Un profesor de francés y un dómine de latín.

D. Emilio Polanco, casado con una prima hermana de mi padre, era un apuesto joven como de veintisiete á veintiocho años.

Aún vivía su madre, consumiendo los cortos restos de su anterior fortuna y procurando no dar su brazo a torcer. Su esposo, antes opulento comerciante en Cádiz, vióse envuelto en la ruina general. Liquidó la casa, al ver consumido todo su activo, y se retiró al Puerto para vivir con su familia en una casa de su propiedad, que antaño le servía para las temporadas de recreo. Con muy poco numerario y un baúl lleno de incobrables giros, vegetó algunos años; dejando superviviente a su señora para que le siguiese en el difícil papel de vivir con decoro exterior y con poquísimo dinero.

Claro está que una vez casado el hijo, ya no le alcanzaba nada de las zurrapas de la fortuna.

Habíase educado, como hijo de casa rica, en Londres y

París; había frecuentado buenas sociedades, y es lógico que descollase por su educación y sus maneras distinguidas.

Pero, ¿qué hacer, cómo expresar estas dotes para sacar de ellas el pan nuestro de cada día?

Sin comercio ya y sin industria, sin nada en qué emplear el trabajo personal para hacerlo producir, es un enigma cómo podía vivir por entonces, en aquella parte de Andalucía al menos, la desgraciada clase media.

Tentó a dar lecciones de contabilidad, y nada; de inglés, de francés, de matemáticas, y con tantas cosas apenas podía ganar al mes cuatro o cinco duros.

En medio de tantas estrecheces, comencé a dar con él lecciones de francés. Su método era bueno. Me enseñaba de viva voz el sonido de vocales y consonantes, y me lo hacía repetir. Me explicaba cada línea de la gramática una por una, y hasta que no me la hacía entender no me ordenaba que la aprendiese de memoria. Así llegamos hasta traducir el *Telémaco*; y, de haber frecuentado más la conversación, hubiera logrado hablar francés medianamente.

En primeros de Octubre abrió su aula D. Santiago Castellanos, dómine de latín muy contra el uso de lo que cualquiera pueda figurarse.

Fama de latino la tenía, y muy grande. ¡Con decir que se le reconocía desde el siglo anterior, a pesar de ser laico, casado y liberal, está dicho todo!

Pero, mi D. Santiago el año 38 contaba ochenta y ocho de edad. Tenía una catarata senil en cada ojo, que no le dejaba ver tres sobre un burro. De la edad, una tos habitual que por afectación de oficio hacía él más sonora y campanuda. No chocheaba de cabeza; pero su cerebro, batiéndose en retirada, se había quedado sólo con el latín y con la estima de la gravedad de su persona. Y también de los cargos de Síndico y de Alcalde, que había ejercido en las dos épocas del *Sistema*, cuyo recuerdo no dejaba perecer, simbolizándolos *ad perpetuam* en su bastón de caña de Indias, con puño de oro (aunque sin borlas), su gran

sombrero de copa y su frac verde con botón dorado y piedra ágata en medio.

Su cátedra de latín, por oposición la había ganado después de mediar el siglo XVIII; pendía de un patronato la retribución, y con sus veinticinco duros cada mes vivía como el pez en el agua.

No era amigo del *Arte de Nebrija*. Nos hizo comprar otro, cuyo nombre no recuerdo si era Hornos, *Hornero* o cosa parecida; y ya podrá calcularse por mi olvido lo mucho que me aplicaría sobre el *Arte*.

D. Santiago tenía la clase en el convento de San Juan de Dios. Entrábase por la calle de la Misericordia; por allí mismo daba acceso a una clase gratuita de primeras letras.

Hoy no puedo menos de sonreirme cuando oigo declamar a algunos varones, que no conocen de la misa la media, porque tuviéramos hospitales, Ayuntamientos, Gobiernos civiles, Capitanías generales, cuarteles, cárceles y presidios establecidos en conventos, sin considerar que ¿qué se había de hacer? Esto prueba que España no era nada, que no había casi hospitales ni escuelas, que no existían, sino por excepción, edificios para los Capitanes generales, ni para los Jefes civiles, ni para las cárceles, etc. Y que, en cambio, toda población importante se reducía a un amasijo de conventos.

Volvamos a nuestro octogenario D. Santiago Castellanos.

Sentábase éste en su pulpitillo o cátedra de madera apolillada, tan vieja como él; y con tantos golpes de tos como palabras campanudas, explicaba la lección. No hay más sino que, para nosotros, así significaban las palabras como las toses: un ruido.

Concluída la explicación, llamaba a un cursante para hacerle una pregunta; y el arrapiezo, abriendo el *Arte* por donde entendía que debiera tratarse del asunto, abusando de la ceguera del maestro y de la altura a que se hallaba colocado, leía con la mayor desvergüenza la contestación.

Perro viejo, no dejaba de advertir a veces el engaño; sobre

todo, cuando al preguntar sobre los pretéritos, leían por los supinos.

Pero a mí, en particular, me cogía menos veces. Primeramente: no iba con el libro entero, sino con la hoja que arrancaba; así la escondía mejor en la palma de la mano. En segundo lugar: trocaba alguna palabra o cometía alguna equivocación, para hacer perder la pista de cosa que oliese a leída; y así me las ingeniaba.

Las rabonas no resultaban necesarias; pues ya porque a don Santiago se le agudizasen los catarros, ya porque el reuma no le permitiera salir, quedaba suficiente número de días completamente en blanco.

LXXIII

El rescate de una gorra: epopeya.

Por aquel entonces, el hermano mayor de Coterá, D. José, médico justamente acreditado y regularmente entendido en Historia Natural, abrió un curso particular de dicha asignatura.

Mi señor padre, por ver si yo mostraba más disposiciones para esos estudios que para el latín, me inscribió en la matrícula.

Algo saqué, si bien no muy sustancial. Al fin y al cabo, vine a saber que eran tres, como las hijas de Elena, los reinos de la Naturaleza: minerales, vegetales y animales. Que las plantas vivían y se reproducían; que los animales vivían, se reproducían y se iban de una parte a otra. Y varias cosas más con algunas retahilas como ésta: bimanos, cuadrumanos, carnívoros, roedores, desdentados, monotremos, paquidermos, etc.

En cambio, como me vi allí con la mayor parte de mis compañeros de la Aurora, volví a desplegar las alas más libremente en el campo de las travesuras.

Al mismo San Juan de Dios, entonces *bota de turbios* de varias enseñanzas, fuimos con la de la Historia Natural. Dió-

senos por clase una habitación con puerta de entrada a la izquierda del primer descanso de la escalera, una ventana de antepecho al patiecillo jardín, y el hueco de una puerta (cerrada a piedra y lodo) que daba a la cátedra de D. Santiago Castellanos; delante de este hueco, y para mayor incomunicación, hallábase colocado un gran estante de madera, cerrado con candado y llave, y cuyo contenido y uso desconocíamos.

Enredando en el aula antes de venir el profesor, tiré la gorra de un muchacho, por detrás del estante, al hueco que hacía la puerta tabicada. Viendo la dificultad de rescatarla, el dueño se echó a llorar, diciendo que le castigarían en su casa al verle entrar sin gorra.

Tenía razón el pobre. Sentí remordimiento por el daño causado; y sin pensar en más, tomo vuelo; de un salto cojo la cornisa, que reguindo; trepo por detrás del estante, recojo la gorra y vuelvo a tirarla fuera, siendo recogida por su dueño.

Hasta aquí, todo fué muy bien y a satisfacción. Pero, cuando pienso saltar para salir de lo hondo, veo con estupor que no puedo tomar vuelo ni alcanzar la altura del estante. Hago esfuerzos desesperados para moverlo, empujando por la espalda; sus tablas crujen, y el peso no se mueve.

Mis compañeros ríen a carcajadas, al considerar mis apuros de ratón en ratonera. Después entienden que el asunto es serio; pretenden ayudarme para mover y desviar el armario, yo por detrás y ellos por delante. Carece de asideros y cruje, declarando que está más propicio a dejarse romper que a mudar de posición. ¡Todo un carácter! ¡Toda una ruina incommovible!

El catedrático debe de estar a punto de llegar. En el apuro, discurro y ordeno que pongan un banco por afuera; que por él salte Majarón sobre la tapa del estante, que Ramón Coterá y otros mayores se reguinden a sus piernas, que Majarón eche los brazos por detrás del armatoste para que al salto alcance yo las manos, y por ellas pueda hacer la ascensión.

El plan es obedecido *incontinenti*. Ya Majarón, tendido boca

abajo sobre la cabeza del estante, alarga sus brazos y penden de sus piernas dos cadenas de chiquillos. Trepo; y al trepar cabecea el armatoste, pierde el equilibrio y soltamos todos de repente.

La balumba cae, produciendo un ruido catastrófico. Majarón queda hecho un sapo sobre el espaldar; los demás huyen despavoridos; yo salto sobre las tablas del estante para levantar a Majarón; éstas se hunden y sale rodando un fragmento de altar, con *San Miguel* por un lado y el *Diablo*, independiente, por otro, de los pies del primero. ¡Salimos huyendo!

No habíamos corrido Majarón y yo el primer tramo de escalera, cuando la escuela plena, el maestro, los ayos, sacristanes y cuantos en el convento estaban aparecieron dando descomunales voces, unos de indignación, otros de espanto y todos contra mí, a quien, como era verdad, consideraron desde luego reo.

Ni el coro de los puñales de los *Hugonotes* tiene que oír, para aquel coro improvisado y espontáneo. Fue lo peor, que tuvo eco, y no faltaron gentes que considerasen la cosa como un horrible sacrilegio, digno de ser purgado con sambenito, y en hoguera.

Nos echaron de San Juan de Dios a los *naturalistas*, y nos fuimos con la música a otra parte. La otra parte fue la casa misma de Coterá, donde continuamos asistiendo a las explicaciones de Historia Natural.

Como D. Santiago continuaba dando su clase en un aula del mismo San Juan de Dios, me pareció prudente no asomar por allí mientras no se calmase la ira ocasionada por el sacrilegio. Pasados algunos días procuré volver, impulsado por el temor de que la falta llegara a oídos de mi padre. Di vueltas por el edificio, y un condiscípulo de latín, con quien topé, no me dió buenos informes sobre el estado de los ánimos respecto a mi negocio.

Entré a cuentas conmigo, y dije:

«¿Qué voy a aprender aquí? *Subjuntivo*, ¿y qué es subjunti

vo? *Gerundio*, ¿y qué es gerundio? *Pluscuamperfecto*: esto parece que significa una cosa más que perfecta o que no tiene tacha; y si es perfecta, ¿cómo es más perfecta todavía? ¡Al diablo con tales jerigonzas! Más quiero sentar plaza, que volver a abrir un maldecido *Arte de Latín*.»

Volví la espalda; y aquí dieron fin, por entonces, mis humanidades.

LXXIV

* De cómo se enseña a aborrecer lo que se aprende.

Seguí concurriendo a la clase de Historia Natural; y a otra de dibujo, que daba en su casa particular un señor comandante retirado, de cuyo nombre no puedo acordarme, ni hace falta.

Mis deseos por aprender a dibujar eran vehementes. De mí partió la exigencia de que me pusieran en la clase; y no dejé de importunar a mis padres hasta que me compraron el estuche de lapiceros y difuminos.

El primer día, púsome el maestro en el papel dos puntos en sentido horizontal, para que entre ellos trazara una línea recta. Así lo hice. Pasada una hora volvió, y me dijo que estaba bien. Pero, como en hacer la raya eché un segundo y estuve una hora sentado, mano sobre mano, sin hacer nada, el tiempo me pareció eterno; hice péndulo de las piernas, me rasqué el exterior y el interior de las narices, conté todas las vigas de la techumbre, y si tarda más la clase me parece que reviento.

Volví al otro día puntual, aunque ya sin maldito él entusiasmo. Y vuelta a los puntos, que fueron no sólo horizontales, sino que también verticales y oblicuos. Así, como al mancebo del boticario, fue endulzando el maestro mi existencia: unas veces haciéndome machacar almendras amargas y otras veces almendras dulces. Con estas dichosas líneas, más tarde

combinadas en paralelas, triángulos y otras figuras geométricas, me hizo pasar un trimestre deleitoso.

Hice acopio de paciencia, cosa difícil en mi temperamento: ya por lo que me escarabajaba la conciencia por mi mala conducta de latino, como por el compromiso a que me obligaba el hecho de haber sido yo mismo impertinente solicitante de aprender a dibujar.

Al fin, cuando Dios quiso, me pusieron una muestra de contorno de nariz, y luego otra, y más tarde un ojo, y otro y otro, hasta hacerme aborrecer el queso, que me los pudiera recordar. Y después una boca; y ¡eche usted bocas!, que no fueran tantas si el retirado militar tuviera que mantenerlas. Y más adelante, una oreja y otra oreja y un orejón con sus pelos y todo, que ponían los míos de punta, en fuerza de monotonía y de fastidio. Como si no bastase para agotarme la paciencia, me hacía repetir la muestra una vez y otra vez.

Hasta que, al cumplir el año, di a los mismísimos diablos aquel aprendizaje estúpido, capaz de secar en flor el mismo genio de Velázquez y de Miguel Angel.

LXXV

*** El honor de un granadero.**

El Convenio de Vergara había regocijado todas mis potencias, pero también había muerto mis mayores ilusiones. Cifrábanse en verme pronto de cadete, y tocaba con la mano la faja de general. Terminada la guerra, veía la cosa más difícil,

Para mi honra de político precoz, debo declarar que estimé en más la victoria sobre los carlistas que todas mis ilusiones. No por eso hube de perder el amor a las armas. Un batallón, una compañía que pasara de largo o se alojase, cautivaba mis sentidos y potencias. Los tambores tenían hilos con mis pies; y quieras o no quieras, me arrastraban en pos y los seguían con el aire de la marcha.

Por las noches tenía ejercicio de armas la compañía de granaderos de la Milicia Nacional, bajo la instrucción del sargento Carniago; su capitán, D. Francisco Nicolau; mi padre, su teniente.

Por mi parte, no faltaba una noche. Cogí un fusil del cuarto de los leones, compré esmeril; y, de negro y mohoso, lo puse reluciente y nuevo. Era inglés, y pesaba más que un cuáquero robusto; eso mismo me embelesaba. Si sólo doce años tenía yo de edad, estaba espigado como de quince otros chiquillos, y tenía una vanidad viril que suplía a todo. Poníame en fila y obedecía las voces de mando de Carniago, como cualquier granadero. Reventaba con el fusil aquel, pero no daba mi brazo a torcer hasta que mandara: *¡Descanso!*

El sargento Carniago era mi amigo; un buen patriota. Mediano de cuerpo; algo más blanco, colorado y metido en carnes de lo que correspondía a la marcialidad; pelo rubio rojo, ojos azules, bigotes poblados y retorcidos; fue, tiempos atrás, voluntario con mi padre en la persecución de Pantisco y de Limones. Desde entonces le quedaron su categoría y dejos militares.

Era cortacabezas (de pico) de carlistas y frailes, los que a la verdad eran la misma cosa. Y, a la verdad también, hombre más fiero por de fuera y más inofensivo por dentro, jamás conocí.

Por papelear en la mayoría, gozaba de una ayuda de costas; despachando billetes en la taquilla o «botiquín» del teatro, y apuntando en la concha, las temporadas de comedia, se ganaba la vida. La mujer vengaba la ojeriza del marido a los carlinos tratando sin suaves modos al veterano perseguidor de Pantisco.

Sin vanidad, tantos progresos hice en la marcha, en las vueltas, en andar al paso y doblar el fondo, así como en el ejercicio del fusil, que era el modelo de la compañía. Con esto me encontraba muy ufano, y aun me parece que a mi padre no le desagradaba.

Hallábase establecido el cuartel en el convento de Santo Domingo; allí, en su ancho patio y grandes claustros hacíamos nuestros ejercicios nocturnos.

El tambor de la compañía (me parece que lo estoy viendo, ya se lo habrán comido los gusanos y lo tengo delante), el tambor, digo, en un tiempo de descanso, se me acercó y me dijo:

—Bien que maneja el señorito ese fusil; pero, ¿a que no hace usted lo que yo?

—¿Qué hace usted?

—Pues, mire: me cuadro así, con el fusil en descanso; y de un golpe, soltándolo de la mano, lo tiro al hombro y lo dejo firme, cogido con la izquierda.

En efecto, así lo hizo; como veterano que era y reciente cumplido de la guerra.

Mucho pesaba el fusil; pero, estimulado mi amor propio, convertí la vanidad marcial en fuerzas; y a la voz de mando del tambor, *¡paf!* allá fué el fusil al aire, para recibirlo en golpe seco y firme sobre la culata con mi mano izquierda.

—¡Bravo, señorito!—Y me tocó la cara.

No me pareció muy bien esta caricia de tambor a un granadero, más o menos efectivo; pero, nada malicié.

—¡A formar!—dijo Carniago, y fuí a colocarme en filas.

A otra noche, procuré en los descansos no separarme de algún grupo de milicianos, quitando así al tambor la ocasión de acariciarme como si fuera un chiquillo. En las sucesivas, parecióme advertir que andaba a vueltas buscando coyuntura. No lo he descrito, y lo merece.

A la talla que pidió Mendizábal, apenas llegaría. Años, como cuarenta y cinco, trabajados en guerra, que bien parecían más de cincuenta; seco de cuerpo, sucio de color, afilado de nariz, entrecano el bigote, sumido de carrillos, ojos negros grandes, pero rebozados por párpados pellejones; apostura echada para adelante y algo torcida a un lado, a modo de soldado baratero; pelo doblado a la derecha, retorcido detrás

de la oreja; aretito de oro en el lóbulo de la izquierda, y en su pabellón la colilla de un pitillo. Uniforme de cuartel y gorri-lla ídem, tirada a medio ganchete, completaban la figura típica y truhanesca del rodaballo.

A las tres o cuatro noches, se acercó a mi grupo, y diciendo: «Con permiso», me arrebató el fusil, separóse unos pasos y empezó a examinarlo muy detenidamente. Dábale vueltas y más vueltas, metía el dedo por la boca del cañón, montaba las llaves, y más parecía examen de armero que curiosidad de soldado.

Viendo que no concluía, adelanté unos pasos para rescatar el arma; y entregándomela dijo:

—Su fusil es inglés; lo conozco como a la madre que me parió; con esos hemos hecho casi toda la guerra. Los de la compañía de granaderos son los mejores; los que tienen los fusileros son de desecho. Pero lo que tiene que ver es una pistola que yo mismo le quité a D. Basilio. ¡Caballero, eso sí que es un pistola! Si el señorito la quiere ver, arriba en mi cuarto la tengo. Véngase cuando se acabe el ejercicio y ¡verá una prenda!

Entonces como ahora, la condición de la malicia siempre se ha presentado en mí bajo una forma singular. Sospecho, rechazo la sospecha como ruin pensamiento; y luego, los nuevos indicios para la sospecha los atribuyo a obsesión de mi malicia.

El malísimo estudiante de latín, que no sabía el significado de *musa musæ*, ya había hecho con otros escolares la traducción del «*Formosus pastor Córydon ardebat Alexim*»; pasto limpio y edificante con que nutrían a la inocente juventud aquellos benditos y ejemplares cogolludos o cogullados monopolizadores de la educación cristiana, apostólica y romana, desde los Godos hasta casi hoy día de la fecha.

No me dió buena espina la proposición del tamborcete; lo achaqué a mi propia malicia, pero seguí caviloso haciendo suposiciones y proyectos malignos.

Al romper filas salí para mi casa, cargado con el fusil, mi-

rando atrás, por si el tamborcete me seguía, y diciendo entre dientes: «Pues si este Alexis me quiero hacer su Córydon, le meto la bayoneta por la boca del estómago.»

La ocurrencia me pareció magnífica. «Pero ¿y si la carantoña del primer día fue inocente, y no era invención lo de la pistola del cabecilla D. Basilio? Ya lo veremos. Hombre, no te dejes ir del primer mal pensamiento; mira lo que piensas y lo que haces, reflexiona.» Pero aquella noche apenas pegué los ojos.

Me sentía ajado en mi dignidad, casi sin honra, como quien recibido un agravio, no se decide a vengarlo. «Nada; yo necesito hacer ver que soy tan hombre como el primer granadero. Mañana a la noche dejo al tambor que se explaye, y si no me queda duda que pueda atribuir a propia malicia, hago una que será sonada.»

La idea fue tomando cuerpo; ofrecía para mí un atractivo maligno irresistible. Por lo mismo de que era un niño, eso de ejecutar un acto de hombre, y de hombre de pelo en pecho, a la usanza de los guapos de Andalucía, me hinchaba de vanidad. Si alguna vez me rindió el sueño, fue para soñar con mi proeza.

A veces me repugnaba ver al tambor revolcarse en su sangre; sentía el escalofrío que experimenté cuando el pescadero homicida puso el pomo del puñal en mi cabeza. A veces consideré que el bueno del tambor, si no había sido baratero y maestro de pinchos lo parecía. Pero estas reflexiones sólo servían para avergonzarme, arrancando estos apóstrofes: «¡cobarde, maricón, niño de caca!»

Amaneció. El día se hizo largo. No obstante, cada hora pasada aumentaba cierta angustia interior. No almorcé ni comí. No me hallaba en mi casa, salía a la calle; no me sentía bien. Me eché al campo. «¿Qué vas a hacer?», me preguntaba. Y la sola interrogación muda sonrojábame, cual si fuera una ofensa. «¡Cobarde! ¿Qué quieres con esa pregunta? Los hombres son para estos casos.» Así iba y venía, salía y entraba.

Las horas, antes de pasar, eternas; después de pasadas, agónicas.

Al caer el sol, mi cerebro estaba mareado, no discurría; lo peor es que no sentía odio por el tambor; ni menos, ira. Pero toda la fuerza de mis ideas del honor, toda la literatura de los cuentos y de los romances, de las comedias de capa y espada que había visto, y todo el ambiente externo de *hombria andaluza*, formaban una trampa de hierro que impulsaba mi voluntad a un acto que tenía por absolutamente ineludible.

Sonó la hora. Cargué con mi fusil y marché al patio del convento. «No hay remedio, el tambor se propasó y estoy obligado a pasarlo con la bayoneta.»

Sentía pesada y ardorosa la cabeza; la respiración, difícil. Ya apresuraba el paso para llegar más pronto, ya lo retardaba para alejar el momento. El rezo se vino a mi mente y a mis labios, como en la noche del último día que fui a la escuela de Santo Domingo; y rezando entré en el patio del cuartel, y rezando a la Virgen mentalmente me puse a discurrir por entre los pocos granaderos que a la sazón habían llegado.

Pasó algún tiempo y reunióse el número ordinario.

—*¡A formar!*—mandó Carniago; y empezamos el ejercicio. Me desojaba mirando.

—*¡Al hombro, ar!*

Y automáticamente echaba el fusil al hombro, mientras seguía rezando y derramando la vista por todas partes.

—*¡Tercien, ar!*

Y terciaba, escrutando con la mirada los ángulos oscurecidos de los claustros.

—*¡Descansen, ar!*

Y rezaba, miraba y remiraba.

—*¡En su lugar, descanso!*

—*¡Rompan filas!*

Dejé de rezar. Un escalofrío, corriéndome desde el cogote a la rabadilla y desde el espinazo hasta la punta de los dedos, exprimió en sudor mi piel. «¡Cobarde, miserable!»... Y de ama-

rillo y mustio vine a enrojecerme. Avanzo al ángulo menos iluminado del claustro, donde presumía poder hallar al tambor. No estaba. ¡Respiré! Comprimí la respiración, hice otro esfuerzo y me dirigí a los restantes ángulos del claustro. ¡Tampoco!

—Sargento Carniago, ¿y el tambor?

—Está en el calabozo, con la cabeza partida. Vino borracho esta mañana a la guardia, se insolentó con el teniente de la segunda, lo mandó arrestado, no quiso obedecer, y el centinela lo descalabró de un culatazo.

Las piernas me flaquearon. «¡Dios mío! ¡Gracias, Virgen Santísima, madre mía! ¡Tu milagro me ha salvado!»

Cogí el fusil, no esperé más ejercicios. Me acosté en seguida, para entregarme a mis pensamientos. Rezaba, sin pensar en el rezo, y al mismo tiempo pensaba así:

«Ahora, que, gracias al milagro, si no valiente de verdad y de propia valentía, al menos por amor propio y por aparecer valiente a tus mismos ojos, has puesto de tu parte cuanto ha sido posible por herir o matar a un pobre diablo que supones te quería ofender, vengamos a un ajuste de cuentas; veamos lo que haya de justicia y de verdad en tus pensamientos, propósitos y conducta.

»Lo primero que veo es que cuando la Virgen te ha quitado la ocasión, permitiendo que el tambor se emborrachara y lo descalabrasen, no era bueno lo que pretendías hacer. Las congojas que has pasado, en mucha parte eran de miedo; pero otras, eran la angustia que produce un propósito criminal, el recuerdo repugnante y horroroso del hombre asesinado por el pescadero, del montañés degollado y otros espectáculos semejantes que has tenido ocasión de presenciar.

»Si el tambor pensaba ofenderte, no te había ofendido aún. Y tú, ¡botarate!, lo que debiste procurar desde que entraste en sospechas, no era facilitar la ocasión de que pudiera llegar a ofenderte, sino evitarla no yendo más al ejercicio ni al cuartel de la Milicia, ni ponerte en el caso de que haya venido a

hacer un milagro lo que tú podías haber hecho por propia voluntad y razón.

»¿Por qué no obraste así, estúpido? ¿Por no acusarte de cobardía rehuyendo un peligro? ¿Te quisiste engañar a ti mismo? Después de todo, los romances, el honor, no enseñan esa valentía que te proponías hacer. Ibas a resultar, no un guapo, sino un pincho de tres al cuarto, de esos miserables que no admiran a nadie y que arrastran un grillete.

»Y luego, no te has acordado de tu madre. ¡Esa sí que es valiente, más que tú: fiera cuando se irrita, pero siempre noble y generosa! Ni de tu padre; a quien, aunque le gusta que seas alentado y no un niño enagüero y mamalón, no le haría mucha gracia que le resultaras esportillero de la cárcel.

»¡De buena te ha librado la Santísima Virgen! No, no es eso el valor. No hay valor sin nobleza. Ni se necesita emplearlo cuando la prudencia puede dejarlo en reserva de mayor lucimiento. No irás más al cuartel; resígnate con no hacer el ejercicio.»

Este relato, puede que fastidioso, quiere significar que tal suceso incluye muchas cosas: el lector podrá inducir las; no le agravo suponiendo que necesita cuchara de bayeta.

Aquí aparece la conciencia, a los doce años, en perfecta función. Muchos antes, ya hablaba yo conmigo; me aprobaba y me reprendía. Esta vez no resulta una facultad embrionaria, sino en completo desarrollo.

LXXVI

* Gil Blas de Santillana.

No recuerdo si ya he dicho que el primer libro que leí, delectreando casi, fue el *Bertoldo*.

Hago omisión del catecismo, del libro de urbanidad y cortesía, de las fábulas de Iriarte y Samaniego; porque, leídos en

la escuela y atento a aprenderlos de memoria, la voluntad puesta en esto, no lograba aprenderlos, ni menos entender de ellos una sola palabra.

¡A tal extremo alcanzan los sistemas absurdos! ¡Vergüenza que todavía a fines del siglo de las luces impere en la enseñanza, con su cortejo de exámenes, preguntas y respuestas convenidas, lecciones repetidas de los textos, y demás monstruosidades pedagógicas!

A tan poca cosa se reducían mis lecturas a los doce años; como no se agregue algún romance, pues los más los conocía de oídas, ya a los ciegos, ya a la gente del pueblo y más particularmente a los trabajadores del campo en las temporadas de vendimia.

Mi señor padre, aunque cerraba con llave su cuarto de los leones, no tenía tal precaución mientras no se ausentaba de la casa.

Como todo lo vedado tiene atractivo para los muchachos, a cualquiera vuelta de espaldas, escudriñaba yo los rincones de aquella habitación.

En uno de los armarios de los libros, topé con una caja de cigarros. Como el lector podrá haber entendido, desde que comencé a ir al latín con D. Juan Galán y me vi jefe de cuadrilla, entré en la plenitud de cierta hombría anticipada. Para gozar sus fueros, empecé a fumar, ya pitillos cuando disponía de cuartos, ya «matalahuga» sustraída de la espetera, ya colillas de las barreduras de la casa.

También, para más energía en las órdenes, usaba de interjecciones viriles; y la nota culminante de tal período de mi infancia cifrabase en tapar la edad de niño con afectaciones de hombrecito. Un habano, y grande, resultaba mala tentación para resistida. Sustraje uno, que lucí después humeante entre envidiosos colegas.

Un feliz hurto aboca a la reincidencia. Andaba a vueltas otro día, para el efecto, y me sorprendió mi padre.

—¿Qué buscas ahí?

—Un libro para leer—contesté, con afectada frescura.

—Ahí no hay más libros que de leyes... Pero, si quieres leer, toma.

Y de otro estante sacó un tomo, no pequeño: era el *Gil Blas de Santillana*.

Acto seguido, para mayor disimulo, comencé a leerlo por el prólogo. ¡Cosa rara! Cuando fuera del *Bertoldo* jamás de otro libro pude leer ni la primera hoja, del *Gil Blas* seguí leyendo, enterándome de todo y hasta de la intención del primer cuento.

Llegó la hora de comer; la interrupción me fue enojosa. Comí por fórmula y de prisa. Volví a la lectura; el sol desapareció del horizonte. Pedí con imperio a la criada que encendiera el velón; y no la dejé en paz hasta conseguirlo, a pesar de sus protestas por lo anticipado de la hora. Sin cansancio, sin mareo, llegó la hora en que debía acostarme, y todavía regateé a mi madre una más para seguir con la lectura. Al otro día, me levanté el primero; a la luz crepuscular de la ventana, abrí el libro; y sin dejarlo de la mano, seguí leyendo y seguí hasta que llegó la última línea.

Sentí pena de haberlo concluído, y dije a mi padre:

—¿No tiene usted otro libro como ese?

—No, ni te convienen; te distraerían del estudio.

Quedé meneando la cabeza, sin saber qué contestar.

LXXVII

*** Una lección de natación y de otras cosas más profundas.**

Llegó (que todo llega y pasa) el verano de 1840.

—Soy casi un hombre y no sé nadar; quiero aprender—dije a mi padre.

No le pareció mal. Me condujo a los baños flotantes del

río, tomó un abono para mí, dióle un duro al primer bañero, y le dijo:

—Enseñe usted a nadar a este rapaz.

Desnudo yo, atóme una ristra de corchos por bajo de los brazos y una cuerda. Me eché al agua y comenzó sus instrucciones: «Lo primero es perder el miedo. Los brazos así, las piernas asá. Respire fuerte, y si traga agua la escupe. Más despacio, y a compás brazos y piernas.»

Si me hundía, tiraba de la cuerda. A los tres baños, ganado ya su duro, me daba el rosario de corcho, y me dejaba solo campar por mis respetos. Como otros bañistas nadaban sin tales adminículos, me arriesgué, hice algunos gorgoritos; pero, como no me separaba mucho de la escala, agarrado a la escala, a pocas tentativas, salí flotando y avanzando con torpeza. Lo principal habíalo vencido; fuí agilizándome, y al terminar el abono, ya nadaba por dentro, por fuera y por los alrededores del cajón.

Una vez dueño del líquido elemento, no pude conformarme con ser nadador de tres al cuarto. Veía a varios hombres y hasta mozalbetes, si bien mayores que yo, cómo pasaban el río de la una a la otra banda. ¿Por qué no hacerlo yo también? ¡Pues manos a la obra!

Como quiera que el Puerto de Santa María está a la desembocadura del Guadalete en el mar, siempre sufre la acción de las mareas vivas: el río allí, si crece, tira para adentro con mucha fuerza; y si mengua, tira hacia el mar como una carretada de demonios.

Ignorando entonces el fenómeno y su causa, experimenté sus efectos a poco de separarme de la orilla; y viendo lo que derivaba y lo escaso del avance, desistí prudentemente del propósito, volviendo rumbo al cajón flotante, que, á duras penas y con no pocos apuros, pude ganar contra corriente.

Llegó a preocuparme la contradicción de la dificultad; como atrae el abismo, así me atraía el irresistible empeño de vencerla. Los días siguientes no eran baños, sino más bien ape-

reos: yo, por avanzar hacia la orilla opuesta; el río, por arrastrarme donde le daba la gana.

Quiso mi desventura que al pasar cerca del puente una noche de aquellas viese por allí, a la sazón, poco ancho el río, casi la mitad que en el sitio de los baños. Hacer la observación y decir para mi capote «¡por aquí sí que te paso!», y desnudarme y correr con aire triunfal a la orilla, fue todo pensamiento y acción a un tiempo: dicho y hecho.

Pero, no había dado tres pancadas, cuando veíame clavado en el fango de la orilla; cosa que me hizo perder la gallardía corporal y encendió más el ánimo con la caída al pozo de tan sucia, remorosa e inesperada contradicción. El agua corría provocativa otro paso más allá.

Desclavé trabajosamente el pie zaguero, hundiéndose el delantero hasta la corva. Sin duda, el pegajoso limo, más prudente y sabidor que yo, pretendía retenerme, y (como en su lenguaje le era dado) parece cual si me hablara y me dijese:

—¿Dónde, vas, mancebo incauto?

Mas yo, con la obcecación de chiquillo voluntarioso y malcriado, forcejea que forcejea, gané el agua de la orilla. Ganarla y hundirme en el cenagoso limo, cual tragado repentinamente, fue tan presto que sólo dió lugar a que con la velocidad del pensamiento conociera mi situación, y me dijese: «El fango te traga, va a pasarte de la boca y te ahogas. ¿Qué remedio? Tiéndete si puedes, toma resuello, mete el cuerpo y la cabeza bajo el río; y así tendido, lucha por desclavar las piernas del fango.»

—¡Virgen, protégeme!—Y me hundí en el abismo.

Mi primera tentativa fue la de tenderme boca abajo: vi que no lo permitía la coyuntura de la rodilla. El río estaba menguando en su período de mayor corriente, y vi que arrastraba mi cuerpo a la derecha; favorecido de esta fuerza poderosa, me dejé caer cuanto pude en esa dirección; y así, medio diagonal, medio tendido por debajo del agua, comencé a pa-

talear cuanto pude en dirección oblicua. Zafaba una pierna, y otra se hundía; nuevos esfuerzos, y no me veía libre.

El aliento tomado al sumergirme iba consumiéndose; apremiaban los instantes, aumentaban las angustias de la situación. El paleteo de las piernas era ya más oblicuo y menos hondo. El agua, batiendo el limo que las cubría, dábame más soltura; pero, encadenado aún, el resuello no podía ya contenerse, a pesar de todos los esfuerzos de lucha con mi voluntad.

—¡Adiós, madre mía! ¡La Virgen me ampare!—pensé y sentí.

Hice el postrer desesperado esfuerzo; y, como flecha disparada, me arrastró la corriente. Vime libre; pero antes de poder alcanzar la superficie líquida, las paredes del pecho no pudieron más, la boca se abrió, y en vez del aire ansiado, lo que entró fue una bocanada de agua.

No es posible describir las angustias de la asfixia por inmersión; renuncio a ello, y además fatigaría a los lectores. Diré tan sólo que, a pesar de ellas, me quedó conocimiento para pensar así: «La Virgen me ha librado del fango, y no ha de ser para dejar que me ahogue ahora que floto y tengo la cabeza al aire.»

Así era, en efecto; mas, ya el agua que había entrado, ya un nudo que sentía en la garganta, no me permitía respirar. La cabeza empezaba a ofuscárame. Todo esfuerzo para tomar aliento sólo resultaba eficaz para producir un ronquido sibilante. Aún conservaba conocimiento para no manotear y mover manos y piernas a favor del flote. No pudiendo tomar aire, tenté esforzar los impulsos de tos y apaciguar los conatos de aspirar: el ronquido fue menor y la sibilación más fuerte. Esto me dió alguna esperanza; volví a toser y a sibilar, y con tal faena restablecióse al fin la respiración.

Dueño ya de mí, me quedaba otro nuevo apuro: ganar la orilla sin volver a sumirme en el lodo, para llegar al sitio donde me desnudé y había dejado la ropa.

Como al punto de comenzar la referida aventura estaba el

río en la mayor fuerza de la bajamar, una vez libre de la prisión del fondo, fuí arrastrado por la corriente un buen espacio, que después aumentó entre sí me ahogo o no me ahogo.

El lugar de mi partida fue como a mitad de la distancia que media entre el puente y un almacén que hay a la derecha, construído sobre pilotes, y que tiene a modo de un muellecito, que el río cubre en las crecientes y lame en las menguantes.

Cuando dueño de mí quise ganar el trecho perdido, hallábame como a dos cuerpos de edificio más allá del almacén. Nadaba y nadaba río abajo, y apenas avanzaba lo que deshacía la corriente. Tomar la orilla fangosa en el punto más próximo y seguir por ella a pie hasta el lugar de mis vestidos, era imposible; adelantar a nado, más imposible aún. Las fuerzas me faltaban, y por fin discurrí llegar tendido al limo y entre agua y orilla arrastrarme poco a poco, pero tendido siempre de barriga y sin sentar el pie.

Así lo hice, con las dificultades y pena consiguientes; tardando en avanzar media vara lo que se puede suponer, convertido en torpísimo reptil. Aunque mal estudiante de Historia Natural, no se me ocurrió la dicha que a tales animaluchos proporciona lo coriáceo y duro de su piel. Y bien debiera haberseme ocurrido, porque a cada impulso de mi arrastre entre el fango lamoso salían las coquinas a saludarme con los afilados arañes de sus valvas, que me hacían mucho mal. Lacerao cual se puede suponer, casi exhausto, llegué al punto donde, sobresaliendo el muelle del almacén, vi cortada mi carrera de caimán o de hipopótamo. Era preciso volver a convertirme en pez. Empresa vana: el cansancio extremado, el río veloz en opuesto sentido, hacíanme retroceder lo avanzado con tan penoso arrastre. Tenté a ver si agarrándome a las juntas de los cantos de la construcción podía pasar; y ¡oh, ventura!, casi a nivel del agua toqué, no piedras desamorosas para débiles uñas, sino una magnífica hilera de estacas o defensa de pilotes que corrían por todo lo largo de la pared. Pero allí vi por experiencia que no hay dicha completa.

La estacada es verdad que me sacaba del apuro, pero a costa de dolores muy acerbos. Las conchas de las coquinas resultaban caricias en comparación del trato que me dieron unos malditos y cortantes escaramujos, moluscos univalvos que se incrustan en las maderas bañadas por las aguas del mar y cuyas puntas de diamante hieren como cuchillas y escuecen como la pez derretida en el infierno. Cada vez que la corriente me aconchaba contra los pilotes, corrían cien espuelas de fuego desde mis brazos a las piernas, repitiéndose esto a cada avance del uno al otro.

Ganada ya la última estaca, volví a nadar sobre la orilla; y fuese porque el estribo del puente cortase la fuerza de las aguas, fuese por haber terminado la bajamar, vi que adelantaba regularmente y sin obstáculos que vencer.

Frente a la ropa, me guardé bien de incorporarme ni fijar los pies, pues no en balde había pasado los anteriores apuros; adopté de nuevo el régimen de marcha reptil, y arrastrando de vientre con ayuda de codos y rodillas, crucé la zona fangosa hasta dar con terreno firme.

No me causó poco embarazo el verme tan arañado y enfangado al punto de vestirme. ¡Tan cerca de allí el agua y tan vedado el acercarse a ella para mi aseo! La situación no dejaba de ofrecer inconvenientes. ¿Cómo ocultar a mi buena madre la suciedad, ni cómo disimularle mi travesura?

Después de maduro pensamiento, tomé mi partido. Vestíme, seguí el camino de la Alameda, y en la fuente que hay establecida junto al embarcadero de los vapores me volví a desnudar; en sus chorros me lavé cuanto pude, así como la ropa interior.

LXXVIII

* Reflexionemos.

Dirigidos estos apuntes al objeto de estudiar sobre el vivo los factores de una educación, faltaría al propósito pedagógi-

co si no entrase ahora a analizar cosas tan complejas como son las contenidas en el último relato.

Surgen del análisis actos inocentes, verdaderamente infantiles, hijos de la ignorancia, y otros que son falsos juicios fundados en las apariencias; pero también algunos que revelan madurez de juicio, y que hombres muy sabidores y esforzados no hubieran discurrido quizá.

Nótase bien el miedo que se apodera de mí, como de toda criatura, ante el peligro inminente de morir; y vuelve a presentarse otra vez el singular fenómeno que aparece ligado con mi primer recuerdo, la *resignación* para morir, conservando o mejor sintiendo avivarse la inteligencia hasta el punto de discurrir en el conflicto, y encontrar esta vez en la mente los recursos necesarios y oportunos para salvarme en tan apurada como peligrosa situación.

En el período de edad en que me hallaba entonces, dominábame el afán de la hombría, contrariábame que me trataran como niño. Miraba al espejo si por ventura querría aparecerme ya el bozo, veía mi cara tan limpia, me impacientaba y parecíanme siglos los meses, eternos los años.

En tal situación de ánimo, empeñado en nadar como el mejor, impotente para hacerlo junto a los baños flotantes, me pareció que por lo angosto del río podría lograr mejor mi intento. Ignoraba que por las partes estrechas el paso es más difícil y la corriente mayor. Ignoraba también que no todas las orillas son a propósito para abordarlas. Ignoraba a cuánto expone el andar sobre légamos humedecidos. Ignoraba que en la baja de las aguas son muy peligrosas las proximidades de los puentes, porque sus primeros estribos acumulan el fango, porque rápidamente después acantilan la orilla y los ojos aumentan la velocidad de la corriente. Ignoraba que por el punto elegido no se aventura nadie a bañarse, como no sea en la pleamar. Todas estas y otras ignorancias más, donde aparece el niño atrevido, travieso, voluntarioso y malcriado, me condujeron ciego al abismo.

Una vez dentro de él, comienza a desaparecer el niño y a ser sustituido por el hombre. Preveo y anticipo los sucesos que van a ocurrir sin demora de un instante, y rápido más que ese instante, lo aprovecho para concebir una idea salvadora y realizarla. El fango va a tragarme y no trato de huir inútilmente de él: me tiendo, aunque sé que voy a hundirme en las aguas, y que debajo de ellas tendré que luchar por desasirme, y que me ahogaré si me falta la respiración antes de vencer al enemigo.

En tan suprema resolución, vienen al par el recuerdo de mi madre y el sentimiento religioso invocando a la Virgen. Aliento interiormente la esperanza, lucho y venzo. Al alcanzar ya el libre espacio del aire ambiente, no puedo más; respiro y entra, no el aire vivificante, sino el agua asfixiadora.

En momento tan crítico, cuando la inmensa mayoría de las criaturas pierden toda razón y se agarran a un clavo ardiendo, el niño reflexiona, vuelve su espíritu al auxilio de la Virgen, no permite al cuerpo que se entregue a los desordenados estremecimientos de la asfixia y la agonía; domina aún el instinto que le impulsa a aspirar, y ejecuta esfuerzos de tos y espiración.

¿Cómo explicar tales contrastes de ignorancia y de sabiduría? Asunto es éste digno de meditación; entraña cuestiones que por el momento sería inmetódico explicar. Ahora sólo conviene a mi propósito consignar algunos datos de observación.

Primero: que si había oído y entendido a D. Juan Galán algo de Física y lo correspondiente a las leyes hidráulicas, ni me acordé de D. Juan en aquel momento, ni de tales leyes. Sin embargo, determiné mis actos con arreglo a ellas, buscando disminuir el peso del cuerpo por la submersión, antes de que ocurriera la inminente involuntaria, al hundirme y clavarme un poco más; así como dirigí mis esfuerzos bajo el agua a favor de la corriente, aprovechando su fuerza en pro de mi lucha. ¿Lo hice todo por instinto? De ninguna manera.

Lo que aquí ocurrió fue una determinación o incitación in-

telectual, provocada por la emoción del peligro. Si el fenómeno más común es que dicha emoción perturbe la inteligencia en la mayoría de las personas y de las ocasiones, se ve, aunque con menor frecuencia, que en otros casos a esos mismos individuos, o lo que es más común, a otros individuos, esas mismas emociones del peligro les activan y despejan la inteligencia, adquiriendo una rápida fuerza de concepción racional, salvadora, por términos de ideación armónica tan seguros, precisos e instantáneos como la vibración de la nota cromática más aguda. No pensé, repito, en D. Juan Galán, ni en los experimentos del vaso de agua y los avíos de encender; pero tengo por cierto que aquel poco de saber, que me quedó dormido en el cerebro, se despertó sin saber cómo y sin darme cuenta en el momento del apuro.

Bueno será observar que este género y este porqué del discurrir es más frecuente de lo que a primera vista parece, aun en los actos ordinarios de la vida. Siu apartarme de la escena que nos viene ocupando, puedo señalar otros fenómenos de la misma especie. Por ejemplo, andando el tiempo, oí decir varias veces, a diversas clases de personas: «Junto al puente es muy peligroso bañarse, hay hoyas.» Traduciré esta locución, clara para los vecinos del Puerto, oscura y puede que ininteligible para moradores de otros pueblos. La frase se refiere a la creencia popular de que en determinados puntos del fondo de los ríos corrientes existen sumideros u hoyos profundos, en los cuales el agua forma remolinos, por donde si pasa una persona se hunde y no vuelve a aparecer.

Pues bien, respecto al puente de San Alejandro, la creencia de las hoyas se fundaba en que de vez en cuando ocurría el caso de algún ahogado, principalmente en mozalbetes que para bañarse se tiraban al río desde el puente. Y sin embargo de mi dura experiencia en la asendereada lección de natación, y no obstante mi conocimiento práctico de la naturaleza del fondo del río allí, que tanto tuve en cuenta y puse en práctica al regreso, oía la afirmación de la existencia de las hoyas y su

acusación de causantes de ahogados, sin ocurrírseme la explicación verdadera de tales desgracias.

¿Qué significa esto y qué aplicación tiene a la pedagogía? Una muy sencilla: que puede tenerse un conocimiento práctico sin llegar a ser teórico; así como puede tenerse un conocimiento teórico sin llegar a darle encarnación práctica. De todo esto se deduce cuán inconveniente resulta para la educación una u otra enseñanza aislada; y cuán vital, oportuno y conveniente es darlas asociadas y relacionadas. Ha sido preciso que pasen muchos años para que al oír la noticia de un ahogado que se tiró del puente y no se le volvió a ver, haya caído yo en la verdadera cuenta del siniestro, siéndome tan conocida. Al tirarse desde el puente, de cabeza o de pie, nada más fácil que quedar clavado en el fondo cenagoso, sin necesidad de remolinos ni de hoyas. Pero, ¡cuánto tiempo no ha tardado mi torpe inteligencia para completar tan vulgar conocimiento!

Otra observación tengo que hacer: cuando el suceso del tambor, antes y después de su desenlace inesperado, sentí la emoción religiosa, primero pidiendo a la Madre de Dios que me sacara de aquel lance, luego para darle gracias por el milagro. Pues en esta ocasión del río, invoqué a la Virgen, encomendándome a su amparo; al verme libre, lo creí tan milagro o más que el del tambor, pero ni di gracias ni se me ocurrió tal cosa. Fui el verdadero tipo del ingrato.

¿Por qué efectos tan distintos? Puesto que se trata de cosas que pasaron en mi interior, me parece que yo, mejor que nadie, soy quien puede darle explicación.

El primer caso puso en gran actividad mi conciencia, antes y después; pensé sobre mis pensamientos y sobre mis sentimientos. El segundo movió como una ráfaga (que no había tiempo para más) mi sentimiento religioso, pero no mi conciencia.

Pasado el apuro, ni aun reflexioné sobre lo ocurrido. El movimiento del ánimo se fué a buscar el medio de lavarme el fango y ocultar la diablura; solicitado por este final empeño,

ni me acordé de la Virgen, por más que me quedara la impresión de su auxilio milagroso.

LXXIX

* Cambio de carácter.

Los dos últimos sucesos relatados y la lectura del *Gil Blas* produjeron cierto cambio en mi carácter.

Perdí algunas dosis de ilusiones. El tambor por un lado y el capitán Chinchilla por otro, calmaron, aunque no extinguieron mi ardor por las cosas de milicia. Ya no soñaba tanto con ser general triunfador. La fuerza de la corriente y el fango del Guadalete habían amenguado la vanidad que tenía de mis propias fuerzas.

Mi buena madre, celosa hasta el delirio, turbaba la paz doméstica. Amándola mucho y también a mi padre, sufría yo penas más profundas de lo que parece susceptible en un chicuelo.

Todas estas cosas me hicieron perder la alegría infantil y ese placer de la vida que sólo se observa en los pájaros y en los niños. La pesadumbre me trajo a reflexivo: ya aceptaba en la mente propósitos de conducta ladina, a modo de Gil Blas; ya volvía el pensamiento al exclusivo poder y voluntad del cielo.

Corría el verano del 40, y fui a Jerez. Uno de mis primeros pasos fue ir a ver a la vecina familia del contrabandista; él estaba ausente; su mujer y sus hijos en la misma situación, excepto María Pepa, la hija mayor. Al verla quedé sorprendido.

No era ya la niña, bonitísima, sí, pero mal arreglada, alegre y juguetona. Era una señorita circunspecta, cuidadosamente vestida y limpia, peinada a maravilla, y de una belleza singular, propia y especialísima de alguna que otra mujer de la provincia de Cádiz, cuya nota más culminante la constituye una finura de formas exquisita, en consonancia con toda la gracia de las demás mujeres andaluzas.

Su rostro ovalado, la nariz perfecta, el color blanquísimo y sonrosado contrastaban con ojos grandes y negros y con su pelo a ondas, que, de puro negro, en la convexidad de cada una reflejaba la luz en rayas plateadas. La barba partida aumentaba el encanto de su belleza; y apenas se sonreía, dos hoyuelos ocultos venían a dibujarse en sus mejillas. La encontré alta de cuerpo, ancha de hombros y admirablemente esbelta.

En Cádiz y sus proximidades, en Tarifa, Vejer y pueblos comarcanos es donde solamente se halla tal género de bellezas. Resultan del batido de multitud de razas, desde las orientales más antiguas hasta la griega y la árabe, todo entremezclado con sangre indígena.

La familia entera me recibió alegremente; también María Pepa, pero sin la algazara y los extremos que el año anterior.

LXXX

* De cómo un estante de libros llama a otros estantes.

Aquella temporada no experimenté tanta inclinación hacia la cuadra, los caballos y el borrico pío. A mi buen amigo *Pindo* ya no lo encontré: había muerto, y sentí gran pena.

La habitación del *Caballero* componíase de un amplio dormitorio y una gran sala; en ésta había dos estantes, velados con visillos verdes.

Después que abandonó su estancia el dueño para salir a la calle, tenté a abrir un estante; la llave, echada en uno y otro, se opuso a mis deseos. Discurriendo mañas para vencer la dificultad, reflexioné que no estaba en mi propia casa y que debía abstenerme. Así lo hice, pero al día siguiente supliqué al *Caballero* que me dejara alguno de los libros para leer. Accedió gustoso; abrió ambos estantes y dejó puestas las llaves para que yo los eligiese.

Unos eran de leyes. Ya los conocía por sus títulos: *Las Siete Partidas*, *Las Leyes de Toro*, *El Fuero Juzgo*, *La Novísima Recopilación*.

Dejé la requisa de los tomos grandes, que resultaban ser de leyes, y tomé uno pequeñito y de pocas hojas, titulado así: *Diccionario crítico burlesco*. Lo abrí con ansiedad, suponiendo que lo burlesco debería resultar gracioso, y apenas pude leer cuatro hojas; me pareció tan insulso, que volví a ponerlo en el hueco donde se hallaba.

Miré otros rótulos, y dos o tres decían: *Poesías de Martínez de la Rosa*. Con esto de anunciar poesías, bien se me alcanzó que debían de ser cosas de romance y cosa alegre; saqué de su casilla el tomo primero.

En efecto, con bastante deleite leí el libro. ¡Y cosa rara! Cuando jamás pude aprender nada de memoria, muchos versos de aquellos en la memoria se me quedaron grabados. A tal punto, que, no habiéndolos vueltos a leer desde entonces, aún hoy, anciano ya y más que nunca desmemoriado, todavía me acuerdo de:

Cien veces ciento,
mil veces mil,
más besos dame,
Laura gentil,
que flores crían
Mayo y Abril
y arenas llevan
Darro y Genil.

Como también recuerdo, sin que se deba a la simple textura de la estrofa, aquello que empieza de este modo:

Vi en el Támesis umbrío
cien y cien naves cargadas
de riqueza;
vi su inmenso poderío,
sus artes tan celebradas,
su grandeza.

Pero el ánima afligida
 mil suspiros exhalaba
 y ayes mil:
 el ver la orilla florida
 del manso Darro anhelaba
 y del Genil.

Y no sólo me agradaron y leí con deleite tales composiciones de la cuerda de Erato, sino que también con igual gusto y mayor interés la traducción de la *Epístola de Horacio a los Pisones*.

Como leyera y leyera sin descanso ni levantar mano, a pocos días terminé los tomos. Ya había leído otros rótulos: *Quintana, colección escogida*. Y, en efecto, allí un almacén perfectamente surtido para mi gusto. Uno tras otro, devoré del primero al último versificador toda aquella antología. Unos poetas fuéronme más simpáticos que otros: Fray Luis de León, el que más; aquella estrofa de «Acude, corre, vuela», sobre todas.

Aprecié y distinguí las diferencias de estilo, gusto y carácter de los diversos escritores. Por una simple lectura y de corrido, quedáronse también en mi memoria muchas estrofas de la oda a Itálica, las Soledades de Lope de Vega, la nunca bastante celebrada Epístola moral, donde se dice:

Que el corazón entero y generoso
 al caso adverso inclinará la frente,
 antes que la rodilla al poderoso;

la sabrosa plática de la cena, por Baltasar del Alcázar:

En Jaén, donde resido,
 vive don Lope de Sosa, etc.

Gustóme mucho Herrera, y también Cienfuegos. Me pareció meloso en demasía Meléndez Valdés; pero «El Aguila altanera» enjuagó el deajo. Lo que no pude resistir ni leer fue las églogas, y las pasaba de largo, excepto alguna de Garcilaso.

Debo notar que, excepción hecha del *Quijote*, jamás he tenido paciencia para leer un libro más de una vez, ni cuando niño, ni de mozo, ni ya viejo, así trate de literatura, de historia o de ciencia. Defecto capitalísimo que no he podido dominar nunca, ni con mis propios escritos; hasta el punto de preferir no corregirlos, a pasar la pena de volverlos a leer.

Atribuyo este capital defecto a la conjunción de mi carácter impaciente con los efectos de la absurda pedagogía a que pretendieron sujetarme. Aprender de memoria sin entender de lo que se trataba, obligarme a repetir una lectura una vez y ciento y mil, produjo en mi espíritu tal indigestión y tales bascas, que, así como aquel a quien se le ha indigestado un alimento, con sólo recordárselo pasado tiempo, siente náuseas y repulsión indominable, mi nerviosidad interna se impacienta y sufre leyendo cualquier escrito más de una vez. Si lo entiendo a la primera lectura, porque ya lo entendí; si no lo entiendo, porque no lo entendí.

LXXXI

*** De cómo las cerezas se van las unas tras las otras.**

Si se echara sobre un harnero toda la Poesía, desde su origen hasta el último día del postrer siglo futuro, la musa Erato no tendría suficientes faldas para recoger las que habría inspirado; y las demás hermanas quedaríanse con muy poca cosa.

Tanto amor conjugado por activa y por pasiva no puede menos que despertar su sentimiento, y así me aconteció.

Me eché a hacer versos. Limpiando el polvo, topó Conchita con los garabatos; dió noticia del hallazgo a la familia. En su cariño, creyeron que el muchacho era un prodigio de fecunda precocidad. Pareciéronles primorosos los versos, y hasta se adelantaron a mostrárselos a D. Juan Capitán, literato ecle-

siástico y poeta que por entonces gozaba en Jerez fama de humanista. Por cortesía hubo de decir que estaban bien y que el chico prometía; noticia que todos creyeron a pies juntillas; y yo, no hay qué decir.

Leyendo versos y más versos, el sonsonete y el metro se pegan a los oídos, hasta cuesta trabajo salirse de la vibración del ritmo y de la rima. A poca aptitud que se tenga, resulta así cualquiera copla. Paréceme que, por haber escrito versos antes que prosa, esta última me cuesta más trabajo; necesitando tenerme de la mano para que no me salgan a cada instante endecasílabos, octosílabos y otros metros.

¿Tiene esto aplicación a la pedagogía? ¡Vaya si la tiene! Pero, dejemos el asunto; sería largo. Prosigo con mi cuento, que no lo es.

LXXXII

* Las cerezas se enredan.

Entro una tarde en casa del *señó Felipe*. No estaba María Pepa, y pregunté por ella.

—Arriba está, en la *sotea*—contestó la madre.

Subí y, en efecto, la encontré sentada en el poyo de una reja-ventana que daba a la calle de Sevilla.

Ventana y azotea no se compaginan bien. El caso consistía en que el caserón, de puro viejo, había hundido el piso alto, quedando un lienzo de pared en que se mantenía la ventana y (desaparecida la techumbre) el piso convertido en azotea.

La plena luz de una tarde de verano inundaba el espacio y enfocaba la figura de María Pepa, muellemente reclinada sobre el alféizar.

Un manojo de claveles escarlata, graciosamente caído, exaltaba la brillantez de las negras ondas de la cabellera, y otro clavel hacía de botón al centro de su leve descote.

Al verme llegar, corrió por su semblante una especie de agrado, saliendo los dos hoyuelos de las mejillas a acompañar al de la barba, como si me dijeran: «¡Buenas tardes!» De súbito se ocultaron; y lo rosado del semblante extendióse por la totalidad de su blancura, lo mismo de la cara que de la frente y cuello.

No sé lo que me pasó por de fuera, porque no podía verme; por dentro sentí como si algo me inundara y saliera en caño por los ojos. María Pepa bajó la vista, y yo también.

Ella tenía mi edad; y lo que yo había extrañado fue, sin duda, que la dejé en botón de rosa el año anterior, y en éste hallábase en el momento de lucir sus primeros colores y formas, de exhalar sus aromas primeros. Por mi parte, sentí la mayor conmoción interna que he experimentado en todo el resto de la vida.

Cuando niños, María Pepa y yo nos queríamos cuanto puedan quererse dos criaturas. María Pepa no tenía más voluntad que la mía. Siempre me hablaba preguntándome:

—¿Quieres que juguemos? ¿Qué quieres que haga?

Siempre nos besábamos al vernos y al despedirnos.

Quise besarla como antes... ¡Huí!... Ella seguía con la vista baja, y me sentí temblar. Los ojos se me humedecieron sin saber por qué. Sentí un mareo. Púseme más encendido que los claveles de María Pepa, volví la espalda, bajé la cabeza y me fuí a casa.

La multitud de cosas que pasan en un solo instante por el interior de la criatura hace difícil su enumeración, y más difícil el dar cuenta de ellas de una manera ordenada; porque se ofrecen de modo tan atropellado y revuelto, que, por mucha aptitud analítica que se posea y por mucha memoria que se tenga de las propias impresiones, la descripción fiel de todo esto supera a las facultades humanas.

Metodizando cuanto puedo la materia, diré que me sentí arrastrado en dos opuestos y poderosísimos sentidos. El primero, me arrojaba a los brazos de María Pepa; el segundo, me

detenía. En tan rápido conflicto, sentí latir mis sienes, aturdirseme la cabeza, cual si estuviese alcoholizado.

El primer impulso fue involuntario y rápido, como la ira que súbita nos acomete. El segundo, voluntario e involuntario a un tiempo mismo, pero no de emoción, sino de motivos presentados en el cerebro no sé cómo. El primero apareció cual una ráfaga enardecida que inundó todo mi sér; el segundo, partiendo por detrás de la frente, quedóse allí mismo taladrándome el cerebro y amenazando saltarlo por las sienes.

¿Qué motivos fueron esos, presentados no sé cómo en el cerebro? Fueron muchos, muchísimos. No podré fijar ahora ni su orden de sucesión, ni el valor comparativo que a cada uno pude dar; pero los recuerdo bien, y sé que por el peso de su suma fue contrastado el primer impulso, sufriendo un choque mi sér entero: conmoción parecida a la que se experimentará cuando dos buques, corriendo a todo vapor o a toda vela en contrarias direcciones, chocan entre sí.

Primeramente, yo quería mucho a María Pepa: nos tratábamos desde que teníamos tres años; mi voluntad era la suya; su finura innata, de cuerpo y de espíritu, culminaba más entre aquella familia de escasa educación; era algo mío.

Acababa yo de recibir abundosas inspiraciones de amor humano con la lectura de tantísimas poesías; y aunque impuras las más, no hicieron mella en mi espíritu por ese lado; antes bien, determinaron una contraria dirección fluctuante (respecto al parecido) entre el amor a Beatriz y el amor a Dulcinea.

¿Por qué este efecto, y no el más directo y natural? Encuentro en mí la explicación, sumamente sencilla: dependió de la huella que dejan en el espíritu las primeras impresiones.

Antes de leer el *Gil Blas* y las poesías de Martínez de la Rosa, Quevedo, Góngora, etc., cuando en la cuna me contaban cuentos, éstos concluían en que el príncipe se casaba con la dama encantada o con la doncella humilde, y no de otro modo ni a menos precio se podía hacer su dueño. Cuando el

caballero, en sus aventuras, era acogido en el mismo lecho, único, de la castellana altiva, ponía a través de ambos la espada por fianza de la honestidad.

Mi buena madre, singular tipo de mujer española, ignorante y apasionada, generosa hasta el heroísmo, humilde casi siempre, arrebatada y ciega a veces, era ejemplar de honestidad llevada a tal extremo, que no recuerdo haberla visto nunca en ropas menores, ni el seno aunque lactase; ni sé cuándo pudo hacer sus diligencias, pues de tal manera se recataba, que, a ponérseme por testigo, la tendría que declarar como cuerpo glorioso.

Sentimiento tan vivo del pudor, junto con el concepto adquirido por los cuentos, dirigieron mi juicio a considerar como cosa abominable la sensualidad. Afirmábame en lo mismo el sexto mandamiento, y sobre todo mi idea del honor. Dos cosas entendía entonces como deshonorosas en primer grado: para la mujer, el quebrantamiento de su pureza; para el hombre, ser cobarde. El romance de los Comendadores constituía mi código del honor. ¿Cómo deshonar yo a mi pobre y querida María Pepa!

Pero, tan poderoso fue el vértigo, al despertar el nuevo sentimiento, que dudo si los motivos expresados hubieran sido suficientes para mi determinación. Sé que un momento me dije: «¿Y quién lo va a saber?» Un error singular disolvió como la sal en el agua las consecuencias a que iba encaminada la pregunta.

Mis conocimientos fisiológicos sobre determinadas funciones se habían perfeccionado con el estudio de la botánica; pero entendiendo que cópula y fecundación eran una misma cosa, y que dada la una era infalible la otra. Todavía repuse:

—¡Pues me casaré!

Pero, al verme tan niño y tan fuera de posibilidad casadera, la lucha concluyó por aturdirme, dar giros a mi alrededor María Pepa, tapias y ventana, y huir tambaleante.

María Pepa, sin duda; mas yo no era púber aún. ¿Hubiese

vencido la virtud si esta circunstancia viene entonces a mi mente o llegan a ser más exactos mis conocimientos fisiológicos? No lo sé.

¡Pero cuántas cosas, cuán varias y cuán hondas influyen y determinan los actos de las criaturas! ¡Cuánto hay que observar y estudiar en sus oscuros e intrincados resortes! ¡Cuánto puede y debe aprovecharse en esa observación y de ese estudio para dirigir la educación!

En fin, para terminar la historia de la pobre María Pepa, diré que me convertí en su mudo y platónico amador. Huí las ocasiones de encontrarla sola, desquitándome con echarle miradas lánguidas a hurtadillas y nada más. Bien comprendía ella este lenguaje, y bien debía de mortificarla y fastidiarla.

Dos años después, la encontré casada. Grande fue y silenciosa mi pena; pero fue mayor cuando conocí al novio. La misma naturaleza e inclinación fina de María Pepa ocasionó su desventura. Rechazando lo grosero y malcriado, vino a aceptar por marido a un oficialillo de escribanía, rubio, pálido y pecoso, que, si vestía levita a medio uso y sombrero de copa alta, en cambio era viciosillo y borrachín.

María Pepa se deshojó a muy poco, como rosa tronchada, y expiró; su marido no tardó en seguirla, carcomido por los excesos y la tisis.

¡Pobre María Pepa; jamás pude olvidarla!

LXXXIII

*** De cómo la ausencia de alegría en la juventud declara enfermedad de espíritu o de cuerpo.**

Caído ya el ánimo y alejado el bullicioso hervor infantil de la alegría, el amor insatisfecho (de suyo melancólico), sumado a las antedichas causas, hízome experimentar interiores desabrimientos y ansiedades tristes.

Así entré en la adolescencia, y con el mismo sello de ca-

rácter, he proseguido los años que llevo de existir hasta hoy, sin más que momentáneas o breves interrupciones, y el atempero por cierta ficción o disimulo para no convertirme en agrio y desagradable al trato y estima de las gentes.

Calculo si sería por los alrededores de Diciembre del mismo año 40 cuando mi padre, con la demás familia, se estableció en Cádiz. El Puerto, solitario en invierno, no ofrecía atractivos para mí; juzgaba haber en Cádiz más amplios horizontes.

En la vida nueva, debió ocuparse mi padre, dados la edad y el medro de su hijo, en el problema de su educación.

A inducir por sus determinaciones y las doctrinas corrientes en las personas de mundo, paréceme que debió de fijar su consideración en uno de los más salientes problemas de la pedagogía doméstica y paternal, a saber: impedir que el niño ande en malos pasos. Ello es que habiéndome dejado hasta entonces en libertad para que hiciera lo que me diese la gana, sin percatarse de mi lección de equitación, ni mis rabonas y demás diabluras, ahora me puso un ayo para que me llevara y trajera, acompañándome a todas partes.

Apagada mi presunción de hombría, como otras cosas, ni me afeitaba ya el labio con el cortaplumas, para adelantar el bozo, ni me contrarió el cirineo de levita, quizá porque su oficio fue breve.

En efecto, a poco, me pusieron de medio-interno en el Colegio de San Pedro; dormía en casa, y pasaba el día en el edificio escolar, excepto los domingos y fiestas.

LXXXIV

*** Prosigue la interrumpida educación.**

Era director el Padre Mora, un exclaustro convertido en sacerdote, que tenía poco de fraile, mucho de bandolero y más de clérigo de misa y olla. Modesto y conocedor de sus

cortos alcances, ejercía de director nominal, reservándose la efectiva de la instrucción primaria y la gestión económica.

Sojuzgado, pero no extinguido el carlismo, informaban la sociedad de aquella época dos tendencias en lucha, que se manifestaban en todos los sentidos posibles, sin excepción de la misma enseñanza.

Habíase establecido en Cádiz el Colegio de San Felipe Neri, el mejor sin duda que se conocía entonces en España y, a decir verdad, el mejor en su género que ha existido después hasta hoy día de la fecha.

Fue creado por comerciantes, indianos en su mayoría, con el patriótico fin de que sus hijos recibieran educación española; esto es, que no resultaran filibusteros, sino amantes de la tierra de sus padres.

Poblaron el Colegio los hijos de la gente acaudalada, cuya inmensa mayoría era por entonces del partido moderado; y por ello tomó necesariamente color político el bueno de San Felipe.

Algún ricachón, algunos ricos, y la mayoría de las gentes mediocres, formando la falange progresista, hicieron rancho aparte y enviaron sus hijos al Colegio de San Pedro, por más que el Padre Mora fuese tan progresista como su abuela.

Frente al Colegio de San Felipe, ya que no podía oponer su nombre al del célebre poeta D. Alberto Lista, procuró buscar lo mejorcito para el desempeño de las cátedras.

Primeramente arrambló con el material aprovechable de los exclaustrados, sacando de allí a un Sr. Virotó, excelente latino, a quien debió coger la exclaustración con la miel en los labios, sin que le entrase más adentro, a juzgar por los hechos de vestir correctamente de laico, no volver a ocuparse en la misa y adoptar un continente más parecido a comandante de reserva que a pretérito novicio.

También sacó de dicha procedencia al Padre Martínez, lector agustino que había sido, trocado en clérigo llano y de regulares costumbres, bien instruído en filosofía dogmática y

teología, menos en la de Condillac y Baldinoti, que explicaba por la necesidad de acomodarse a los tiempos, y no levantar voces del lado de San Felipe con que le acusasen de ignorante y atrasado.

Para concluir con el personal de eclesiástico origen, diré que había otros dos exclaustrados más, quienes hacían el oficio de inspectores y daban clases subalternas: uno de ellos, el Padre Sartou, tranquilo, indulgente y que debía de ser bueno, puesto que se captaba el cariño de los muchachos, manteniendo en difícil equilibrio el respeto y la amistad.

Un lego venía, por último, encargado del comedor y la despensa; pero tan lego, que debió salir así del mismo vientre de su madre. ¡Ya quisieran haber llegado Cubas, Guzmán, Mariano Fernández y todos los actores cómicos de nuestro teatro antiguo, a hacer un lego tan motilón, tan típico y tan lego como el dispensero de San Pedro!

El elemento laico lo constituían principalmente los que voy a enumerar.

D. Joaquín Riquelme, notable matemático entre los más notables, profesor desde aritmética elemental hasta matemáticas sublimes; y verdadero profesor, pero que, por lo mismo, si inmejorable para hombres y personas aplicadas, no servía para chicos, que toman la cosa por necesidad y para cumplir.

Seguíale como hombre notable su cuñado, D. Pedro O'Cruley, profesor de Inglés y Francés, de Historia Universal y de España, de Mitología, Retórica y Poética. Todavía hubiera podido desempeñar otras cátedras más, a haber querido. Porque, verdaderamente, ya como instruído, ya como talentoso, muy pocas personas de aquel entonces le podrían aventajar. No hay sino que D. Pedro, con ser el talento de Cádiz, era el mayor y más singular bohemio que había en todas las Españas.

Con estos dos puntales, con los elementos antedichos, más un médico que daba algunas lecciones de Física y de Historia Natural, más un boticario que oficiaba de químico, un maestro

de baile, dos de música y otro de esgrima, quedaba cerrado el cuadro que tenía que oponerse a las públicas preeminencias de su rival el Colegio de San Felipe Neri.

Perdóneme el que leyere, si, por historiador justo (ya que he descrito mis escuelas de primeras letras, el Colegio de la Aurora y las cátedras de San Juan de Dios en el Puerto), no omito los detalles necesarios para dar a conocer el estado de la enseñanza en los colegios gaditanos en la fecha a que nos referimos.

Tal es el principal fin de estos apuntes; que, si aburren para leídos, no huelgan para animarnos a mejorar la enseñanza y señalar jalones que nos digan si avanzamos o retrocedemos, o si estamos quedos.

LXXXV

* Reconocimiento y clasificación.

Investido de colegial mediante el pago de la pensión del mes, pasó el Padre Mora a tentarme la ropa: quiere decir, a ver qué grado de instrucción tenía el crecido y recio zagal que le entregaban, para disponer las asignaturas a que debería llevarle.

Empezó por la Doctrina; y me encontró tan en claro, que, fuera de persignarme, del Bendito, el Padrenuestro y el Credo, no acerté ni con el número de uno solo de los Mandamientos.

Me hizo leer, y leí bien, de corrido y con sentido cabal.

Hízome escribir al dictado, y le quitaron la buena impresión de la lectura los garrapatos de lo escrito y no pocos excesos ortográficos.

Se metió en la Gramática, y tuvo que salirse de ella *motu proprio*, mirándome de soslayo, sorprendido de ver tal inopia en un muchacho que traía certificado de Latín y otras varias cosas.

Pasó a la Aritmética... ¡y ni sumar! Lo peor del caso es que sigo así, contando sesenta años muy cumplidos.

Quedóse atónito y suspenso el Padre Mora, meneó la cabeza como quien no sabe qué hacer: debí parecerle demasiado grandullón para echarme a los bancos de la escuela. Al fin tomó asiento detrás de su pupitre y escribió tres papeletas: una para Viroto, primer año de Latín; otra para D. Pedro O'Cruley, Historia de España, Mitología, Retórica y Poética; la tercera, para D. Joaquín Riquelme, Aritmética y Algebra.

A las horas correspondientes, me presenté en las cátedras. Todo se redujo a *oir, ver y callar*. Terminada la lección, cada maestro me dió el título del libro que debía adquirir y por el que había de estudiar.

Dueño de ellos, con resolución firme, abrí el nuevo *Arte* de Latín para recomenzar lo que tan sin fruto había procurado en otras ocasiones aprender. A decir verdad, algo más obtuve; pero poco y prendido con alfileres.

Pasé al libro de Historia: consistía en un compendio, sobre poco más o menos, parecido en tamaño al Iriarte. Su esencia consistía en un catálogo de nombres y fechas. Enterábame de algo; pero como el empeño y el propósito del libro se cifraba en el extremo cronológico principalmente, resultaba imposible para mí el quedarme con las fechas ni los nombres sin trocarlos ni confundirlos.

Abrí el libro de Mitología: historia fabulosa bien comprendí que era; cuando no podía quedarme con la efectiva y real, me pareció tiempo ocioso el destinado a cargarse la cabeza con la vida y milagros de Júpiter o Venus.

Quedábanme la Retórica y Poética; leí dos o tres páginas, y parecióme tan sandio su contenido, que cerré el libraco, con cierto menosprecio.

«¡Mal principio de semana (dije para mi capote): soy burro de remate! ¿Para qué querrá mi padre hacerme estudiar? No sirvo para esto. Que me haga cadete: para eso me sobra con

saber leer y escribir. En el Regimiento seré el primero; en el Colegio éste, como he sido en la escuela, el último.»

LXXXVI

*** Donde menos se espera, salta la liebre.**

A las nueve empezaba la clase de Latín, durando hasta las doce. De una a dos, la de Aritmética y Algebra. De cinco a seis de la tarde, en días alternos, unos Historia, otros Mitología, Retórica y Poética.

Virotó tenía la clase dividida en dos bandos: Cartagineses y Romanos. A mí no me hizo beligerante desde luego; dejéme en paz hasta saber los puntos que yo calzaba.

Al pronto no me enteré de lo que significaba aquello, pero luego entendí que era una donosa aplicación de la Historia antigua a la Pedagogía.

Vivían allí los latinizantes en perpetua lucha, con su general a la cabeza y sus correspondientes decuriones, librándose batallas, ganándolas o perdiéndolas, según los puntos o heridas que respectivamente hacía cada parte. Una tablilla, con una *C* y una *R* enlazadas y de color rojo, pasaba los bancos de la una a la otra banda, según Cartago o Roma lograra la victoria. Confieso que, a pesar de mis inclinaciones bélicas, si amortiguadas, no extinguidas aún, no me entusiasmó gran cosa la invención.

A lo último, concluída la lucha entre Cartagineses y Romanos, comenzó el profesor unas explicaciones que no entendí. Después empezó a tomar la lección a los muchachos, de la parte señalada y explicada el día antecedente, y finalizó preguntándome no recuerdo qué.

Como no acertara a contestarle, me preguntó otra cosa. Así, bajando y bajando, llegó a las declinaciones, donde a duras penas y equivocándome a cada paso pude salir del aprieto,

no sin dejar ver claro que no sabía una palabra y necesitaba principiar por el *A B C*.

Mohino y con las orejas calientes, entré a la hora respectiva en la clase de Aritmética. Comenzó Riquelme por explicar una sencilla suma de quebrados. Después fué llamando uno por uno a cada chicuelo, notándole cantidades y haciéndoselas sumar.

Me llegó el turno... ¡y aquí te quiero ver! Salió a la luz del día toda mi desnudez, y vió el maestro que no sabía realmente ni la tabla de sumar: las cuatro reglas, que a duras penas había aprendido con D. Domingo Fartos, se me habían olvidado.

No se impacientó D. Joaquín, pero me dijo que sin saber bien las tablas de sumar, restar y multiplicar no podía darse un solo paso. Salí del aula más corrido que una mona, triste y malhumorado.

Llegó la hora de la clase de O'Cruley, y entré en ella con la tristeza y el mal humor acrecidos. Tocábale aquel día la Retórica y Poética, y habló de ellas en general; pero tan claro, con tanta soltura y gracia, que lo que me pareció sandio en el libro, me resultó instructivo y ameno saliendo de sus labios.

Terminada la explicación, no empezó a preguntar, sino que entabló conversación con un alumno sobre cosas de versos de pocas sílabas y de muchas sílabas; y así procuraba hacer por qué los cursantes dijese algo que se les pudiera ocurrir, tuerco o derecho.

En esto se encaró conmigo, y me dijo:

—¿Se ha hecho usted cargo de en qué se ocupa la Mitología?

Aunque la distracción de la conferencia había suspendido mi confusión y mal humor, al verme interrogado sobre materia de que tampoco sabía palotada, presintiendo que iba a hacer un papel ridículo por tercera vez en el primer día, exasperado le contesté:

—No, señor. ¡Ni quiero!

Quedóse parado ante el tono y brusquedad de la contestación, y repuesto, me dijo dulcemente:

—Algún motivo le asistirá a usted para eso. Si usted fuese tan amable que me lo dijera, tendría mucho gusto en oírlo.

A lo cual, amostazado, repliqué con viveza:

—Tengo mala memoria. No puedo aprender la Historia de España, ni la tabla de sumar; y no voy a quebrarme la cabeza aprendiendo fábulas y tonterías.

Quedó aún más suspenso D. Pedro, y después de un rato, volviéndose a la clase, que estaba extrañada, por tratarse de un condiscípulo nuevo y desconocido, así como por el atrevimiento, dijo:

—Puede que este alumno tenga razón. De todos modos, declaro que me gusta. Es un librepensador, y no me equivoco si os digo que será el primero de la clase.

Salí confuso entre los demás muchachos, que me miraban curiosamente. Sentí mucha gratitud hacia el maestro; parecía-me que me había sacado una espina de mi corazón y echado un bálsamo en la herida.

A la hora de estudio y en mi casa, aquella noche volví a los libros con verdadero afán, pero nada: no había voluntad que superase la imposibilidad absoluta de mi condición.— «Dos por dos cuatro, dos por cuatro ocho, dos por ocho... (contaba por los dedos y seguía)... diez y seis, dos por nueve...» Y tenía que volver a contar por los dedos para decir «diez y ocho».

Claro está que las dificultades crecían a medida que la cuenta iba siendo de más dedos. Cansado de tan ímprobo trabajo, dejaba éste para pelear con las declinaciones. Rendido al fin, como si hubiese hecho una larga jornada, dejaba caer el libro de la mano.

Así pasaron unos días de mortales angustias para mí en las clases de Virotó y Riquelme, de tranquilidad y satisfacciones progresivas en la de O'Cruley.

Apuntaba en un papel los nombres de las personas y las fechas. Cuando le tocaba a D. Pedro hablarnos en una lección acerca de los Fenicios y departía sobre el punto con los mu-

chachos, al llegarme la vez y meter mi cuarto a espadas, decía los hechos de más bulto, y sacando un papelito, dirigíame a D. Pedro:

—No querrá usted que diga un disparate, y para no trabucar los nombres ni las fechas, aquí traigo apuntados unos y otras.

—Hace usted bien—contestaba.—Después de todo, sería un botarate quien se pusiera a escribir de Historia fiándose en su memoria. Mala Historia escribiría no teniendo a la vista, para consultarlos, todo género de datos y documentos, así de los sucesos, como de su enlace y del tiempo y época exactos en que ocurrieron.

De ese modo iba pasando en Historia casi tan bien como el más dispuesto y memorioso; pero donde alcancé prontamente triunfos inesperados y trascendentales fue en Retórica y Poética.

Con lo que cogía al oído de las explicaciones de D. Pedro y con otro factor existente en mí, y del que, sin embargo, no me había dado cuenta (es a saber: la lectura de las obras de Martínez de la Rosa, la traducida Epístola de Horacio a los Pisones y la colección de Quintana), hice un amasijo de tal volumen, que D. Pedro y todos los muchachos de la clase se hacían cruces, creyéndome un prodigio.

Con esto había adquirido cierta autoridad, que subió de punto cuando, encargando a los alumnos de la clase que escribieran un romance sobre no sé qué tema, salió mi romance *La relucir*.

Ya en camino, me pidieron quartetas y quintillas, octavas reales, sonetos y muchas cosas más, con cada una de las cuales abrieron un palmo de boca discípulos y maestro.

—¡Es un literato! ¡Es un poeta!—exclamaban asombrados.

¿Quién me tosía ya? ¿Qué importaba que no diese palotada en el latín y en el sumar? Los mismos Virotó y Riquelme me miraban con respeto. Sin embargo, era lo cierto que el *litera-*

to no estaba seguro de si una palabra debía escribirse con *h* o sin ella, con *b* o con *v* de corazón.

Pero cada tiempo tiene sus modas y aun manías. Por aquel entonces, todo lo que había que ser en España era autor de coplas. Quintana, Gallego, Espronceda, Zorrilla, Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas, llenaban todos los cerebros. Ser poeta era el colmo de la sabiduría. Al mismo D. Alberto Lista no se le tenía en nada por eclesiástico, ni por maestro, sino porque hacía versos.

Que no supiera una patata de Teología: con una oda más o menos lamentable, alcanzaba la Doctoral cualquier clerizonte; o una mitra si los versos menos malos, y el cura de regular conducta. Ni los periodistas ni los diputados tragaldabas conseguían, como ahora, los altos puestos del Estado; mientras que los asaltaba con la mayor facilidad cualquier autor de comedias o de un librejo de versos.

«Ritmo y rima llevaban hasta a la Presidencia del Consejo de Ministros o del Estamento de Próceres.»

Con esto comprenderá el lector el espíritu de aquella época y la importancia que adquiría en la sociedad escolar su vate improvisado.

Dejé de asistir á latín con Viroto, sin que nadie se atreviese a decirme palabra. Iba cuando quería a la clase de Riquelme, y no se atrevía a preguntarme nada. Entraba y salía en el aula que me daba antojo, para matar el tiempo; pasando el día de aquí para allí, asaltando la despensa, haciendo rabiar al lego, forcejeando con los criados y derribándolos con la zancadilla, forzando las llaves de los calabozos para libertar los prisioneros, jugando al florete y al sable, donde mostré aptitudes superiores a los demás discípulos. Híceme el gallo de los internos y externos, el desfacedor de entuertos escolares, el niño mimado de los sirvientes, inspectores y maestros.

Juntamente con la enseñanza de D. Pedro O'Cruley, casi tanto como la clase de Esgrima, llegó a interesarme la de Ló-

gica y Gramática general que daba el Padre Martínez. Fui a ella espontáneamente y sin que el Padre Mora interviniera; fui porque sí, porque un día entré curioso, entendí bien la explicación, y me gustó la materia.

Compré el Baldinoti traducido al castellano, por puro adorno, y una Gramática general; pero no los abrí. Ya el horror a los libros de enseñanza se había apoderado de mi espíritu de tal modo, que miraba un enemigo en cada texto. Pero, eso sí, escuchaba con mucha atención lo que decía el Padre; sus ideas no sólo me las asimilaba, sino que despertaban en mi pensamiento otras ideas, y problemas y conatos de explicaciones.

El Padre me cobró cariño, prodigándome a poco las consideraciones de un compañero y del más aventajado de la clase.

Al fin del curso me encargó el repaso de los otros escolares. Y aunque esto no me dió la importancia que las coplas, me produjo una satisfacción más íntima; cobré mayor confianza en mí mismo, y aun produjo en mi espíritu ciertos dejos de independencia intelectual, cierta rebeldía al pensamiento ajeno.

Crecieron estas manifestaciones de la interior soberbia hasta el punto de denominar intolerancia a las contradicciones de mi opinión propia; arrebatábanme las disputas y encendíanme el espíritu con los vendavales de la ira, cual solemos ver en los fanáticos. En tales casos, cuando las razones no bastaban para convencer a los contrarios, en mi exasperación pasaba a los denuestos, dejando a veces maltratados a amigos y personas queridas. Luego que sobrevenía la calma, dábame pena, conocía la falta y procuraba desagraviarlos.

Advertí que pocas veces se borran del ánimo los efectos del insulto; y que el denostado, ridiculizado o injuriado una vez, podrá perdonar, pero conservando siempre en su interior la huella de la ofensa.

Como tenía el hábito de reflexionar sobre mis actos y los de las personas que me rodeaban, en las horas de mayor soledad, al acostarme, mientras venía el nocturno sueño, y al despertar por la mañana, en ese intervalo que media entre el sueño y la vigilia, decidí enmendarme; y debo confesar que, por completo, no lo he logrado aún.

Cierto que al fin pude reprimir los encendimientos y dejé de pasar de la discusión a las disputas, y menos al denuedo; pero todavía, cuando oigo sostener lo que considero falso, se conmueve mi sér, tengo que refrenar en mi interior algo que parece pugnar por desbocarse, y mis frases y palabras salen duras, por comedidas que pretenda hacerlas.

¿De qué modo podrá la Pedagogía corregir, por la educación este grave defecto? ¿De qué modo, para no caer en el extremo contrario, mucho peor todavía? Porque, ¿hay defecto mayor que la pasividad indiferente en materia de opinión? De aquí a la degradación del espíritu no hay ningún paso.

El mismo escéptico que defiende con ardor su escepticismo es una persona honrada. Pero el acomodaticio, aquel a quien nada mueve; el tolerante, no por educación, sino por indiferencia, es un egoísta, es un hombre incapaz, un eunuco del alma.

Mas he aquí un asunto educativo que no sé cómo resolverlo. Siempre será ardiente el ardoroso, e indiferente el apático. No se me ocurre más que dulcificar al primero, para que no llegue a intolerante y fanático; y estimular al segundo para que ame la verdad y defienda con celo la justicia.

Como quiera que sea, es lo cierto que sin esa mala condición que he confesado, hubiera tenido más amigos escolares.

LXXXVII

¡Gazpacho! El Escamón y Paimogo.

Llegué, no obstante, a ejercer cierto dominio: tácitamente concedido por la generalidad, más o menos repugnado por algunos, ya consintiendo a ratos, ya protestando a veces.

En el mundo pequeño de los chicos hay bastantes cosas que estudiar. Algunas han pasado casi inadvertidas; sobre una de éstas voy a trazar algunos rasgos.

A poco de *tomar la tierra*, quiere decir, de conocer el colegio y encontrarme como en casa propia, movió mi interés bajo cierto aspecto la personalidad de tres alumnos. Ninguno de los tres se parecía a los otros en nada, absolutamente en nada. Pero los tres, aunque en diversa forma y por vario modo, eran tres víctimas, tres criaturas condenadas al pasto de las travesuras, los insultos y los malos tratos de la población escolar.

Como tan diferentes eran, necesito darlos a conocer por sus rasgos especiales; y dudo por cuál empezar. Principiaré por el más sencillo.

Ramón Piedra era un muchachón de catorce años, obeso y como un rollo de manteca, inocentón, tímido y femenino, aunque no afeminado. Los compañeros no le querían mal, no le tenían inquina, pero el caso es que no le dejaban un momento en paz.

Uno le empuja, otro le pellizca; éste le pinta a la fuerza unos bigotes con tinta o corcho quemado; aquél unas patillas. O ya, cuando camina inadvertido, viene por detrás un diablajo, y a la carrera le pone las manos en los hombros y salta por encima. O bien, si los inspectores están lejos, se asocian varios estudiantes y derriban al pobrete, gritándole:

—¡Gazpacho!

Y el «gazpacho» consiste en quitarle los calzones, darle azotes en las rollizas nalgas, echarle buchets de agua en la barriga, sobarle de lo lindo y pellizcarlo.

A todo esto acompañaban las naturales protestas del agredido, así como la risa, jolgorio y algazara de los demás, quienes en cada coz y en cada vano esfuerzo de la víctima sentían un placer maligno e indefinible.

La segunda víctima tenía por nombre Manuel La Riva. Contaría unos diez y seis años. Ni poco ni muy desarrollado, rubio, de pelo claro, fisonomía indiferente casi siempre, descon-

fiada a veces (los chicos le decían *escamón*: palabra que no sé si está en el Diccionario, pero que da una idea inexpresable por ninguna otra.)

Sobrino de un montañés enriquecido en el Puerto de Santa María, mal educado (el sobrino), por consiguiente, voluntarioso y tímido, formal y de mediana inteligencia, guardoso, sin esa generosidad de los muchachos, tan noble en el fondo, que los lleva a dar y repartir entre los compañeros todo lo que tienen: tal era *El Escamón*.

Por este pecado comenzó su desdicha. Dieron los condiscípulos en asaltarle el baúl y registrarle la carpeta, forzando llaves y cerraduras. Quitábanle las golosinas, el dinerillo, los libros y papeles, con lo cual se daba a los diablos y quejábbase a los superiores. Vinieron las averiguaciones y algún que otro castigo. No fue preciso más: los saqueos arreciaron, quedóse hasta sin calcetines ni camisa; la palabra del más terrible conjuro escolar pesó sobre su cabeza: «¡Soplón!», y se vió privado del agua y del fuego. Sus compañeros no volvieron a dirigirle la palabra, sino para mofarse de él o insultarle. Los más chicolos tenían potestad para maltratarle, pues tras ellos estaba todo el Colegio para acogotar al réprobo, si fuese osado a responder al insulto.

Fue preciso a los directores del Colegio sacar a La Riva del dormitorio general, destinarle una habitación retirada y aislada, de cuya llave era dueño el prisionero, y estar allí condenado al aislamiento y la soledad, sin más amigos que su carpeta, baúl y cama.

La tercera víctima era *Paimogo*: hace poco que ha muerto y reservo su nombre por justas consideraciones; además, en el Colegio sólo le conocíamos por sus dos apodos. Los chiquillos no se habían contentado con uno: *Paimogo* le decían despectivamente, por ser natural de ese pueblo, en la provincia de Huelva; llamábanle también *Durana*, por expresarle antipatía y malquerencia.

El lector no entenderá qué tiene que ver el nombre de Durana con tales defectos. Fácil es la explicación.

Por aquellos tiempos luchaban desafortadamente los partidos moderado y progresista. El último se veía vencedor, gracias a que había echado en el platillo de la balanza su espada el general Espartero. Los moderados venían observando la política violenta y perseguidora que ellos denominaban «*de resistencia*», y que, continuando hasta muchos años después, dió al traste con la corona de Isabel II.

Era el jefe y corifeo de los moderados un Sr. Durana, hombre culto, pero de pasiones vehementes, mejor dispuesto para las intolerancias del absolutismo que para las prudencias de los partidos medios. Dedicó su vida a pelear, acosar, perseguir y aniquilar a los progresistas, ya por medio de la prensa en el periódico de que era director, ya desde la esfera del poder, ejerciendo el cargo de cacique absoluto de Cádiz y su provincia. Con esto resultó aborrecido de los progresistas y altamente impopular. Al caer los moderados, tuvo que salir a uña de caballo. Y la población escolar de San Pedro, hija de familias progresistas, no encontró otro nombre más odioso que aplicarle a *Paimogo* que el segundo mote de *Durana*.

Y antes de seguir mi cuento diré que Durana emigró y que a poco se suicidó en París, pegándose un pistoletazo. Aunque maduro de años, no teniendo en qué ejercer su fogosidad, se enamoró de la Reina Cristina; declaró a ésta su atrevido pensamiento, y al recoger las naturales calabazas, no pudo digerirlas y se levantó la tapa de los sesos.

Paimogo era un mozuelo de quince años, moreno con visos verdinegros, ojos grandes y torvos de mirar oblicuo, roborado entre la contracción de los párpados y el fruncimiento del entrecejo. «*Impaturoso*» e «*impatizador*», descubría que si dañaba de palabra, con más gusto dañara con obras, a poderlo hacer impunemente. No carecía de inteligencia, pero en lo moral no debió a la naturaleza grandes favores. Envidioso, egoísta, vengativo, suplía con la mala intención lo que le faltaba de ese

valor generoso, más o menos arrebatado, que solamente anida en los corazones nobles.

Nada de esto estaba analizado por sus compañeros, ni tampoco por mí entonces; pero, indudablemente, por esa intuición o ese instinto que suple a la reflexión en las criaturas, todos sentíamos antipatía hacia *Paimogo*. Por eso, no contentos con no llamarlo por su nombre, le pusieron *alias*, como a los criminales; y no pareciéndoles expresivo, le añadieron el que a la sazón mejor encarnaba el odio a la violencia y a la tiranía.

Los muchachos, individualmente, le tenían cierto miedo; pero de modo espontáneo se asociaban para insultarle, mortificarle y vejarle, con más saña y rigor que al inofensivo La Riva.

En efecto, *Paimogo* era de la madera y naturaleza de los criminales natos. Cuantas veces he pensado después en tal criatura, más y más convencido quedé de que sin la educación que recibió hubiera ido a parar en un presidio.

Cualquiera diría ahora que esa educación fue la cristiana y moral que le suministrara el Padre Mora o el lector Fray *Fulano* Martínez. Permítaseme que lo niegue: nada de eso. La educación que le impidió ser un malvado, aunque sin lograr hacer de él un hombre bueno, se debió a sus compañeros, al desprecio y los insultos, que, si no le amansaron, hicieronle tragar saliva una vez y mil, acostumbrándole a reprimirse, a devorar dentro de sí sus aviesas inclinaciones; en una palabra, a dominarse de grado o por fuerza.

En una época como aquella, en que ni familia, ni maestros, ni colegios se ocupaban para nada en la educación de las criaturas (creyendo neciamente que todo se reducía a enseñar de memoria la Doctrina, el libro de Urbanidad, el Latín y algunas otras garambainas condecoradas con el nombre de *asignaturas*), la educación se administraba y adquiría sólo por el roce, contacto y lucha de unos chicos con otros, por el instinto que les llevaba a estimar a los buenos, burlarse de los imperfectos y fustigar a los malos.

Al pobre de Piedra nadie lo quería mal, pero era objeto de las bromas más o menos pesadas de la malignidad estudiantil. Era un pedazo de carne fofa bautizada, un sér sin energía, y a fuerza de empellones y diabluras le fueron educando, agilizando y despabilando. El método no resulta muy pedagógico ni sano; no seré yo quien lo defienda ni proponga; pero, a la verdad, no conozco otro cuyos resultados abone tanto la experiencia. Cuando más adelante hable de las novatadas en las universidades y colegios de carreras mayores, puede que tenga que volver sobre el asunto.

Como La Riva era del Puerto, y paisano mío, por tanto, creí caso de honra salir a su defensa; y, en efecto, con más o menos trabajo pude librarle de su muerte civil. Dejéronle en paz, aunque nunca tuvo amigos; yo fuí el único. Me lo agradecía con cierta especie de reconocimiento y sumisión, lo cual no era parte a que se le ocurriera nunca brindarme con nada, ni aun de sus abundantes golosinas.

Ya en camino, de desfacedor de agravios, híceme Quijote de la causa de *Paimogo*. Cesaron de vejarle en presencia mía, no sin que la empresa me costase dar y recibir algunas cachetinas. Pero pronto advertí que el buen *Durana*, no sólo no agradecía mis servicios, sino que en su interior le corroía la envidia y hasta la malquerencia, como ofendido de que obtuviese yo por mi propia autoridad y fuerza un favor para él. Con esto le dejé abandonado a su propia suerte, guardándolo constantemente en la memoria cual tipo de hombre atravesado. Después, el tiempo ha venido a demostrarme cuánta razón de instinto gozan los muchachos, y cómo la propia Naturaleza procura inconscientemente corregir las imperfecciones.

Paimogo comenzó la carrera de abogado; la abandonó y dedicóse a contratista de obras públicas: fue duro, despiadado y estrujador de trabajadores; así se hizo rico. Vivió malquerido de los humildes, menospreciado de sus iguales, comido de envidia por la prosperidad de quienes la alcanzaron mayor que él. Murió sin que una lágrima humedeciese ningunos ojos.

No tropezó en algún artículo del Código porque los colegiales de San Pedro le enseñaron a tascar el freno, disimular y reprimirse. Pero sus últimos años fueron desastrosos; casado, tuvo hijos que ya no se educaron en San Pedro; las ramas salieron al tronco, y esas sí que se enredaron en los artículos del Código penal.

LXXXVIII

* Los exámenes de antaño.

Celebrábalos anualmente San Felipe con gran pompa y aparato; no había de ser menos San Pedro.

San Felipe Neri estaba en su propio edificio, gran convento remozado y alegre, el cual pudo servir para el objeto con que fue fundado, lo mismo que para Palacio de las Cortes y que para Colegio de segunda enseñanza. Tenía y tiene un amplio patio hermosísimo, lugar apropiado para los juegos juveniles y para el espectáculo teatral de los exámenes públicos.

San Pedro residía en un enorme casarón de la calle del mismo nombre y en otras dos casas más, contiguas y comunicantes por la espalda, con fachada a la plaza de Mina. Careciendo estos edificios de un patio tan lucido como el de San Felipe, salíamos de madre y verificábamos la fiesta en el más hermoso que había en la ciudad: en el patio del Pabellón de Ingenieros. Aquello era de ver cuando se celebraba tan solemne espectáculo, acto, fiesta y representación, porque de todo tenía un poco. Epoca fija, en los comienzos de Junio.

Un gran toldo de blanca lona, adornado con festones rojos, tamizaba la luz espléndida del inicial estío, dando al ambiente dulce frescor. Las galerías, listadas de bancos ocupados por el público anónimo. El cuadro central del patio, vistosísimo. Banderas y gallardetes ondeando en los balcones de las galerías. Pabellones de vistosas telas adornando los arcos y columnas inferiores. Alfombrado el suelo.

Al frente, amplia tribuna (tres gradas en alto) circuída por balaustres de madera pintada simulando mármol. En el centro y al fondo, un dosel de terciopelo carmesí cobijando el retrato de la Reina Isabel, en inocente edad, con dos sandías al pie como emblema de los dos mundos de nuestros tiempos gloriosos, y la cara malhumorada y greñuda de un león asomándose. A la derecha, una mesa con tapete de damasco rojo y un sillón para el profesor. Acá y allá esferas armilares y globos terráqueos, mapas y libros, coquetamente y con pintoresca distribución colocados. Por último, un gran atril sustentando amplia pizarra negra.

Al frente opuesto, otra gradería y nuevo tablado, más pequeño, a guisa de estradillo, con sendos sillones eclesiásticos rellenos con las ilustres posaderas del Jefe Político y del señor Alcalde, juntamente con otros para el Comandante general y demás personajes, amén del Padre Mora y los catedráticos libres de faena por el momento.

Entre el estrado y la tribuna, ancha calle limitada por hileras de bancos destinados a las familias de los colegiales; excepto los próximos a la tribuna, reservados para el cuerpo estudiantil.

Allí era cosa de vernos tan lucidos de pies a cabeza con nuestro flamante uniforme, consistente en sombrero de tres picos galoneado de plata, casaca azul con botones y sardinetas del mismo metal, y pantalón también azul e igualmente adornado con franja de plata. Tan preciosa moda militar, bueno es que no se pierda de vista, ni se olvide su origen. Como se nota, existía en esos Colegios híbridos y de transición, eclesiástico-aseglarados; conservándose con rigor hasta hoy día de la fecha en las instituciones meramente religiosas, como los Escolapios y Jesuítas.

Tres días duraba la función, amenizando los intermedios con su música una banda militar, situada en la galería superior. El primer día tocaba lucirse a los chiquitines de instrucción primaria; el segundo, a los zangones de humanidades.

El tercero, era todo de jolgorio.

Clase de piano y de solfeo, clase de esgrima, y, por último, clase de baile; sólo que en este examen final se apartaban los bancos y se examinaban también (aunque sin ganar curso) algunas señoritas que, galantemente, eran sacadas a bailar por los escolares. Después, reparto de premios, discursitos obligados del Sr. Jefe Político y del Sr. Alcalde, refresco de naranja y horchata, dulces para los chicuelos y familias, emparedados con buenos vinos para autoridades y demás personas de circunstancias y tal.

Hasta aquí, de los exámenes públicos no hemos visto sino la parte decorativa y exterior; quédame el dar idea de la médula íntima. Diez o doce días antes comenzaba la preparación: los catedráticos repartían los papeles entre sus discípulos respectivos. Excepción hecha del Padre Martínez, que no me advirtió nada, y del maestro de esgrima, los demás (cual a mis otros compañeros) me indicaron la lección sobre que me habían de preguntar, encargándome que la aprendiese bien.

—Mira (porque me hablaba de *tú*)—me dijo D. Pedro O'Cruley,—en Retórica y Poética nada te tengo que advertir, porque sabes más que yo; pero, de Mitología no sabes una palabra. Elige a Venus, que es la diosa más bonita; entérate de sus devaneos y de las veces, poco más o menos, que le puso los cuernos a Vulcano; pues sobre eso te voy a preguntar. En Historia de España y en la Universal tampoco estás muy fuerte; lee con atención y apréndete el capítulo de las conquistas de Alejandro y la batalla del Guadalete, puesto que se dió cerca del Puerto; y, por Dios, ¡que no me hagas ensalada con las fechas!

—De esto último no respondo—le contesté.

—¡Pues estamos perdidos! Mira, omítes las que puedas buenamente, que yo no te apretaré; pero las principales márcatelas en las uñas.

D. Joaquín Riquelme se redujo a señalarme una ecuación de primer grado en el libro de Lacroix (no sé si escribo bien

el nombre) y un problema sencillo sobre no recuerdo qué asunto de triángulos.

Por virtud de tan inocente artificio, no naufragó ningún muchacho: salvo mi paternidad, que milagrosamente pudo salvarse en una tabla.

Hice un examen lucido en Lógica e Ideología, medianejo en Gramática general. Pasé a trompicones en Historia; y me hubiera roto las narices si no me ampara D. Pedro, porque las fechas escritas con lápiz en las uñas por la mañana se habían borrado. En cambio, me despaché a mi gusto en Retórica y Poética. Pero, amigo, cuando llegó la vez al Algebra y la Geometría, aquello fue un cataclismo: ¡el vacío, la soledad más espantosa, la nada, reinaban en mi cerebro! Ya había salido la pregunta de los labios de D. Joaquín Riquelme, y yo no sabía qué contestar.

Allí, en la escena, en alto, en el tablado, aumentaban mi confusión el centenar de cabezas, con sus correspondientes pares de oídos y de ojos que en mí estaban fijos, desde los del Sr. Jefe Político hasta los de las bellas jovencitas y orondas mamás. Hubiera deseado que la tierra me tragase. La vergüenza me tiñó el rostro como una remolacha; viniéronme irresistibles pujos de llorar; y para que no me viesen me volví de espalda. En cuyo momento, al ver el caballete y la pizarra, libre de la fascinación de tantos ojos, tomando curso de energía la desesperación, me sugirió una idea salvadora. Cogí la tiza; y escribiendo con gran rapidez en el encerado letras y signos, acá y allá mezclados con $+$ y $-$ y \times y $:$ y x , manteniendo para con los brazos impedir al público la lectura y borrándola luego de repente, me volví con descaro a D. Joaquín y al público auditorio ilustre, como dando por terminada la faena.

D. Joaquín me miró absorto y me hizo la pregunta de Geometría, por ver si con ella salía más o menos disparatadamente. Pero una vez hecho el camino, ya no me paré en barras. Tracé un triángulo en la pizarra, le puse una letra en cada

pico... ¡y allí fue de ver el barajar del ángulo abc con el ángulo bca ! Y a todo esto, escribe que te escribe y charla que te charla en algarabía o bernardinas que dejaron atónito al público y al mismo D. Joaquín, quien puso término al sainete subiendo y bajando la cabeza.

Ello fue que, *premio* no, pero obtuve la nota de *bueno* en Matemáticas. El público no me hizo justicia, ni menos los maestros, pero sí los escolares. Tenía entre ellos bastantes amigos y admiradores; gozaba de buena reputación entre los neutros, que siempre componen la mayoría de toda colectividad; pero tenía también mis émulos y tal cual enemigo. Alguno hubo de oír que un señor gordo decía al Padre Mora durante mi examen:

—Ese muchacho parece de provecho.

Y que el Padre Mora le contestó:

—Es un filósofo, y además hace octavas reales.

Con lo cual se agotó la paciencia de mi émulo y fue a desahogarse entre sus colegas, haciendo los justos comentarios de mi osadía desvergonzada en el examen de Matemáticas, y concluyendo todos por decir que yo era un purísimo far-sante.

La frase resultaba dura; pero, como expresión de la verdad, no dejó de imprimir su huella en el ánimo de los neutros y rebajar el concepto en que me tenían. No hay mejor juez de los estudiantes que sus compañeros.

No por descargo de mis culpas: desde las primeras páginas de los presentes apuntes vengo confesando mi ingénita ineptitud para las ciencias exactas y otras muchas; es una desgracia que deploro; no es culpa del ciego el no ver, que hartó lo siente. Pero yo digo: si los exámenes son una mera y pura farsa, forzando a hacer papel en ella, ¿qué hice más que extremar los grados de la farsa misma?

¡Ah! No se diga que los exámenes de hogaño son muy otros que los descritos de antaño. Ya demostraré más adelante que los exámenes actuales de preguntas por papeletas sacadas a la

suerte, resultan más farsa todavía; y sobre farsantes, absurdos; y sobre absurdos, necios; y sobre necios, inhumanos e injustos.

LXXXIX

* ¿Qué es estudiar?

Si por *estudiar* se entiende grabar en la memoria las hojas impresas de un libro, como las graba en un pliego de papel la prensa tipográfica, para leerlo allí dentro de los sesos con la exactitud que se encuentra en el mismo libro; si por *estudiar* se entiende guardar los signos fonéticos del maestro o sus mismas ideas en la caja del cráneo, como se guarda la ropa en el cajón de una cómoda, para vestirla cuando llega la ocasión, entonces... ¡yo no estudié ni aprendí cosa alguna!

Si por *estudiar* se entiende adquirir algún conocimiento, dar con la clave oportuna para su examen, desenvolver la atención, ensayarla en observar y comparar, despertar el juicio, valorar las cosas y sus fenómenos, seriar éstos, diferenciar las causas de sus efectos, inducir lo desconocido por lo conocido, aprender a ver lo exterior y formar juicio y adquirir conocimiento de cosas y personas, y verse uno mismo interiormente y adquirir conciencia propia, entonces... ¡no dejé yo de estudiar en el Colegio de San Pedro!

FEDERICO RUBIO

FIN DE LA PRIMERA PARTE

PROBLEMAS Y LECTURAS⁽¹⁾

La publicomanía.

Naufragio de obras y autores.

Horas inciertas corren para las formas literarias, para las manifestaciones del pensamiento. Los ídolos se van, y entre las dudas y nieblas que nos rodean, no se distinguen las formas de los que vendrán á substituirlos. Las obras de los grandes maestros que suscitaban otrora tantas polémicas y tempesta-

(1) Bajo este título aparecerá en breve, editado por la «Biblioteca de Derecho y de Ciencias Sociales, de Victoriano Suárez, un tomo de más de 500 páginas, del que es autor Aníbal Latino, pseudónimo que ha logrado acreditar en la República Argentina y en otros países de la América del Sud, un escritor oriundo de Italia, y establecido desde hace muchos años en Buenos Aires, donde logró distinguirse en el periodismo, llegando a desempeñar los más altos puestos de la prensa bonaerense.

La nueva obra de Aníbal Latino—pues ha publicado otras muy apreciables anteriormente,—consta de cuatro partes, y (como se verá por los títulos que consignamos en seguida) aborda en ellos los temas más variados y más interesantes.

La primera parte, titulada *Problemas del siglo XX*, comprende los siguientes capítulos o estudios:

La publicomanía: Naufragio de obras y autores;

Las luchas económicas y los armamentos;

La preparación de la juventud y las carreras que deben darse a los hijos;

des, pasan casi inadvertidas; ya no se apasionan ni se acaloran los ánimos por el romanticismo o por el naturalismo; ya no existen escuelas con brillantes cohortes de secuaces ardientes, dispuestos por un quítame allá esas pajas a romper lanzas

Efectos terribles de una guerra futura;
 Peregrinos y peregrinaciones.—El problema religioso;
 Los pueblos que triunfan;
 Roma y sus transformaciones;
 El espíritu nacional y el cosmopolitismo;
 La edad de los hombres públicos;
 Estudios y exámenes;
 Los efectos de la apertura del canal de Panamá;
 Las guerras a grandes distancias;
 Los gustos teatrales del público;
 La popularidad de algunos escritores y hombres públicos;
 El presente y el futuro.

La segunda parte se refiere á *La República Argentina y su gran capital*, y contiene los siguientes estudios:

La nacionalidad de los escritores;
 España y la República Argentina;
 Los hijos de los extranjeros;
 Algunos juicios sobre el pueblo argentino;
 Los progresos de Buenos Aires.—Edilicia y periodismo;
 Originalidad e imitación;
 La emigración italiana y sus críticos y panegiristas;
 Por las colonias;
 Arquitectura y escultura;
 La cadena de los Andes;
 Errores económicos.

La tercera parte, titulada *Notas de viaje*, contiene consideraciones sobre Gibraltar; habla de Cataluña, de los catalanes y de la literatura catalana; refiere impresiones sobre Galicia, la Suiza, la Liguria; sobre los americanos en Europa, y sobre la travesía del Océano.

En la cuarta parte están incluidos, bajo la denominación de *Escritos diversos*, algunos capítulos de amena lectura, y una pequeña novela, titulada *Sin Patria*, cuyo argumento envuelve un problema social de la mayor importancia.

Los capítulos que aquí publicamos han de formar parte del libro que, como dejamos dicho, tiene en prensa el ilustre escritor, el cual, aunque nacido en Italia, maneja la pluma como un castellano.

en defensa de sus obras favoritas, como los caballeros de la Edad Media las rompían en defensa de sus damas. Unas veces es un autor ruso, como Tolstoy, el que se impone a las preferencias de todos los públicos, o un autor polaco, como Sienkewicz, o un autor inglés, alemán o norteamericano: las obras poderosas de Zola, con su insuperable poder descriptivo; las obras delicadas de Bourget y de otros autores tendrán siempre numerosos lectores y partidarios; pero es bien evidente que ya no llenan los anhelos de los grandes públicos, que han perdido una parte de la popularidad de que antes habían disfrutado. Los gustos se han modificado, las tendencias son diversas, las aspiraciones son complejas y contradictorias. Se desean creaciones nuevas, raras, impresionantes, sin que se sepa a punto fijo cómo han de ser, qué condiciones han de reunir. Sucede en literatura algo análogo a lo que sucede en la vida política y económica de los pueblos: nunca satisface lo que se tiene, se anhela siempre algo mejor, se camina hacia una meta que nunca se alcanza.

En medio de tantas incertidumbres y sentimientos difíciles de precisar y satisfacer, llama la atención la enorme cantidad de libros que se publican en todos los generos, sobre todas las materias. ¿Quién no ha pensado con terror en lo que tendrán que llegar a ser las bibliotecas y las librerías dentro de un siglo, si todas las obras que hoy alcanzan elogios, y son tenidas por importantes y dan renombre a sus autores, sobreviviesen? Si ya hoy día la ilustración es tan difícil, si la instrucción de los niños y de los jóvenes resulta cada vez más complicada por las numerosas obras que existen en todos los ramos del saber, sin contar los progresos de las ciencias, y la acumulación de la historia de las grandes naciones, ¿qué sucederá dentro de cien o doscientos años, cuando centenares de miles de libros nuevos se habrán agregado a los existentes?

Ahora mismo no bastaría la vida de un hombre, por larga que fuese, para leer las obras de los clásicos griegos y latinos y las grandes producciones literarias de Europa desde el siglo xiv

hasta la fecha, ni menos para leer todas las novelas de alguna importancia que se han escrito en los siglos XVIII, XIX y XX. Empero, para bien de nuestros descendientes, el manto del olvido caerá piadosamente sobre un gran número de obras que han tenido sus horas y hasta sus años de popularidad, como caerá sobre muchos nombres que hoy corren de boca en boca. El polvo de las bibliotecas será el sudario de las reputaciones usurpadas y de las creaciones que se han levantado explotando circunstancias, tendencias y pasiones de un día, o que la moda ha logrado exagerar con sus artificios y sus caprichos. Apenas si alguno que otro ejemplar de innumerables novelas, memorias, dramas, comedias, colecciones poéticas, libros de crítica, de viajes, de historia, de filosofía, de ciencias económicas, quedará como muestra en esas arcas de Noé de la inteligencia, que se llaman bibliotecas, para dar una idea de la actividad tipográfica y de la exuberante producción de nuestros tiempos. Aun así será preciso que los venideros, para orientarse y hacer lugar a las nuevas obras que irán apareciendo, quemen montañas de libros y folletos, hagan autos de fe bibliográficos, como se hacen escombros de edificios que fueron vistosos y que desempeñaron brillante papel durante largas décadas, muchos durante siglos enteros. Las obras filosóficas, las metafísicas, que han dado tanta reputación a sus autores, serán las primeras en ser olvidadas, porque, como dice un popular escritor italiano, «las especulaciones filosóficas y ontológicas, que cada cual interpreta de una manera distinta, son estériles y tristes como los amores solitarios»; y lo mismo sucederá con las obras de crítica e interpretación histórica, con las sociológicas y con las de economía política, cuyo móvil primordial es corregirse unas a otras y sentar teorías novedosas, que a nada conducen y que no se tienen en cuenta para nada en la vida y desarrollo de los individuos y de las sociedades.

Algunos escritores han previsto esta obra destructora del tiempo. En Abril de 1892, Piérre Loti, al hacer el elogio de Octavio Feuillet, terminaba el discurso de recepción en la Aca-

demia francesa con las palabras siguientes: «Yo pienso con melancolía en ese gran silencio que va a caer inevitablemente sobre él (aludía á Feuillet) al término de esta jornada, hasta que llegue el juicio del futuro... ¡Oh!, no entiendo referirme a un futuro muy lejano; ¿quién se atreve a pensar en él? Se comprende que las obras antiguas hayan atravesado grandes espacios de tiempo; pero nuestras obras modernas pasarán pronto... No, yo me refiero a un futuro cercano, al de mañana que llega, al siglo nuevo que se aproxima. Ese misterioso siglo xx mirará pronto en el nuestro para buscar en él lo que haya de verdadero mérito. Toda nuestra literatura, por la cual tanto nos afanamos, va a pasar por ese crisol de los años que deja caer en el vacío sin fondo las cosas pequeñas, las obras impersonales, triviales, ligeras, hechas a fuerza de habilidad, para guardar solamente las que valen...»

¿Qué quedará, en efecto, de las producciones de tantos autores que hoy nos son familiares? Dentro de un siglo, probablemente, muchos nombres sonarán tan extraños al oído, no del vulgo, que los ignorará completamente, sino de la gente de letras, como ya a nosotros nos suenan muchos de fines del siglo xviii y de la primera mitad del siglo xix.

Pero esto no impedirá que, aun después de la selección despiadada hecha por el tiempo, sea imposible conocer todas las grandes obras de las literaturas de Europa y América. Esto es imposible hoy mismo. ¿Quién puede envanecerse de conocer a fondo todos los clásicos de su propio país, tratándose de los países de historia literaria ya antigua? ¿No se forman acaso en cada uno de ellos, especialistas en tales o cuales estudios, según la índole de lo que tratan con preferencia? ¿Qué sabemos de muchos escritores de mérito que figuran en primera línea en Alemania, Inglaterra, Rusia, Estados Unidos, Dinamarca, Holanda, Austria-Hungría, Grecia, Turquía, Servia, Bulgaria y Rumanía, como no sean las referencias vagas de algunos críticos o eruditos, o lo que se nos dice en ciertas traducciones, de cuya exactitud no es posible cerciorarse? Habrá que recurrir a

los extractos, como se ha recurrido a las miniaturas, a las pequeñas reproducciones, para divulgar el conocimiento de los mejores cuadros de los grandes pintores; habrá que inventar métodos especiales para que los estudiosos puedan tener una idea de las grandes producciones literarias de otros países y de otros tiempos, sin necesidad de leerlas, o será preciso limitar el campo de la instrucción para no perder en intensidad lo que se gane en dilatación, como hoy mismo sucede, para no multiplicar esas masas de individuos forrados de nombres que saben un poco de todo, que han leído un poco de todo, que están llenos de nociones superficiales, pero que son incapaces de toda profundidad. Es uno de los defectos de que ya adolecen muchos hombres ilustrados de nuestras sociedades, a causa de la inmensidad de las lecturas y de la difusión de los conocimientos.

*
* *

Sin esperar el siglo XXI, sin que el tiempo haya hecho su obra justiciera, ¡qué desengaños se experimentan a veces hojeando los libros que en las ciudades de Francia y de Italia llenan las carretillas de los vendedores ambulantes o los estantes de las librerías de viejo! Las primeras obras de autores como Aureliano Scholl, Andrés Theuriet, Catulle Méndes, Claretie, Paul Alexis, Esteban Mallarmé, Jorge Rodenbach, Antonio Barrili, Capuana, Verga, Panzacchi, Rovetta, Colajanni, Mantegazza, Farina, Vassallo y de otros muchos no menos conocidos, no sólo se encuentran a vil precio, sino que se encuentran hasta los tomos con dedicatorias que los autores han regalado a los amigos o quizá a otros escritores no menos reputados.

Y sin embargo, la publicomanía crece sin cesar y se va convirtiendo en furor, en una verdadera calamidad. Sin contar el aumento incesante de las publicaciones periódicas, todo se reúne en tomos y folletos, los artículos periodísticos, los discursos, las conferencias, las lecciones que se dictan desde las cátedras, las opiniones de los diarios, las innumerables memorias e in-

formes que se escriben sobre cualquier cosa. Las novelas insulsas, los tomos de poesías sin inspiración y hasta sin sentido, menudean lastimosamente. Siendo la impresión tan barata y tan fácil, ¿quién resiste al placer de ver su nombre en letras de molde, de merecer una cita en los grandes periódicos, de ver figurar sus tomos al lado de los tomos de los grandes escritores en las vitrinas de los libreros? ¡Qué importa que llegue pronto el olvido! Se satiface la vanidad del momento, se anhela una hora de satisfacción, como las damas que gastarán una fortuna en un vestido que arrojarán quizá después de haberlo llevado un solo día, después de haber llamado la atención y causado la envidia de las damas amigas o conocidas.

Algunos escritores más listos o de mayor talento, y hasta algunos de verdadero genio, han hecho o hacen esfuerzos para anticiparse al día de mañana, para ser los precursores de lo que podría llamarse la literatura del porvenir.

Emilio Zola se había hecho intérprete de los sentimientos de la clase obrera, de las masas populares, de esas «olas que avanzan» y que habrán de dominar, según decía en una fecha no muy lejana. D'Annunzio ha buscado nuevas formas métricas, ha intentado sin éxito la resurrección del teatro clásico; Tolstoy proclamó un nuevo evangelio democrático, de cuya aplicación había de depender la felicidad de los hombres; Bourget ha desarrollado en sus novelas, tesis originales, y Edmond Rostand ha creído que su *Chanteclair* produciría una revolución en la escena; pero es bien sabido, que si los autores nombrados y algunos otros de los más célebres de nuestros tiempos, lograrán sobrevivir y escapar al olvido en que caerán muchos otros, no será por sus tentativas de innovación, ni por los esfuerzos que habrán hecho para distinguirse de los demás, sino por los méritos reales que habrán tenido como escritores y pensadores.

Mañana, como hoy y como ayer, serán siempre los grandes ingenios los que prevalezcan, serán las obras de verdadero mérito las que se impongan y sobrevivan; pero ni éstas pueden

nunca prescindir del ambiente, del momento psicológico en que aparecen, ni es menos cierto que los gustos cambian, y con ellos las formas y las condiciones de las obras literarias y teatrales. Las comedias y tragedias de Molière y Racine, las novelas de Víctor Hugo y Balzac, tienen bellezas y méritos que serán siempre apreciados, pero no llenan ya por completo las aspiraciones de los que leen, ni de los que asisten á los teatros.

Dentro de ciertos moldes y principios fundamentales, en literatura como en todo, se busca continuamente la novedad, la variedad; se anhelan impresiones nuevas, sensaciones fuertes que sacudan los nervios, que presenten bajo un aspecto desconocido y original las cosas de la vida.

¡Dichosos los autores que, al interpretar con acierto los anhelos y sentimientos de una época o al anticiparse con espíritu intuitivo a los que predominarán en una época futura, pueden poner en sus obras el sello de su genio, esa parte de humano, de universal que necesitan para ser duraderas, para librarse de la muerte! Esos que se llaman Homero, Virgilio, Dante, Cervantes, Shakespeare o Víctor Hugo, son como esas construcciones de mármol y piedra que resisten los embates del tiempo, como las columnas y los arcos del Foro Romano. Las obras que, sin dejar de tener algunas cualidades, sólo responden a circunstancias momentáneas, a condiciones y exigencias de un período determinado, son como esas construcciones, no pocas veces bonitas y vistosas, que se levantan con motivo de las exposiciones universales: duran más o menos tiempo y desaparecen después de haber llenado su misión.

Gracias a ese afán de renovación, a esos cambios en los gustos que crean modas y tendencias literarias y teatrales y dan a cada período un carácter peculiar, se seguirán escribiendo dramas y comedias, publicando poesías y novelas, historias y descripciones. Si así no fuese, habría que cesar ahora mismo toda publicación, pues no hay género que no cuente con miles de obras, no hay manifestación alguna que no haya

sido representada en sus diversos aspectos por ingenios brillantes.

El afán de novedades, de impresiones raras, fuertes, originales, imprevistas, nunca ha sido tan grande como en nuestros tiempos. De aquí que en el teatro se corra con impaciencia de Sardou a Ibsen, de Rostand a Sudermann y Hauptmann, y en la novela se busquen los autores exóticos para volver de vez en cuando a los maestros, a los autores favoritos de la propia nación, y especialmente a los franceses.

¿Cuáles serán los gustos, las necesidades, las modas de mañana? ¿Qué nuevas formas asumirán los principales géneros literarios? ¿Qué se inventará para concentrar la atención y despertar interés? La orientación es difícil y no cabe en un breve artículo investigación tan compleja. Pero es indudable que la novela en su forma usual de estudios sociales por medio de intrigas bñrdadas alrededor de una pasión, ha hecho su tiempo y ha de sufrir modificaciones de importancia. Lo prueba la fácil popularidad adquirida a su aparición por *Quo Vadis* y la fruición con que se acoge toda obra del género que se aparta del camino trillado, las de algunos autores rusos, ingleses y alemanes. No es fácil decir si será la novela histórica o la novela científica la que subentre a la novela social: es probable que a la ciencia le esté reservado un puesto importante en la literatura de lo porvenir, ya que hasta ahora sólo ha sido aprovechada hábilmente por Julio Verne. Es probable también que escritores de gran vuelo logren interesar y conmover con obras en que actúen determinadas clases sociales o gremios determinados de trabajadores o empleados, sin necesidad de dar a la mujer, como se ha hecho hasta ahora, un papel preponderante, ni recurrir a los artificios de las fuertes pasiones amorosas.

La historia, la política, las finanzas, la vida económica de los pueblos, se prestarán más que nunca a obras grandiosas y profundas que anulen la admiración exagerada que aún se siente y las citas abusivas que aún se hacen de las obras de Ma-

quiavelo, Montesquieu y Rousseau; en cambio, la poesía va perdiendo cada vez más terreno, y sólo grandes poetas podrán levantarla de vez en cuando y hacerla brillar con el antiguo esplendor.

Dos hechos resultarán también infaliblemente, como consecuencia de los progresos realizados en todos los ramos del saber y de las obras de mérito que se habrán acumulado; son los siguientes: primero, que será cada vez más difícil distinguirse y sobresalir, y que un escritor que publique dentro de un siglo novelas que alcancen, por ejemplo, la popularidad que tuvieron las novelas de Zola y Daudet, y tengan los méritos que éstas tienen, habrá de poseer un ingenio muy superior al que tenían aquellos escritores; y segundo, que la instrucción de la juventud será cada día más difícil y embrollada, si no se encuentran los medios de poner orden en el caos que van produciendo los innumerables libros que se publican, y que, hasta por su ínfimo precio, tentarán la curiosidad de los jóvenes. Tal vez, la especialización de las materias y la condenación de lo enciclopédico, logre salvar en parte el inconveniente.

Arquitectura y escultura.

La arquitectura, en sus variadísimas formas, constituye uno de los exponentes del vigor, de la riqueza, de las capacidades y energías de los pueblos. Viene a ser en el orden material lo que los libros de mérito y los inventos son en el orden literario y científico. Las grandes construcciones forman lo que podría llamarse la literatura plástica de cada pueblo: expresan con piedras y ladrillos o con armazones metálicas las ideas predominantes en una época dada, la labor de una o más generaciones.

Las grandes obras arquitectónicas suscitan la admiración de los pueblos, tanto como las grandes creaciones de la inteligencia. La Acrópolis de Atenas ha contribuido tanto como

los poemas de Homero a mantener vivo el recuerdo de la Grecia antigua y de su genio inmortal; el Panteón de Agripa, el Coliseo, los restos y las ruinas de las grandes construcciones romanas que atraen peregrinaciones inacabables de todos los puntos del planeta, se imponen a la atención de los pueblos modernos casi tanto como las leyes famosas y las obras de los grandes escritores, sobre todo porque se reconoce allí todavía la grandeza colosal del pueblo-rey, y porque, como ha dicho un gran escritor, «flota sobre los monumentos romanos el océano invisible de un espíritu universal, asimilador, que tiene de Grecia la armonía, de Asia la magnitud, rebosando realmente en la tierra y en la Historia, sin tocar a un ideal, que irá más tarde a perderse entre los misterios y los arreboles del cielo, medio luz, medio sombra».

Los pueblos que no han tenido arquitectura, que no han dejado rastro de su cultura, de su laboriosidad y de su gusto, han sido completamente olvidados, no han merecido la consideración de los venideros. Por las Pirámides se piensa todavía en los antiguos egipcios, y no se piensa en muchos otros pueblos de Asia y de Africa que han alcanzado quizá mayor grado de civilización, como los fenicios y los cartagineses, pero que han dejado menores vestigios de su existencia.

La arquitectura, a la que hay que agregar la escultura que la complementa y la embellece, influye hoy también poderosamente en el concepto que cada pueblo se forma de los demás. Cuando se llega a una ciudad desconocida, lo primero que salta a la vista y se impone a la atención son las construcciones urbanas, que concurren más que las gentes y las costumbres, más que los hoteles y los atractivos que después se encuentren, a formar nuestras primeras impresiones. Y podéis estar seguros de que si éstas son desfavorables, por la estrechez de las calles o la fealdad de los edificios, será muy difícil que se logre modificarlas, aunque se nos brinden toda clase de halagos y comodidades.

De los arcos, columnas y muros de los grandes edificios,

como de las estatuas y de los monumentos, se desprenden para el viajero observador ideas y sentimientos que revelan un aspecto, una cualidad, una virtud o un vicio del pueblo al cual pertenecen. Las obras maestras de la pintura son admirables también y sirven de deleite al espíritu; pero hay que ir a buscarlas a horas determinadas en galerías y museos, mientras las obras escultóricas y arquitectónicas se ofrecen a todas horas en espectáculo permanente, desempeñando un papel más trascendental y ejerciendo una influencia más continuada y más profunda. Y no bastan las obras antiguas, los templos magníficos, los palacios de estilo, como los que abundan en las ciudades de Italia y de España, para satisfacer los anhelos de los habitantes e imponerse a la atención de los extraños: se quieren también las obras modernas, las estatuas de los hombres ilustres, los monumentos conmemorativos, los edificios elegantes y esbeltos que reúnen la comodidad a la solidez, las fuentes colosales, los paseos y los jardines, las perspectivas lejanas y las arboledas frondosas, todo lo que pueda halagar la vista, ensanchar los pulmones, hacer agradable la vida.

Se irá a contemplar en Roma por algún tiempo las ruinas que revelan el espíritu de un pueblo colosal, o bien los templos que hablan del genio y de la actividad del cristianismo; se irá a ver en Venecia, junto con la iglesia de San Marcos, de arquitectura oriental, los edificios llenos de cinceladuras y esmaltes, levantados en medio de las aguas, amoldando con feliz combinación las influencias externas a las peculiaridades históricas y topográficas; se irá a admirar los edificios de estilo árabe en España y las maravillas del arte gótico en Milán y Colonia, pero se irá a vivir a París o a Viena, a Berlín o a Londres, a Turín o a Barcelona, es decir, a las ciudades modernas, a las que reúnan mayores comodidades y que mejor se amolden a los dictados de la higiene y a las nuevas exigencias de la vida.

He aquí por qué son siempre plausibles las grandes obras públicas, las que están llamadas a perdurar en el tiempo, como sin duda las aplauden todos los que aman el país en que han

nacido, el país en que viven. Nada dará a los venideros una idea más exacta del valer de los hombres de esta generación que los grandes edificios construídos o en construcción, los ferrocarriles, puertos, canales, puentes, viaductos, que en la Argentina, como en los pueblos más adelantados, se van multiplicando para responder a necesidades crecientes de la vida nacional.

Suele afirmarse que, bajo algunos conceptos, los pueblos modernos están en decadencia y que no tienen las energías de los antiguos, porque no levantan templos costosísimos como los de San Pedro y San Juan de Letrán, en Roma; ni palacios de piedra como los de Pitti y del Louvre; ni residencias vastísimas y sorprendentes como las de Versalles y Fontainebleau; pero el cargo no puede ser más injusto. ¿Acaso los túneles que van horadando los Alpes en todas direcciones no son tan dignos de admiración como los mejores monumentos de la arquitectura de todos los tiempos y de todos los estilos? Serán menos artísticos por su índole, pero como obras de ingeniería y arquitectura, son más difíciles y más dignos de admiración que los edificios y monumentos clásicos de otros siglos.

Lo que hay es que cada época tiene su misión y sus caracteres propios. Estamos atravesando un período de transformación en que el hierro va substituyendo a la piedra, como lo útil y práctico substituye a lo espiritual y contemplativo. Empero, para que una obra de arquitectura resulte admirable, no es menester que responda a uno de los estilos de que hablan las historias del arte: el perfeccionamiento de los materiales y su fácil manejo ha abierto a los arquitectos nuevos horizontes, que permitirán a los que tienen ingenio imprimir a sus trabajos rumbos completamente distintos de los que han prevalecido en otras edades. Y cuenta que no se pretende con esto invadir el campo de la ingeniería, tan vasto como científico, pero que tiene atingencias forzosas y frecuentes con la arquitectura propiamente dicha.

Creo que los miles de edificios que se van levantando en

Buenos Aires, los más de ellos vistosos, a veces elegantes, pero en general abigarrados, sin carácter, sin estilo, de adornos llamativos y superficiales, que tienen por objeto disfrazar la economía y la especulación que guían a los constructores, responden bien al carácter de la época presente, vago, incoloro, utilitario, sin altos ideales; reflejan bien la composición cosmopolita de la población, confusa e indefinible, movida por el resorte de las ganancias y de los placeres, y entregada a una labor cada vez más ardua y más intensa, como lo requieren las necesidades del momento. La edificación revela las condiciones del ambiente, como las construcciones metálicas de diez, veinte y más pisos que se levantan en Nueva York, Chicago y otras ciudades de los Estados Unidos, son un reflejo del carácter y de las dotes peculiares del pueblo norteamericano, fuerte, atrevido, utilitario, menospreciador de peligros, pero al mismo tiempo prosaico, sin gusto artístico, incapaz de hacer el menor sacrificio a una idea de elegancia o de belleza. Esas enormes construcciones metálicas envuelven también una idea de algo inmenso, colosal, sorprendente, como lo es la riqueza, la extensión, la población de la gran República.

Lo que digo de la arquitectura bonaerense, tal vez no podría aplicarse a la escultura, porque las principales obras no son ejecutadas por artistas argentinos, sino por extranjeros de mucho mérito, sin duda, pero que no pueden pensar ni sentir como los argentinos, porque no han aprendido a conocer en las obras nacionales y en el trato de las gentes, las peculiaridades de los hombres y de los hechos que deben representar. Así que los venideros se hallarán perplejos y no sabrán qué juicio deben aplicar a los monumentos que se habrán levantado en este período. Por mi parte opino que la escultura, como la pintura, deben tener el mismo carácter nacional que va teniendo la arquitectura, por más que intervengan en ella hombres y materiales de todas las procedencias. A cualquiera se le ocurre pensar que son los artistas nacionales los que deben formar el arte argentino, no los franceses, los italianos o los es-

pañoles. Pero si bien en los concursos que se celebran y en las compras y encargos que efectúan los gobiernos y las municipalidades, intervienen artistas nacionales, se va demostrando tan poco acierto en la elección de ciertas obras y en su colocación, es tan dudoso el gusto con que se hacen ciertas adquisiciones, se reciben de Europa tales adefesios, que mucho es de temer que las obras escultóricas que se levantan en la actualidad den a los venideros, no obstante su factura completamente extraña y las firmas exóticas que llevan al pie, una idea más pobre, tal vez, de la que merecen por su capacidad y sus aptitudes los artistas argentinos.

De todas maneras, desde el punto de vista del trabajo y de la iniciativa, los hombres públicos argentinos llenan bien su misión, a tal punto, que la generación actual se impondrá a la admiración de las venideras por las obras de interés general y de utilidad práctica que se habrán levantado en el corto período de algunos años. Si no habrá monumentos grandiosos genuinamente nacionales, ni obras escultóricas de gran mérito, habrá puertos, ferrocarriles, canales, puentes que prestarán valiosísimos servicios. Sólo es de augurar que algunas de estas obras, invariablemente confiadas también a empresas o empresarios extranjeros, se hagan con más solidez y con menos apresuramiento, para que cuando llegue el momento de la gratitud y admiración de los venideros, no estén ya convertidas en ruinas y en la imposibilidad de seguir prestando los servicios que aconsejaron su construcción.

La cadena de los Andes.

Ignoro por qué razón no existe hace tiempo en la República Argentina un club andino a imitación del club alpino que existe en Italia, con numerosas ramificaciones, y al cual pertenecen jóvenes de la mejor sociedad, hombres ilustres en la política, en las ciencias, en las letras y en las artes. No sé ex-

plicarme tampoco por qué no se realizan anualmente excursiones a las principales montañas, como las que con tanta frecuencia se organizan en Europa a las cimas más altas y escabrosas de los Alpes, que ya no tienen para muchos ningún rincón que no haya sido explorado, por difícil y peligroso que sea, arriesgando la vida cuando ha sido necesario, pero triunfando de todos los obstáculos, de todas las resistencias, como para afirmar la superioridad del hombre hasta sobre los elementos más indomables de la Naturaleza. ¿No hay quien sienta entre los argentinos la voluptuosidad, el placer de las dificultades vencidas; no hay quien experimente el deseo de poner a prueba su vigor y sus fuerzas de resistencia en largas y arriesgadas ascensiones, de contemplar esos imponentes e indescriptibles espectáculos que sólo pueden proporcionar las altas montañas cubiertas de nieve? ¿O se espera acaso que sean los extranjeros, como algunos ya lo han hecho, los que vayan a escalar las cumbres más altas, los que sucesivamente presenten la topografía exacta de la cadena andina, los que refieran las peculiaridades del Aconcagua y del Tupungato, las bellezas y las curiosidades de los valles interiores, de las hondonadas profundas, como refieren y demuestran con su trabajo la feracidad del suelo, las riquezas de las minas?

Pocos países necesitan, como la República Argentina, desarrollar el culto de la montaña, fomentar anualmente expediciones a esta o aquella cima de los Andes, porque los hombres y los jóvenes pertenecientes a las clases acomodadas, que son las únicas que pueden dedicarse a ese deporte, por los gastos que requiere, vegetan en la inactividad física, aplastadora y deprimente, entregados al exceso de los placeres o del trabajo mental, anhelando únicamente, como distracción y descanso, los viajes a Europa, es decir, la inacción y el refinamiento degeneradores y corruptores.

¿Por qué otros escritores no concurren con Joaquín González a ensalzar las montañas de la República, como han hecho miles de escritores con las montañas más altas de Europa?

Es bien sabido que los colosos de los Alpes, el Monte Blanco, el Monte Rosa, el Cervino y otros, han tenido sus héroes y sus víctimas; que las ascensiones han dado vida a una literatura amena y brillante, y han hecho la celebridad de no pocos ascensionistas. En algunas localidades se han elevado monumentos a los primeros que han logrado vencer las dificultades de los pasos creídos insuperables, como el de Saussure, en Chamounix, y se conservan, transmitiéndolas de padres a hijos, las hazañas de algunos guías, los atrevimientos increíbles de algunos *touristes*, formando tradiciones que mantienen la admiración y el culto por las montañas. Hombres ilustres, como el célebre financista Quintino Sella, algunos de los hermanos Cairoli, el mismo rey Víctor Manuel II, han sido alpinistas infatigables, como lo fueron el dramaturgo Giacosa y el escritor Edmundo de Amicis.

Este último, en brillantes artículos, en un prefacio escrito para el libro de Guido Rey, sobre el monte Cervino, y en su obra *Alle porte d'Italia*, contribuyó extraordinariamente a desarrollar la afición por las excursiones alpestres.

No acabaría si hubiese de citar los nombres de todos los ascensionistas que han adquirido alguna notoriedad, y los títulos de las principales obras que se han escrito en todos los idiomas, pero especialmente en italiano, francés, alemán e inglés, y que forman lo que podría llamarse la *literatura de la montaña*, pura y sencilla, sólida y robusta como los habitantes que viven en los valles pintorescos, como el aire que se respira en las cumbres más elevadas.

Seguramente en los valles y en las estribaciones de las cadenas andinas no existen las comodidades, los atractivos, las facilidades que brindan los Alpes intensamente poblados, llenos de vegetación hasta dos mil y tantos metros de altura, y en los que las casas, los hoteles, las vías funiculares van trepando hasta la región de los hielos y evitando la fatiga de las ascensiones.

Desde las cimas de los Andes, no es dable contemplar a lo

lejos los campos sembrados, las ciudades diseminadas, los caseríos que cubren las alturas más bajas, los chalets que hermean los sitios más pintorescos, los caminos que serpentean en los valles y en los flancos de las mismas montañas, todo ese conjunto que da indicio de vida, de población, de trabajo, y que envía hacia lo alto rumores melancólicos, llenos de atracción y de poesía.

La ascensión de los mal llamados colosos de los Alpes va siendo un juego de niños, que pueden afrontar hasta las señoritas más elegantes y más delicadas. Por eso mismo, los hombres fuertes y atrevidos, que abundan en las naciones viriles de Europa, se lanzan a empresas más arriesgadas, van a satisfacer su pasión y a poner a prueba sus fuerzas de resistencia en la cadena del Himalaya, en la ascensión de los colosos andinos o en exploraciones árticas o antárticas.

En la estación propicia, no es probable que se encuentren argentinos, ni bolivianos, ni peruanos, al pie del Aconcagua, del Sorata, del Arequipa, preparándose para emprender ascensiones; pero, de vez en cuando, se encuentra algún inglés, alemán o norteamericano, en lucha con los elementos, con los obstáculos de la Naturaleza, resueltos a vencerlos, aun a riesgo de la propia vida.

Dígase lo que se quiera sobre las cualidades y los defectos de esa raza sajona y anglo-sajona que puebla el Norte de Europa, las islas Británicas y los Estados Unidos, no es posible desconocer la originalidad de su constitución física y moral, su fibra robusta y resistente, su tenacidad y su arrojo empleados sin alardes ni aspavientos, tan comunes en los individuos de raza latina.

He tenido oportunidad de efectuar una rápida excursión a Puente del Inca, es decir, al corazón de las montañas andinas, en la línea de la más antigua comunicación con Chile, por el valle que forma desde la cumbre el río de las Cuevas, que más adelante o más abajo, según la dirección que se lleve, toma el nombre de río Mendoza.

Después de atravesar, en veinticuatro horas, por las líneas del Pacífico y del Gran Oeste, el corazón de la República Argentina, siempre envueltos en nubes de tierra, que unidas a la uniformidad y monotonía del paisaje y al traqueteo del tren, convierten la travesía en un suplicio dantesco, se toma en Mendoza el tren del ferrocarril trasandino, compuesto solamente de dos o tres coches pequeños, que después de correr cerca de una hora entre viñedos y huertas, en esa espléndida vega mendocina parecida a las de Piamonte, entra en las estribaciones de los Andes, asumiendo en seguida el paisaje esa variedad, esa sucesión de panoramas pintorescos y sorprendentes, propios de las regiones montañosas.

El tren sube continuamente, unas veces bordeando el río tormentoso, otras perdiéndolo de vista como si entrase en algún misterioso subterráneo, para encontrarlo poco después encajonado entre dos paredes de peñascos o arrimado a la base de una altura que se levanta perpendicularmente, como dispuesta a caer y obstruir el curso de las aguas y el paso de los trenes.

Los Andes presentan en todo el trayecto una gran variedad de formas y de panoramas, que en nada ceden, si no mejoran, a lo que he visto en los Alpes, los Apeninos y los Pirineos. Es un espectáculo grandioso y severo, que eleva el ánimo hacia las cosas sublimes, como las plegarias que se oyen en un templo en las solemnes funciones religiosas. Se descubren todos los relieves de las montañas, su variedad de grandes líneas curvas, violentamente cortadas, sus ángulos enormes, sus contornos grandiosamente desordenados, que dan la imagen de un lenguaje mudo, que diga cosas tremendas, que se sienten confusamente sin comprenderlas. Son colosos arquitectónicos, como los que veía Gustavo Doré en su fantasía, y que ha presentado en sus clásicas ilustraciones.

Naturalmente, que fuera de algunos arbustos y hierbas silvestres, no hay vegetación alguna en toda la cordillera en una extensión de más de 150 kilómetros, y fuera de las pequeñas y

solitarias casitas que forman las estaciones, no hay indicio de vida. Pero he observado que hay mucha tierra aprovechable, si no para cultivos, para cierta clase de árboles, y que, sin contar la pampa de Uspallata, el valle se ensancha en algunos puntos, prestándose a pequeñas explotaciones agrícolas y ganaderas. Con el tiempo irán allí los habitantes, y con ellos la vegetación, que cambiará el aspecto de los Andes, aumentando sus bellezas. ¿Quién sabe, por otra parte, las riquezas que aún están escondidas en esa inmensa cadena que ningún pie humano ha hollado todavía en innumerables puntos de sus valles profundos, de sus hondonadas peligrosas, de sus cimas más altas?

Puente del Inca, como Cacheuta, por ejemplo, está llamado a ser una estación termal por excelencia, y un lugar privilegiado para huir de los calores estivales. El famoso puente natural, con sus aguas, sus grutas, sus estalactitas, proporciona una curiosidad, una rareza no inferior en belleza a las que se ostentan en algunos parajes de Europa.

En los Andes se puede subir fácilmente mil quinientos o dos mil metros más que en los Alpes, porque el clima es menos rudo y la nieve desaparece en verano, disminuyendo los peligros y los contratiempos de las ascensiones. A la altura en que se halla Puente del Inca, por ejemplo, cerca de tres mil metros, empieza en Europa la región de las nieves y de los hielos, mientras allí se disfruta, en los meses de verano, de una temperatura agradable, que sólo en los días de temporal se vuelve cruda y molesta. Las montañas de los Alpes presentan en muchos puntos un aspecto más imponente que las de los Andes, porque se las contempla desde una elevación ínfima, a lo sumo algunos centenares de metros sobre el nivel del mar, mientras a los Andes se les ve desde elevaciones ya considerables, pues la misma ciudad de Mendoza se encuentra a cerca de ochocientos metros sobre el nivel del mar.

Cerca de Puente del Inca se puede admirar la mole enorme del Aconcagua, la reina de las cimas andinas, una de las

más altas montañas del globo, que sólo cede a las del Himalaya. A primera vista, aunque la cresta y los flancos estén cubiertos de nieve, produce una desilusión completa. Diríase que apenas se destaca unos doscientos metros sobre muchas de las montañas que la rodean. Pero a medida que se avanza y se observan los detalles y se nota por los desmoronamientos el espesor de la nieve, no menor de catorce a quince metros, y esto no en la cima, sino en los flancos, se impone a la admiración y al estupor de los excursionistas.

Pocas ascensiones se han hecho todavía al Aconcagua, y sólo se recuerdan las del profesor belga Gusfeld, en 1883, que no pudo llegar a la cima; la del inglés Fitzgerald, acompañado del guía Matías Zurbriggen, en 1897, considerada como la primera, y la de Reginald Rankin, inglés también, efectuada en Diciembre de 1902, y que, obstinado en llegar a la cumbre contra el consejo de los guías que lo acompañaban, fué sorprendido por un temporal de nieve y recogido casi helado al día siguiente, teniendo que sufrir la amputación de los dedos de los pies.

Pero en lo sucesivo, las ascensiones serán más frecuentes, pues hay guías prácticos que se ofrecen a acompañar a los que quieran intentar la hazaña, y han de ir de Europa o Norte-América los aficionados robustos y decididos que han de llevarlas a cabo. Cualquiera día se publicará una descripción completa de la célebre montaña, llena de vistas y de relatos impresionantes.

Será sensible que entre los primeros dominadores del Aconcagua y de las cumbres más altas de los Andes no figuren argentinos. Es ya tiempo de fomentar ese noble entretenimiento que en muchos se convierte en pasión, que ojalá llegue a dominar a la juventud dorada de la gran capital sud-americana, alejándola del juego e impulsándola a ideales más elevados y más dignos de los pueblos viriles. Debería organizarse allí un club andino nacional o asociaciones de excursionistas, y efectuar cada año una o varias expediciones a los picos más

elevados de la cordillera, proveyéndose de los elementos que sean necesarios para asegurar su éxito.

Sin exigir los gastos ni exponer a los peligros de los viajes polares, esas expediciones serán útiles y saludables, y adquirirán en más de un caso resonancia universal.

ANÍBAL LATINO

LA AMÉRICA MODERNA

Una nueva fuente de riqueza en la Argentina y su significación para España. El algodón. Consumo mundial progresivo. Zonas algodonerías argentinas. Producción media por hectárea. Rentabilidad de este cultivo. Manera de contrarrestar la concurrencia algodonería norteamericana por los argentinos en España.—La ingeniería y la literatura sobre el Chaco fabuloso. La penetración civilizadora. Aún dinero y hombres.—El Código penal de Costa Rica. Una crítica positivista.—Lope de Rueda y su teatro. Críticos españoles, alemanes y cubanos.

La producción algodonería de la Argentina puede reemplazar a la producción de los Estados Unidos que abastece a la industria textil española. Recientemente lo ha afirmado así el Dr. B. Pont, en una conferencia dada en la Casa de América, en Barcelona.

Las ventajas inmediatas para la industria textil española serían el alejar todo peligro de crisis del trabajo en el caso en que los Estados Unidos llegasen a establecer grandes filaturas. Los Estados Unidos no podrán suministrar el algodón necesario, dada la creciente demanda de este producto; el algodón de la India es malo y el de Egipto es insuficiente. Los demás países productores de algodón no pueden ser tenidos en cuenta como centros abastecedores del consumo mundial.

La demanda de algodón es cada día más grande, dado el crecimiento de la riqueza que aumenta la capacidad de compra en la población, y la colonización que, al llevar la civilización

a nuevos territorios, convierte a los naturales en nuevos demandantes de los productos de algodón. El ejemplo de Dakar (Senegal) es bien claro: hace pocos años, los naturales andaban desnudos, y ahora ya van vestidos con ropas de algodón de colores.

Los centros productores que hoy abastecen a los mercados consumidores, como sucede con los Estados Unidos, dejarán de exportar y destinarán toda su producción al consumo nacional.

Según los resultados de las estadísticas hechas por Jurascheck, publicadas en el Diccionario de Conrad (*Handvörterbush der Staatswissenschaften*), el consumo de algodón en el mundo es el siguiente:

PAÍSES	Consumo de algodón.		
	1901 - 1905	1896 - 1900	1891 - 1895
	Mill. Kg.	Mill. Kg.	Mill. Kg.
Gran Bretaña é Irlanda.....	751,40	715,72	694,56
Estados Unidos de América.....	983,90	756,22	625,93
Suiza.....	23,30	23,28	23,57
Bélgica.....	43,67	36,10	29,27
Alemania.....	361,70	302,32	252,38
Canadá.....	28,70	23,72	20,00
Francia.....	194,77	166,32	153,73
Italia.....	144,65	119,05	88,47
España.....	78,06	70,66	64,06
Países Bajos.....	21,36	13,65	11,96
Suecia.....	17,88	16,70	14,15
Austria-Hungría.....	151,30	128,15	112,78
Portugal.....	14,18	14,05	9,77
Rusia.....	300,00	250,00	180,00
Finlandia.....	5,80	6,04	4,36
Grecia.....	5,00	4,70	0,53
India.....	372,00	280,00	210,00
Dinamarca.....	3,42	1,98	0,39
Noruega.....	2,82	2,75	2,58
Bulgaria.....	1,53	0,54	0,33
Rumanía.....	0,82	0,61	0,60
Servia.....	0,10	0,16	0,34
<i>Suma</i>	3,506,36	2.932,72	2.499,76

Como el consumo del algodón fue en los mismos países, excepto para la India, para los años de 1871-75 de 1.277 millones de kilogramos, y para 1901-1905 de 3.134 millones de kilogramos, resulta que para los últimos treinta y cinco años el aumento alcanzó la enorme suma de 1.860 millones de kilogramos, y para cada uno de los quinquenios un aumento de 159-300 millones de kilogramos.

Entre los países productores de algodón no se ha estimado la Argentina. En este país se ha desenvuelto la producción del algodón de tal suerte, que hace esperar un gran porvenir. En una extensión de 353.594 kilómetros cuadrados, que viene a representar las tres cuartas partes del territorio español, y que comprenden la provincia de Corrientes, los territorios nacionales del Chaco, Formosa y Misiones, con una población de 412.355 habitantes, se cultiva el algodón, cuya muestra fue presentada en Barcelona en una extensión de 2.216 hectáreas, pudiéndose añadir, según el Dr. Pont, a la zona de cultivo 549.079 kilómetros cuadrados de Santiago de Estero, La Rioja, Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy, lo que constituiría una zona de extensión doble de la total de España, que equivaldría a la mitad de la zona algodонера de los Estados Unidos.

Esta clase de cultivo no es nuevo en la Argentina. Cuando los jesuitas tenían vastas propiedades en el Sur de América cultivaron el algodón. En Corrientes, Misiones y Chaco, el algodón es indígena. El desarrollo de las comunicaciones es un poderoso estímulo para el desenvolvimiento del cultivo algodnero, y si se tiene en cuenta que las condiciones del clima favorecen tal producción, es de esperar que en breve la producción argentina éntre en vías de gran desarrollo.

La calidad del algodón argentino que se ha exhibido en Barcelona, se ha aceptado como buena y superior a muchas clases, menos al preferido del Egipto. Este algodón argentino procede de una excelente zona algodонера, constituída por Corrientes y el Chaco austral, situada al N. E. de la Argentina, rodeada por tres grandes ríos: Alto Paraná, Paraná y Uru-

guay, y es fronteriza de las Repúblicas del Paraguay, Brasil y Oriental, y está diagonalmente atravesada por el grandioso lago Iberá.

El Dr. Pont, comparando los precios actuales del algodón con los gastos actuales de producción, llega a afirmar que tal cultivo puede ser el más remunerador, porque dejaría un beneficio neto de 500 francos por hectárea, sin el aprovechamiento de las industrias derivadas. El producto medio por hectárea es de 1.500 kilos, y en los Estados Unidos sólo llega a 1.300. La tierra no exige abonos ni regadío, y los salarios de los trabajadores resultan más baratos que en los Estados Unidos. El kilo de algodón argentino cuesta de recolectar de 4 a 5 centavos, y el norteamericano 9,13 centavos. La dificultad que por ahora se presenta para que el algodón argentino pueda competir en España con el de los Estados Unidos, está en que los fletes de la Argentina a España son más caros que los fletes de los Estados Unidos; pero hay que tener en cuenta la mayor baratura del producto argentino y la posible rebaja de los fletes con el aumento de la exportación.

Las informaciones del Dr. Pont están confirmadas por escritores que han hecho estudios de indudable valor sobre la Argentina: Albert B. Martínez y Maurice Lewandowski, en su obra *L'Argentine au XX^e siècle* (París, 1909) (1), señalan también los territorios del Chaco, Formosa y Misiones, como los más indicados para el cultivo del algodón, dadas sus condiciones climatológicas y la composición de sus tierras.

El algodón es indígena de las islas o regiones marítimas de los trópicos; la región geográfica del cultivo se distribuye a ambos lados del Ecuador, hasta los 40° de latitud al N. y hacia el S. hasta los 30°; más allá de los 35° o 40° no se cultiva, a pesar de su probable adaptación. Apenas puede sufrir los calores excesivos durante el verano, y en el invierno los días de

(1) Véase también *La culture des plantes industrielles dans la République Argentine*, por Carlos D. Girola.

temperatura muy baja llegan a interrumpir sus funciones orgánicas. La atmósfera indicada es la caliente y húmeda; pero la humedad no ha de ser en grado excesivo, porque en tal caso, su crecimiento es demasiado rápido. Todas estas condiciones favorables se dan en los territorios argentinos antes mencionados.

Con la expulsión de los jesuitas se perdió el cultivo, que no volvió a reanudarse hasta que en 1894 se hicieron algunos ensayos en el territorio de Formosa, utilizando las variedades «Louisiana» y «Sea Island», traídas de los Estados Unidos. El resultado fue excelente. En diversas colonias fundadas en Chaco, casi exclusivamente algodonerías, había en 1904, 5.500 hectáreas dedicadas al cultivo de este arbusto. El Chaco es un centro algodonerío por excelencia, no solamente por la extensión de la superficie cultivada, sino también por la cantidad de fibras que anualmente cosecha, y por la importancia de su comercio con la plaza de Buenos Aires (1). Desde Marzo de 1902 a Marzo de 1904, se exportaron por el puerto de esta región, llamado Barragueras, 386.620 kilogramos de fibras y 130.378 kilogramos de semillas de algodón. Todo esto hace presagiar, como lo confiesa el material de estudio sobre este asunto, que el Chaco será una gran zona algodonería, siempre que los factores refractarios puedan ser descartados progresivamente.

El papel que desempeñará el cultivo del algodón en la economía nacional argentina se comprende teniendo en cuenta los cálculos que se hacen sobre la rentabilidad de tal cultivo.

La producción media es aún mayor que la señalada por el doctor Pont. Las tierras del Chaco, propias para este cultivo, dan un rendimiento medio, en los años favorables, de 2.000 kilogramos por hectárea, de algodón en rama, es decir, de fibra y semilla.

El precio del kilogramo oscila entre 12, 15 y 17 centavos;

(1) Fidel Maciel Pérez: *Investigaciones algodonerías en los territorios del Chaco, Formosa y Misiones*, 1904.

vendiéndole al precio mínimo de 10 centavos, se obtiene un producto mínimo de 200 pesos, o sean 440 francos por hectárea.

Los gastos de producción se calculan por otros en 100 pesos por hectárea, en media. Durante el primer año cuesta esto, pero después los gastos disminuyen en un 25 por 100; de suerte que el beneficio líquido puede llegar a ser superior a 100 pesos, o sean 220 francos por hectárea.

Uno de los obstáculos mayores que encuentra este cultivo en la Argentina, es la escasez y a veces falta absoluta de brazos. Requiere el algodón unas operaciones minuciosas y delicadas, que no pueden ser substituídas por la acción maquinal en la cosecha. En algunas comarcas se ha llegado a ofrecer hasta 4 centavos por kilogramo de algodón recolectado, y en otras hasta un tercio del producto cosechado. Pero es de esperar que, una vez conocido el gran rendimiento de esta planta textil, acudirán muchos capitales y fuerzas de trabajo a emplearse en su cultivo y se extenderá en vasta escala.

Tratándose de un cultivo industrial que se encuentra en vías de desarrollo, no se pueden sacar del producto todos los aprovechamientos que en otros países se consiguen. La semilla del algodón, que en los Estados Unidos es una fuente de riqueza, apenas es utilizada en la Argentina para obtener el aceite, si bien últimamente se han fundado algunos establecimientos con este fin. Como el ingeniero agrónomo Maciel Pérez afirma, no falta más que la filatura y el tejido para que el ciclo industrial de la explotación algodонера del Chaco alcance su evolución completa.

A los tejedores catalanes se les ofrece ocasión de acometer una empresa de grandes rendimientos si saben organizar la explotación de las zonas algodonerías argentinas, llevando allí capitales y brazos en número necesario. No solamente se beneficiarían ellos mismos, emancipándose del mercado norteamericano, sino que harían un bien innegable a los emigrantes españoles que llegan sin rumbo a las tierras argentinas.

Tal vez de esta suerte podrían contrarrestar el efecto concurrente de la mayor baratura de los fletes de Norte América a Europa, ahorrando en costes de producción el exceso de precio de los fletes desde la Argentina. Las autoridades argentinas, por otra parte, han anunciado su propósito de proteger la producción algodonera. El Gobernador de la provincia de Corrientes, Juan R. Vidal, decía a este propósito al Dr. Pont:

«A más de estar dispuesto a estimular y proteger con todas mis fuerzas el nuevo cultivo, regalando las semillas, ensayos del cultivo, primas a los plantadores proporcionales a la cosecha, etc., ayudaré con toda mi influencia de gobernante a cualquier empresa española que venga a desarrollarlo.»

La realización de los planes que quedan dibujados en lo que llevamos dicho, contribuiría a estrechar más los lazos entre la Argentina y España, proporcionando mutuos beneficios.

Es tan importante el tema de la producción algodonera del Chaco, que después de todo el material consultado, busqué en la flamante obra de Mr. Huret *De Buenos-Aires au Gran Chaco*, nuevos datos sobre el asunto. Pero Mr. Huret no habla para nada de este magno tema; en cambio, nos habla de la contemplación de salchichas en el Chaco Austral, y que los carniceros allí son casi todos solteros.

Una impresión muy honda dejan las descripciones hechas por A. López Prieto sobre «el Chaco fabuloso» (1).

La sensación del país que nos ocupa queda fuertemente grabada en el lector, y confirma, a través de las descripciones y entretenimientos literarios, lo que antes se dijo respecto de las causas que retrasan el alumbramiento de las riquezas del Chaco, sobre todo de la algodonera.

«Después de lo leído, queda una impresión imborrable que confirma la conclusión que se hace en la mayor parte de las cuestiones referentes a estos países; la potencialidad económi-

(1) *El Monitor de la Educación Común*, Junio 30 de 1911. Buenos Aires.

ca es inmensa, pero faltan capitales, hombres y una cierta formación técnica para la vida industrial. Los grandes territorios argentinos piden cada vez más hombres, más dinero, para desenvolver la gran civilización que es capaz de alcanzar la República tan pródigamente dotada por la Naturaleza.»

*
* *

El vigente Código penal de Costa Rica ha dado motivo al Profesor de Derecho penal costarricense, Dr. Luis Castro, para escribir una acerba crítica, en la cual refleja la orientación positiva de la criminología. El Dr. Castro, influido por tal orientación, que tanto ha contribuido a difundir en América el doctor argentino José Ingegnieros, considera que el Código costarricense es un producto arcaico que no satisface las exigencias penales modernas ni aquellas que son privativas del momento social actual de Costa Rica. Así afirma, rotundamente, que ni muchos de los delitos catalogados merecen la punición que se les señala, ni muchas de estas puniciones son equitativas con el hecho que se reputa delictuoso.

Aún más: muchas de las infracciones allí castigadas, no son delitos en el verdadero sentido de la palabra. La ciencia examina esos hechos desde otros puntos de vista; no para que se impongan penas, sino remedios físicos y psíquicos, a los infractores, como que ve en ellos simples desórdenes nerviosos, de origen biológico o de medio ambiente.

Evoluciona la criminalidad en Costa Rica, y obedece con ello a las circunstancias del momento histórico por que atraviesa.

El Dr. Castro combate a Molinarién la afirmación de este escritor, que afirma que el Derecho penal va a su ocaso, y que el delito no existe ya; el profesor americano entiende que el delito no sigue una evolución que presagie su desaparición, sino su transformación. Desde este punto de vista, en fila parte de su crítica sobre el Código costarricense. La defensa social es

el concepto básico de la ciencia del Derecho penal. La labor penal es una labor de defensa, pero de defensa que debe graduarse en relación del análisis cuantitativo que se haga, del daño producido en armonía con la causa productora.

La determinación legal de las perturbaciones mentales criminosas, es el punto que el profesor Castro trata con más detenimiento, comparando el Código costarricense con leyes penales extranjeras. Así desenvuelve su crítica:

La ley penal de Costa Rica dice:

«Están exentos de responsabilidad criminal:

1.º El loco o demente, a no ser que haya obrado en un intervalo lúcido, y el que, por cualquier causa independiente de su voluntad, se halle privado totalmente de razón.

Cuando un loco o demente hubiere ejecutado un hecho que la ley califique de crimen o incurriere en reiteración de otros que importen simples delitos, el Tribunal decretará su reclusión en uno de los establecimientos destinados a los enfermos de aquella clase, del cual no podrá salir sin previa autorización del mismo Tribunal.

En otro caso, será entregado a su familia bajo fianza de custodia, y mientras no se preste dicha fianza, se observará lo dispuesto en el inciso anterior.»

Los artículos 309 y 310 del Código de procedimientos penales dicen, el primero:

«Si se advirtiese en el procesado indicios de enajenación mental, se averiguará por personas que lo hayan tratado, por reconocimiento de facultativo y por otras observaciones e indicios, si esta enajenación era anterior al delito o ha sobrevenido a él, si es cierta o simulada y si es total o parcial. El segundo:

«Si la demencia sobreviniere después de cometido el delito, reconocida que sea y recogidos todos los datos que fuere difícil encontrar más tarde para la comprobación del hecho y determinación del delincuente, se mandará suspender la causa para continuarla cuando éste recupere la razón.

Si la demencia sobreviniere después de pronunciada sentencia firme que imponga pena al procesado, se observará lo dispuesto en el inciso 2.º del art. 87 del Código penal», etc., etcétera.

Dice el art. 87 del Código penal:

«Si después de cometido el delito, cayere el delincuente en estado de locura o demencia, se observarán las siguientes reglas:

1.º Cuando la locura o demencia sobrevenga antes de pronunciarse la sentencia que cause ejecutoria, se suspenderán los efectos de ésta, sin aplicarse al reo pena alguna corporal, hasta que recobre la razón, observándose lo que para tales casos se determina en el Código de procedimientos.

2.º Cuando tenga lugar después de pronunciarse dicha sentencia, si ella le impone pena de crimen, el Tribunal dispondrá su traslación a uno de los hospitales designados a los enfermos de aquella clase; y si la pena fuere menor, podrá acordar, según las circunstancias, o bien que sea entregado a su familia, bajo fianza de custodia, y detenerlo a la disposición de dicho Tribunal, o de que se le recluya en un hospital de insanos.

En cualquier tiempo que el loco o demente recobre el juicio se hará efectiva la sentencia; pero si ella le impusiere privación o restricción temporal de libertad, se imputará a su duración el tiempo de la locura o la demencia.»

La eximente 9.ª dice: «El que obra violentado por una fuerza irresistible o impulsado por un miedo insuperable.»

Tales son las disposiciones legales sustantivas y adjetivas que se refieren a la supresión en el agente de la voluntad de delinquir o a la supresión del uso de la razón.

Como se ve, la ley de procedimientos habla de la averiguación de la locura parcial o total. Tal innovación dentro de leyes adjetivas, parece referirse a la teoría de Grasset, de los delincuentes que pueden conceptuarse como semilocos; o bien a la teoría que conceptuaba que los monomaníacos no eran del

todo locos, y por consiguiente responsables de todas aquellas acciones que no tuvieran relación con su enfermedad o cometidas fuera de esa órbita; pero ¿qué resultado podrá tener tal probanza?

¿Haría posible la semilocura una absolución, una condenatoria de acuerdo con nuestras leyes?

No, nuestro Código penal no hace distinciones de ninguna naturaleza a ese respecto, y cabría entonces dentro de la ley una injusticia, absolviendo o condenando a un reo cuya situación mental no ha podido definirse.

El mismo Grasset, nombrado perito alienista en un proceso horrendo de asesinato, con despedazamiento del cadáver de la víctima, suceso ocurrido recientemente en Monte Carlo, de que fueron autores un matrimonio y la víctima una señorita, y al que fueron impulsados por el incentivo del robo, logró hacer prevalecer su teoría haciendo absolver al marido y condenando a la mujer a la pena de muerte, a pesar de que el marido había sido el ejecutor del crimen y del despedazamiento del cadáver.

¿Y por qué triunfó Grasset, declarando al marido medio-loco?

Porque se llegó a comprobar en autos que era un alcoholizado perfecto, sobre quien ejercía su esposa el mando completo, en virtud del carácter irascible que tenía ella y la pasividad y casi supresión de la voluntad del marido, como resultado del gran vicio. Aquel hombre, a pesar de que sabía lo que hacía, como que repugnó varias veces el acometer a la víctima, no pudo resistir, poseído de pánico, el mandato de su mujer, que le ordenó la comisión del crimen. Había perdido dicho individuo el ejercicio completo de sus centros superiores de ideación, para convertirse en un sugestionado completamente pasivo.

Se abren paso, pues, los nuevos conceptos psiquiátricos, y piden en todas partes su proclamación como ley.

Ordena la eximente anotada que se haga efectiva la re-

clusión del loco, cuando ejecute crimen o reitere en simples delitos; debemos pensar, naturalmente, que la reclusión cabe también cuando la reiteración sea asimismo de crímenes, porque lo más abarca lo menos.

Ahora, suponiendo que el loco comete el delito y que, de acuerdo con el art. 87 del Código penal, es permitido entregarlo bajo fianza de custodia a la familia, la ley comete error, porque si uno que es cuerdo no se puede entregar a la familia, con mucha más razón no debería hacerse con el loco, porque en el primer caso es posible una enmienda, pero en el segundo sólo se conseguiría devolver a la sociedad un elemento declarado nocivo, y, por consiguiente, puede hacerle daño con la salvaguardia siempre de su locura declarada.

Así como no creo natural devolver a la sociedad el loco que ha sido condenado, creo menos lógico hacerlo con el que ha sido absuelto, pues que ambas libertades riñen por completo con la tendencia científica de hoy día, que ordena la separación de la sociedad de los elementos que le son perjudiciales, y, en consecuencia, creo que en ambos casos la reclusión en el asilo correspondiente es necesaria, para evitar, en lo posible también, una burla a la acción de la Justicia, permitiendo pasearse por las calles de las ciudades, y con la mayor *sans façon* de un simulador, al que ayer no más era tenido por loco, en virtud de dictámenes periciales.

Anoté también la eximente 9.^a de «fuerza irresistible», porque creo: o bien que pudiera estar comprendida en el segundo concepto del inciso 1.^o del art. 10 del Código penal, o bien porque este inciso podría comprender al 9.^o, conforme lo redacta Mancini, muy sabiamente, en su proyecto de Código penal italiano, en esta forma:

«No es imputable de delito el que en el momento en que consuma el hecho se encuentra en un estado de locura o por cualquier causa no tenga la conciencia de delinquir, o fuere impulsado por una fuerza a la cual no puede resistir.»

El Código noruego dice, también, en su art. 44:

«No hay acto culpable, si en el momento en que ha sido cometido, el autor no podía comprender la naturaleza y la ilegalidad de este acto, sea porque su inteligencia no tuviese todo su desarrollo o se hubiese debilitado, o si por estas mismas razones o porque estando bajo la influencia de un peligro inminente, de una amenaza, de un estado de alma particular, no fuera dueño de sí mismo.»

Esta definición, que parece enumerar los casos en que la inculpabilidad puede presentarse, no es muy aceptable, pues que las leyes precisamente no deben tratar de enumerar nunca, por el peligro que habría de que se quedara por fuera un caso cualquiera, que diera origen a un fallo caprichoso del Juez, aun contra las prescripciones de la ciencia.

Las leyes deben en sus definiciones tener un sentido general, como la nuestra a este respecto, que emplea la palabra «loco», y «el que por cualquier causa independiente de su voluntad se halle privado totalmente de razón».

¿Cabría dentro de la ley nuestra y con esta definición, absolver a un reo por sonambulismo, hipnotismo, sugestión?

Claro que sí, y aun más: es posible, como yo lo he hecho, convertir la atenuante de embriaguez (inciso ocho del artículo 11 del Código penal) en eximente (caso de Apolinar García, por lesiones), haciendo encajar el caso dentro del art. 1.º *a contrario sensu*, en armonía con el primer concepto del inciso 1.º del art. 10 del mismo Código.

Al examinar esta circunstancia eximente, en que el Juez, de acuerdo con el art. 495 del Código de procedimientos penales, necesita el auxilio del Médico forense, y en que necesariamente está obligado, de acuerdo con el art. 494, Código ib., a nombrar a los Médicos del pueblo para que dictaminen, se me ocurre preguntar:

¿Los Médicos del pueblo, con ese nombre de peritos natos que les da la ley, deben ser tenidos como idóneos para todos los casos en que el Juez los necesite?

Creo que en esto hay un verdadero error de la ley. Estricto-

tamente científico y de gran peso no puede ser el dictamen de cualquier Médico del pueblo, por cuanto tiene el título de doctor. Es lógico pensar, que el dictamen de un médico alienista lo sea más porque la ciencia, con ser tan vasta y el tiempo tan corto, exige que su estudio se reparta parcialmente, y así hoy día se encuentran más especialistas en los diferentes ramos que profesores o sabios en todo.

Precisamente el estudio de las enfermedades mentales es el que menos resultados económicos proporciona, y de suyo el menos apetecido también.

Por tales observaciones, me parece más natural que la ley señale como peritos en estos casos, ya que tan grave es su misión y de tan trascendentales resultados, únicamente a los especialistas en la asignatura, y que de ellos exija que en su dictamen cumplan con los requisitos que la ley señala para contestar a las preguntas del Juez (art. 504 a 506 del Código de procedimientos penales).

Además de hacerles comprender lo necesario que es que en sus apreciaciones usen de un estilo sencillo, conciso, como que tratan de ilustrar a un profano y no a un colega de profesión. Así como también, que deben circunscribirse o ceñirse a las preguntas hechas, y no entrar en apreciaciones de circunstancias eximentes, atenuantes o agravantes, porque es esa la misión del Juez, en vista del dictamen pericial y para fijar ya responsabilidades.

Es lógico exigir, que al juzgador se le concedan, además de las libertades que le otorga el art. 385 del Código de procedimientos penales, o sea la de la aplicación de su sana crítica, la de hacer valer en su sentencia, determinándolas en cada caso, todas aquellas circunstancias que a su modo de pensar pudieran constituir atenuantes y agravantes en el hecho, aun cuándo ellas no estén previstas por el Código penal, pues ocurre muchas veces en el examen de los procesos, que en él se encuentran datos de gran valor y peso para la determinación del juzgador y que no encajan dentro de los exiguos límites de la

ley, y que siendo, al parecer, aparentes para una disminución o agravación de la pena, el Juez se abstiene de anotarlos, por no aparejar consecuencia alguna legal, aunque moral y humanamente sí debía ser así.

Como el criterio científico poco a poco invade la esfera legal, y como los representantes de la Justicia represiva deben hoy día estar bien informados de tan trascendental evolución, y al hacer su nombramiento se depositó en ellos la confianza popular de su honradez y criterio, la innovación propuesta, que aparejaría facultad para rebajar o aumentar los grados de la pena, no implicaría peligro alguno, dado que las sentencias serán revisadas más adelante en otras instancias, y los superiores tribunales pueden también pesar la certeza de los hechos anotados en favor o en contra de los acusados, y la honradez con que el Juez procedió en su evaluación.

Tales medidas abrirían amplio campo al juicio criminal, harían posible la introducción por las partes interesadas de toda clase de prueba que el Juez califica para su admisión o no. Con tal libertad los reos podrían aportar al proceso multitud de circunstancias de gran valía, producto del examen interno, de verdaderos Jueces de su acto, con la convicción de que en su oportunidad serían tomadas en cuenta.»

*
* *

En la Universidad Nacional de Cuba se abrió un concurso para adjudicar el premio extraordinario «Domínguez Roldán» al mejor estudio sobre Lope de Rueda y su Teatro. El trabajo presentado por Salvador Salazar tiene el mérito de comparar las críticas hechas sobre Lope de Rueda, y someterlas después a una revisión en la que se transparenta el ángulo visual de un crítico cubano sobre esta página de indudable importancia histórica para la literatura española (1). Sin ser el estudio

(1) *Lope de Rueda y su Teatro*, Salvador Salazar. Habana, 1911.

de Salazar una investigación amplia de la obra de Lope de Rueda, constituye, sin embargo, una contribución estimable para la historia literaria española.

La diatriba apasionada, como la exagerada celebración, son igualmente vituperables. Los extremos se tocan, dice el viejo refrán, y es, efectivamente, en el punto medio donde se encuentra la verdad. Ocúrreseme todo esto a propósito de las opiniones, absolutamente contradictorias, que sobre Lope de Rueda emiten Adolf Friedrich Von Schark y D. Alberto Lista, el primero en su obra sobre la literatura y el teatro en España, y el segundo en su *Crítica literaria*.

Dechado de todas las perfecciones Lope de Rueda, en opinión de Lista, se afana éste en buscar en sus obras multitud de analogías con Cervantes, el padre de la lengua, y luego de encontradas o creer que las encuentra (1), inciensa a nuestro autor con ditirambos hiperbólicos, asegurando que sus métodos son los de los grandes autores dramáticos, según puede verse en el siguiente párrafo:

«Esta manera indirecta de pintar los caracteres desenvolviéndolos poco a poco en la escena, como se desenvuelven en el trato común de la vida, es la que han seguido los grandes maestros del arte dramático, y la más útil para enseñar a conocer a los hombres.» (Pág. 124.)

No bastándole aún todo el incienso quemado aquí, el señor Lista llega a considerar a Rueda, a quien con frecuencia llama «insigne autor y actor dramático», un excelente poeta, cuyos

(1) La respuesta de Melchor a la maldición de en agraz te vayas, nos recuerda involuntariamente la respuesta de Sancho a la dueña doña Rodríguez:

—Acodícieme: esto se parece a aquel amor que tenía un galeote a una canasta de colada, como pinta Cervantes.

En cuanto al lenguaje, hay muy poca diferencia, como ya he dicho, de él al de Cervantes... Estos diálogos se parecen en gran manera a los del *Quijote*.

Es imposible leer nada de Rueda sin acordarse de alguna cosa semejante de Cervantes.

versos son dignos de toda loa. Dice: «Estas dos quintillas («Anday mi branco ganado» y siguiente del coloquio «Prendas de amor») no ceden en armonía, en *escogimiento* de palabras ni en belleza de imágenes a las mejores composiciones de aquel tiempo.» (Pág. 124.)

Refiriéndose a los pasos, exclama:

«Todo esto supone mucho talento de invención en cuanto a las descripciones de caracteres y muchos recursos dramáticos.» (Pág. 108.)

Pero llega al summum en el resumen de todo su elogio:

«Resumiendo cuanto hemos dicho de este insigne poeta y actor cómico, vemos: primero, que conservó al drama de cierta extensión el carácter novelesco, impreso por Torres Naharro; segundo, que mejoró notablemente e hizo progresos muy apreciables en la descripción de los caracteres, bien que la mayor parte de los vicios que censuró eran los de la gente baladí; tercero, que introdujo la notable innovación de escribir las comedias en prosa, en lo cual no fué imitado sino de muy pocos de sus sucesores; cuarto, que inventó la comedia de magia, lo que seguramente citamos como un hecho histórico, pero no como una parte de su elogio; quinto, que era excelente poeta, y que sabía pintar y escribir en verso tan bien como en prosa; sexto y último, que fué el padre de la lengua, prescindiendo de sus sales y gracias cómicas y de la viveza de su diálogo, por la pureza y corrección sostenida de su frase, por la verdad de la expresión, que siempre se nota en ella, y por la armonía y fluidez de su estilo, dotes en que antecedió al inmortal Cervantes, en tiempo, no en mérito. Sólo añadiremos, en obsequio de la verdad: Lope de Rueda, aunque mucho más casto y urbano que Torres Naharro, no es siempre tan limpio como la moral y el decoro exigen. Tal vez es obsceno y grosero, no sólo en las expresiones, sino también en el pensamiento; defectos de que poco a poco se fué purgando nuestro teatro, aunque nunca llegó a estarlo completamente hasta el último tercio del siglo XVIII.» «Siendo esto así, no tendré dificultad en decir que

es una mengua para nuestra literatura no poseer una edición clásica de las obras que se pueden encontrar de Lope de Rueda. ¿No la tienen los franceses de las inmundicias y necesidades de Rabelais, coetáneo suyo? (Pág. 126.)

Parece a quien lee la obra del Sr. Lista que todos estos conceptos se refieren a uno de los más grandes escritores que en el arte dramático han brillado en España; y, por el contrario, la desilusión que se experimenta cuando se lee al romántico alemán, está en razón directa del anterior entusiasmo, tanto más, cuanto que Schak parece copiar a Lista, invirtiendo completamente las proposiciones.

Dice Schak, en la obra citada:

«Las comedias y églogas (?) de Lope de Rueda nos ofrecen pruebas indudables de su escaso talento poético, ya por las razones que acabamos de indicar, ya por lo pobre y prosaico de sus asuntos. Los hilos de la trama que componen sus fábulas son casi siempre los mismos, y jamás podrá sostenerse que es delicada y bella su urdimbre. Y esta falta de inventiva se muestra en toda su desnudez, no sólo porque no sabe encubirla con el brillo de la exposición, sino también porque sus rasgos aislados poéticos no compensan esos defectos.» (Páginas 173-174.)

Refiriéndose a «Armelina», después de contar su argumento a su manera, comenta del siguiente modo:

«Esta fábula seca y desabrida, manifiesta bien a las claras la falta de gusto de Lope de Rueda. (Pág. 177.)

Cuando trata de los llamados coloquios pastoriles, piensa:

«No hay que esperar representación alguna de un mundo ideal de pastores en sus coloquios pastoriles, puesto que su título proviene de la condición de ciertos personajes que figuran en ellos. En lo esencial no se diferencian de las comedias, aunque, atendiendo al objeto de su autor, deben corresponder a un género poético más elevado. Verdad es que se equivoca lastimosamente, porque su patético repugna por su hinchazón afectada, agradándonos tan sólo sus intermedios cómicos bur-

lescos. Parécenos que es perder el tiempo exponer ahora el argumento de estos coloquios pastoriles. Los de los dos que se conservan (Camila y Timbria) (1), se fundan en los mismos motivos que sirven de base a las comedias, y cuya frecuente repetición patentiza, sin género alguno de duda, la pobreza de inventiva de su autor. La composición es desigual y confusa en alto grado». (Pág. 177.)

En su afán iconoclasta, echa a rodar uno de los principales títulos de gloria de Lope de Rueda: «Ciertos críticos deploran, dice, sin duda, que el drama no hubiese conservado la forma estrecha que le imprimió en un principio Lope de Rueda; nosotros, al contrario, nos congratulamos de que el teatro español se haya librado de esta desdicha, y creemos que no ha sido el menor mérito de los poetas posteriores el escribir en verso sus obras y embellecerlas con sus ricas y variadas modulaciones.» (Pág. 173.)

Es decir, que mientras para uno es Lope de Rueda lo mejor de lo mejor, el padre de la lengua, el iniciador del verdadero teatro, etc., etc., para el otro resulta un falso ídolo, elevado por un entusiasmo demasiado ardoroso, hasta la categoría de verdadero autor dramático.

Para Schak, Lope de Rueda es una figura de cuarto orden; para Lista, una de las más grandes de la literatura de Castilla. ¿Qué pensar? ¿Por cuál de estas dos opiniones, que autorizan dos críticos eminentes, debemos decidirnos?

Ya lo hemos dicho: por ninguna. Que si Schak, mirando a través de sus lentes, enturbiados por el romanticismo de las riberas del Rhin, deja de ver las bellezas del naturalismo de Rueda—que siempre pintó la realidad vívida en el ambiente en que obtuvo sus mejores lauros, apartándose, por instinto, de ese «lirismo», que restó méritos a Calderón y que desacreditó la vieja escuela romántica alemana,—se equivoca lastimosamente, ya que juzgar con la conciencia llena de prejui-

(1) Quedan tres: los dos citados y «Prendas de Amor».

cios es, en literatura como en todo, el mayor de los crímenes; y si Lista, apóstol de ese convencionalismo que encuentra excelente «todo lo de casa», halló genialidades en Lope de Rueda, que jamás tuvo ni soñó tener el batihoja de Sevilla, se equivoca también.

Porque la verdad, eterna y única, no puede seguir los caprichos de los hombres ni ser esclava de sus apasionamientos. Porque por sí misma resplandece dominadora y libre; y la verdad, aquí como en tantas otras partes, está—ya lo hemos dicho—en el justo medio.

Lope de Rueda fué un buen actor dramático que, en contacto con su público, conoció, mejor que nadie, sus gustos y sus deseos; y escribiendo para los mismos que habían de juzgar inmediatamente sus obras, y llevando en cada una la experiencia, grata o triste de la anterior, realizó esa adaptación, indispensable y salvadora, entre el artista y su público, que, á despecho de escuelas y de críticos, es la palabra suprema en materia de teatros.

Nunca fué un poeta, ni pretendió serlo; ni jamás soñó, aunque Schak no lo crea, en hacer coloquios pastoriles. La Arcadia, deliciosa y feliz, de pastores cortesanos, filósofos y poetas, jamás pasó por su imaginación. Nunca la había visto, y él siempre copió en sus tipos, tipos de la vida.

Cultivó bastante aceptablemente la prosa castellana; pero no fué, ni con mucho, el padre de la lengua.

Rasgos aislados, bellezas de rato en rato, no pueden equipararse a un triunfo sostenido que jamás flaquea.

Por lo demás, lo que pretendió casi me atrevo a asegurar que lo obtuvo: hacer reír a su pueblo, burlarse de sus defectos, sentir el entusiasmo de las multitudes buenas en una plaza pública, al aire libre, sin falsas atmósferas de salón, ni convencionalismos de frac y guante blanco.

¿Y qué mayor triunfo para un autor que tener como última aspiración un buen deseo, y que este deseo tenga la consagración de una realidad triunfante?

No obstante estos juicios, la obra de Lope de Rueda es algo más vasta de lo que se cree. Lope de Rueda influyó notablemente en el desenvolvimiento del teatro español, aleccionando en el arte de hacer comedias a la escuela de literatos valencianos, que, desde el último tercio del siglo xv, se orientaron en el cultivo de la literatura castellana, sin olvidar la lemosina. El teatro valenciano fué influído por Lope de Rueda; la célebre Escuela de los Nocturnos enseñó a Lope de Vega, y aquel movimiento literario, en el que descuella Guillén de Castro con su monumental obra *Las mocedades del Cid*, repercutió en Francia con Corneille, que, calladamente, se aprovechó de la inspiración del autor valenciano. Sin estas influencias y derivaciones, no es posible comprender la significación de Lope de Rueda y de su teatro en España.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—CIENCIAS MORALES: La ética sexual y la monogamia.—LITERATURA: Los Goncourt.—CRÍTICA: La poesía de Valle-Inclán.—IMPRESIONES Y NOTAS: El estudio del latín.—Para los que duermen mal.—La estufa de frío.—Oficios y vidas que dan miedo.—Más sobre «deber de».—La calle de la Piel Oliente en Cantón.

CIENCIAS MORALES

LA ÉTICA SEXUAL Y LA MONOGAMIA.— Está caracterizada nuestra edad, entre otras cosas, por el contraste entre la impiedad y la confesión de Dios, entre la oración y la irreverencia, entre el materialismo y el idealismo; apenas se tiene la impresión dolorosa de algo sagrado que se derrumba cuando se percibe un hálito interior, nuncio de más alta vida. Se han descorrido los densos velos en que se hallaba envuelta la esfinge del amor; pero bajo la mano sacrílega que intentaba apagar la castidad y el pudor, fundamentos en que el amor descansa, quedaban ardiendo algunas astillas, que no iluminaban sólo ruinas, sino que revelaban también fantasmas y visiones evocadas por inconscientes impulsos de la vida real, que no tardaban en abrasarlo todo, cambiando por completo el panorama de la existencia.

Una valiente escritora italiana, Valeria Benetti, acomete

en la *Nueva Antología* la no fácil tarea de estudiar, entre los varios aspectos que ese contraste característico de la vida moderna nos ofrece, el que se relaciona con la ética sexual, y lo hace con gran lucidez y excelente documentación. Dos direcciones predominantes se dibujan desde luego, según el concepto que se tiene de la nueva ética por consecuencia de la valoración de la sexualidad respecto al individuo.

En la primera dirección se concibe la sexualidad en sentido estrictamente individualista, y la ética sexual se presenta como una derivación de la ética estrictamente individual; el individuo regula la pasión sexual como las demás de su organismo, según criterios propios de conciencia y de utilidad. La moral en este caso se reduce a la higiene, y el gran programa pedagógico de preparación para una vida sexual disciplinada viene a tener, más que nada, un valor de instrucción y de educación.

No basta someter a un individuo a una higiene espiritual y somática, o puramente somática, si se quiere; la ética sexual carece de apoyo en los límites de una individualidad vacía de contenido moral, y se reduce á un preceptuario al que el individuo se sujeta ó no, según el modo con que pretenda resolver el problema de su existencia. Lo que hoy se pide a gritos es una moral de los sexos capaz de operar la regeneración de las conciencias, idealmente reintegradas en la visión de los intereses reales sociales. La necesidad se impone, con independencia de todo partido religioso o político, de llegar a un acuerdo sobre la valoración de las relaciones sexuales y sobre la nueva conciencia moral. No se trata de restaurar una preceptiva encaminada a dirigir nuestra conducta individual, sino de poner al individuo en relación con las más complejas cuestiones morales, las de la familia y la sociedad. Pero aquí se tropieza con los más graves problemas jurídicos y pedagógicos.

Por un lado se invoca un nuevo derecho matrimonial y familiar, realizador de la personalidad jurídica de cada miembro de la familia; por otro se afirma la necesidad de legislar sobre

las costumbres, estableciendo nuevos poderes coactivos para prevenir y reprimir la trata de blancas, la prostitución de los menores y todas las especies de perversión y degeneración de la vida sexual. En el terreno pedagógico no son menos revolucionarios los resultados: la coeducación erigida en sistema; la educación sexual, directa o indirecta, ocasional o no, introducida en la familia, en la escuela y en los talleres; la regeneración interior de las conciencias con la afirmación de la moral única, sin dobles pesos ni dobles medidas, con la fórmula igualitaria en el derecho familiar, en la educación y en la moral. Pero eso requiere la protección de la mujer y del niño, y se enlaza con los más hondos problemas del feminismo.

Este modo de concebir la ética sexual es opuesto al individualístico, pues aquí la ética se nos presenta como reguladora de las relaciones entre individuos de sexo diferente. En este sentido es evidente la relación entre la ética sexual y la monogamia. La monogamia, como institución jurídica y como fórmula de ética sexual y matrimonial, ha llegado hasta nosotros, con vergüenza de las formas más coercitivas de imposición moral y legislativa, no victoriosa, sino vencida, en muchos aspectos esenciales. No hay duda que la suerte de la monogamia está indisolublemente ligada con la valoración máxima del individuo, siendo como es «la unión perfecta de dos seres de sexo diferente». Pero como de esos dos seres la mujer ha sido valorada como inferior al hombre, de ahí su derrota de hecho. El éxito de la monogamia depende de la plena realización del derecho femenino en la sociedad presente.

La mujer, en la familia antigua, ocupaba el puesto de súbdita, en el derecho, en la política y en la propiedad. El hombre, como cabeza de grupo, vino a desmembrarse de la *gens* y á tener personalidad propia, mejorando con los tiempos hasta llegar a su plena emancipación e igualación en derechos con todos sus semejantes. La mujer no ha permanecido estacionaria en absoluto, mejorando también sus condiciones económico-jurídicas: pero estas mejoras apenas han alterado su situación

en la familia y en el Estado, y sigue siendo súbdita, inferior en derechos al hombre, aunque teóricamente se la considere igual. Todo esto constituye un anacronismo y una contradicción, con que hay que acabar. Por otra parte, el reconocimiento del valor individual presupone que la maternidad no pesa en la individualidad femenina para oprimirla y rebajarla so pretexto de protección, sino para explicarla y realizarla. La maternidad, respecto al individuo, no supone un *menos*, sino un *más*. No hay razón para menguar el derecho de la mujer en nombre de la maternidad; si la maternidad, para su funcionamiento normal, requiere un esfuerzo mayor, provea la sociedad a ese suplemento de esfuerzo, y ponga económica y socialmente a la mujer en condiciones tales que la maternidad se desenvuelva normalmente en ella. Así podrá resurgir la monogamia victoriosa, con su pleno contenido espiritual y ético.

Es necesario que los últimos momentos del largo proceso histórico, degenerativo, de la institución matrimonial, sean superados. Es preciso que cese el chocante contraste entre una ética que en nombre de la libertad individual concede bastante, y un derecho que, renegando de sus principios informativos, niega demasiado; entre un derecho que recurre sin más a los términos extremos del autoritarismo, y una moral que no respeta más límites que los trazados por la espontaneidad del sentimiento individual.

LITERATURA

LOS GONCOURT.—El marqués de Ségur, en un artículo dedicado a Edmundo y Julio de Goncourt en la *Revue Hebdomadaire*, pone de relieve el contraste entre la indiferencia innegable con que fué acogida por el público la labor de los Goncourt y la influencia positiva ejercida en la literatura por ambos hermanos con sus treinta años de fracasos. El marqués de Ségur explica esta anomalía por la pasión, rayana en frenesí,

que los Goncourt sintieron siempre por las letras. «No tenemos ninguna de las pasiones que sacan al hombre de una biblioteca, de un museo», han dicho, y es verdad. Sólo vivieron para ver y describir. No fueron ni quisieron ser nunca más que literatos; tomaron, como dice Anatolio France, la pluma y el papel como se toma el velo y el escapulario. Fe tan ardiente no puede menos de producir prosélitos. Otra causa de influencia era la busca de la novedad, característica de sus trabajos; en la historia, como en la novela, quisieron romper con la tradición, hallando procedimientos nuevos y medios nuevos de expresión, despertando y atrayendo la atención con su audacia. Por último, la fusión absoluta de sus dos almas era, por lo perfecta, tan rara, que sorprendía. Teófilo Gautier los llama «una sola persona en dos volúmenes», y Sainte Beuve «dos hermanos gemelos, a ocho años de distancia»; y cuando murió Julio, Barbey d'Aurevilly hablaba de «Edmundo de Goncourt, esta viuda». Jamás se ha visto unión tan estrecha y permanente, no igualada ni aun por nuestros Quinteros. Los Goncourt constituyen por todos estos motivos un caso especial de historia literaria, y son fiel representación de una época en que se cultivaba la neurosis como enfermedad distinguida, y se alababa la decadencia como supremo apogeo del arte.

Edmundo nació en Nancy, el 26 de Mayo de 1822, y Julio en París, el 17 de Diciembre de 1830. Su padre, Marco Pedro, antiguo jefe de escuadra del primer Imperio, murió cuatro años después, quedando los niños al cuidado de una madre inteligente y cariñosa, y del abuelo, Antonio de Goncourt, «viejecillo seco y furriñoso», con su pipa remachada en su desdentada boca y su bastón atornillado en la mano derecha, para apoyarse y para corregir a la cocinera. ¡Pobre cocinera! Apeleada por cualquier motivo, y a veces chapuzada en el estanque por el abuelo «para refrescarla la sangre» y quitarle toda idea de matrimonio. Edmundo hizo sus estudios en el Colegio Goubaux, siendo condiscípulo de Alejandro Dumas, hijo; era un alumno pasadero, pero revoltoso, y cuyas fantásticas com-

posiciones arrancaban al profesor esta exclamación profética: «Señor de Goncourt, usted hará escándalo.» Julio creció entre las faldas de su madre, y bajo la dirección tutelar de su hermano, que lo modeló a su imagen, sintiendo los mismos gustos.

Eran dos almas gemelas en dos cuerpos desemejantes: Edmundo alto, robusto, de cabellera espesa, ojos negros, nariz corta y grandes bigotes que le daban el aspecto de un oficial de caballería; Julio pequeño, menudo, de cara blanca y rosa, de bigotes rubios como su pelo; con su monóculo pegado al ojo, tenía el aspecto de persona «importante». En los caracteres había matices. Edmundo es más tenaz, serio y reflexivo; Julio es un encanto, ligero, guasón, trabajador a sus horas, pero amigo también de haraganear, tendido en una mecedora, envuelto en su «nimbo de tabaco», más atrevido y original que su hermano. Cuando paseaban juntos, Julio iba siempre delante, a unos pasos de Edmundo; y así fué en la vida, dice el marqués de Ségur.

Al morir la madre en 1848, Edmundo era empleado del Ministerio de Hacienda, y Julio terminaba sus estudios, resuelto a no ser nada ni hacer nada. Dueños de una fortunita modesta, pero suficiente para vivir con independencia, Julio hizo que su hermano dejara el empleo, resolviendo ambos ser pintores, que es lo que en aquella época se llamaba «vivir de sus rentas»; para aprender el oficio, empezaron por hacer un viaje, y en Julio de 1849 se pusieron en camino, a pie, con trajes de aprendices, una blusa blanca, una gorra y un saco a la espalda; Julio, imberbe y rubio, parecía una doncellita disfrazada, y al verlos, muchos los tomaron por una pareja de enamorados. Así recorrieron la Borgoña, el Delfinado, la Provenza y la Argelia, haciendo acuarelas y apuntando en un cuaderno sus impresiones de viaje. Aquel cuadernito decidió de su vocación, pues aficionándose a describir, cayeron en la tentación de hacer una novela, una novela en diez y nueve capítulos: «He puesto en ella—dice Julio—todo el cincelado de estilo, he

amontonado en ella todas las audacias de frase, todos los choques de palabras.» Amor al colorido, tendencia al amaneramiento, rebusca de la novedad: toda la labor de los Goncourt se revela ya en esa frase.

En 1851 se ponen ya a escribir en colaboración una novela, *El 18...*, extravagante sin duda, pero en la que fundan grandes esperanzas; terminan el manuscrito en Noviembre, y pocos días después queda lista la impresión; el 1.º de Diciembre se acuestan llenos de emoción, y esperan ansiosos el siguiente día, para saber la acogida que se hace a su primer volumen. Al rayar el alba, su primo de Blomont, antiguo guardia de Corps, entra como un vendaval en el cuarto: «¡Ya está hecho!—les grita—¿Cuál? ¿Qué es lo que está hecho?—¡El golpe de Estado, pardiez!—¡Ah!... ¡Y hoy que se pone en venta nuestra novela! ¡Se acabó!» Y en efecto; la novela se puso en venta dos días después, pero el público tenía que pensar en otra cosa, con el golpe de Estado que cambiaba la segunda República en segundo Imperio; de los mil ejemplares tirados, se vendieron sesenta, y su solo consuelo fué un artículo de Janin en donde les llamaba «alegres bandidos, maestros en estilo rocosá rabioso, muchachos fantasistas que juegan a desmontar la literatura de su abuelo».

Tras este primer ensayo, vino una fase de periodismo en *El Relámpago*, revista sin suscriptores que duró poco más que su título, y en *París*, otro periódico, fundado, como el anterior, por su primo Villedeuil, en el que colaboraron seis meses, despidiéndose del público para dedicarse a una obra histórica, *Las queridas de Luis XV*. Eran los tres volúmenes sobre la duquesa de Chateauroux, la Pompadour y la Dubarry; pero antes publicaron la *Historia de la sociedad francesa durante la Revolución*, y otra análoga sobre el Directorio. El ardor con que trabajaban tenía algo de locura; se privaron de todo placer y hasta de toda sociedad, hasta dando sus trajes de visita para no poder ir a ninguna reunión. El resultado de tal esfuerzo fué un cuadro, exacto en cada detalle, pero falto de conjunto

y armonía, una serie de dibujos, de difuminos, de acuarelas, fatigosa y molesta a la larga. Es ya el mismo procedimiento que ha de repetirse en todas sus obras; registro de hechos, catálogo de observaciones, actas de inventario; historia puramente documental, sin juicios, sin conclusiones, sin ideas generales y frecuentemente sin alcance. Es la fórmula de su escuela, y en su *Diario* se leen frases como ésta: «Un tiempo del que no se tiene una muestra de tela y una lista de platos de una comida, no lo ve vivir la historia.» Cuando se lee su libro *La mujer en el siglo XVIII*, se sienten tentaciones de darles la razón; es una serie de estampas de Fragonard o de Cochin, que dan muy bien la impresión de la realidad, sin que los autores frunzan siquiera el entrecejo ante las frivolidades que describen con perfecta impasibilidad. En todas sus obras históricas mantienen los mismos principios, y sólo en el estudio que consagran a *María Antonieta* dejan de mostrarse indiferentes; seducidos por el encanto y la desgracia de la pobre reina, casi llegan a su apología.

Si el azar no hubiera hecho que los Goncourt conocieran a Gavarni, quizá no hubieran salido nunca de los archivos, de lo que ellos llamaban su «Museo de recuerdos». Pero el contacto con el famoso dibujante, con su fino espíritu de observación, ejerció en ellos decisiva influencia, llevándolos al estudio del medio social viviente y palpitante de las plazas y de las calles, del interior de las familias y del interior de los corazones. Así dejaron poco a poco la historia por la novela, los archivos por los hospitales, los museos por los salones, las iglesias por el arroyo, inclinándose sobre todas las neurosis, dominando todos los ascos, para recoger la realidad con todas sus impurezas y hacer «vida vivida». El método, sin embargo, no varía, y en la novela, como en la historia, siguen siempre siendo notarios y coleccionistas.

Sor Filomena, uno de sus primeros y mejores ensayos, es ejemplo característico de sus procedimientos. En un almuerzo en casa de Flaubert, el 5 de Junio de 1860, Bouilhet cuen-

ta un suceso de que ha sido testigo: Una religiosa, enfermera del hospital de Rouen, se enamora platónicamente de un alumno interno; éste se suicida, y Bouilhet, que era también interno, ve a la enfermera entrar furtivamente en la habitación, arrodillarse a los pies del cadáver y derramar lágrimas silenciosas; entonces Bouilhet se acerca al muerto, le corta un mechón de pelo y se lo entrega a la religiosa, que lo recoge piadosamente, da gracias con los ojos y sale sin decir una palabra. El asunto enamora a los Goncourt, y de él sale *Sor Filomena*; pero para escribirla, los dos hermanos se dedican a la más penosa tarea: la de pasarse semanas enteras en los hospitales, viendo operaciones y asistiendo a escenas desgarradoras de amputaciones, muertes y disecciones, domando sus nervios, venciendo sus repugnancias, tomando notas y haciendo observaciones mientras el cirujano abre un cráneo o el enfermo lucha con los estertores de la agonía. Todas las noches caían rendidos, agotados por la tensión de sus nervios, pero convencidos de que aquélla era su misión, como mártires del documento.

Germinia Lacerteux, arranca también de una historia real, la de su antigua criada Rosa, que durante veinticinco años les ha servido y cuidado como un perro fiel, compartiendo todos sus secretos y mereciéndoles tanta confianza, que era la encargada de abrir las cartas cuando estaban fuera. Muere en Agosto de 1862, y al día siguiente de su muerte, una casualidad les descubre el lado vergonzoso de aquella existencia humilde, toda una serie de mentiras, de torpezas, de orgías y de robos, con remordimientos, crisis de desesperación y ensayos de conversión seguidos de caídas cada vez más profundas. Los Goncourt sufren cruelmente con aquel desengaño tan tremendo desaliento, tan gran desconfianza, que la extienden «a todo el sexo de la mujer», espantados «ante su genio de disimulo». Comprenden el partido que pueden sacar literariamente de esta emoción, y tomando aquel caso como objeto de estudio, bajan a los ínfimos fondos sociales, hasta el pleno fango, y de

allí sacan su novela, la más atrevida quizá de todas sus creaciones, y que entonces, aunque hoy parezca anodina, produjo cierto escándalo, llamándola los críticos «fango cincelado» y «literatura pútrida», asombrándose, no sin razón, de ver que las mismas manos que se complacían en arrugar los encajes de la Pompadour, pudieran complacerse en sobar los trapos sucios de una cocinera. No sabían esos críticos que para el realista todo es lo mismo, con tal de hallar «un efecto», sea de charco fétido, sea de lago límpido.

Las dos novelas citadas son las que mejor han resistido la prueba de los años. Todas las demás, *Renata Mauperin*, *Manette Salomón*, *La señora Gervaisais*, etc., se inspiran en los mismos principios y se desenvuelven por el mismo procedimiento. Ninguna de ellas tuvo éxito a su aparición, y sólo más tarde se han vulgarizado. Los autores sufrieron mucho por esta indiferencia, y el fracaso de *La señora Gervaisais* fué una de las causas directas de la muerte de Julio. Y si en la novela les fué mal, en el teatro les fué peor. El teatro es, ante todo, acción, formas sencillas, lengua clara y sobria, todo lo que falta precisamente a los Goncourt, sin que jamás lo comprendieran. Con obstinación desoladora se empeñaron en escribir para la escena, y su carrera dramática fué un martirio.

El mayor de sus fracasos y el que más trascendencia tuvo fué el de *Enriqueta Mariscal*, en el teatro Francés; rechazada en el Vaudeville, se leyó con aceptación en el salón de la princesa Matilde, y mediante tan alto patronato fué aceptada por el administrador Thierry, y luego por el Comité del teatro Francés. La interpretación no podía ser mejor: Gott, Delaunay, Lafontaine, la Arnould-Plessy, la flor de la Comedia. Los Goncourt estaban encantados, y en todo París no se hablaba sino de aquel estreno; a las dos de la tarde había cola, y entre los que venían se veían muchos estudiantes; la dirección, algo inquieta, había reforzado la *claque*, y los amigos de los autores disfrutaban todos de billetes de favor. El primer acto se escuchó con silencio, pero en la escena del baile de la Ópera, en

que las máscaras se insultan, llamándose «¡Jergón de luto!», «¡Tornero de palos de cucaña!» y, sobre todo, «¡Suscriptor de la Revista de *Ambos Mundos!*», considerado como injuria suprema, la tormenta estalló formidable; en los dos actos siguientes el tumulto fué infernal. Los Goncourt, entre bastidores, esperando su triunfo, sufrían horribilmente; hasta dos días después confesaron que les duró el estrépito de los silbatos en los oídos. En las noches siguientes se hicieron en la obra algunos recortes; pero el público siguió silbando, y a la sexta representación hubo que retirar la obra. Publicada luego en *L'Événement*, fué recibida con irritación; los autores y la princesa Matilde recibieron una avalancha de cartas injuriosas, y hasta el padre Félix descargó los rayos de su elocuencia contra los Goncourt en el púlpito de Nuestra Señora de París. Realmente, la cosa no era para tanto. *Enriqueta Mariscal* era uno de tantos dramas de adulterio, algo lánguido, de realismo entonces audaz, y con el diálogo salpicado de brutalidades. Veinte años después se volvió a poner en el Odeón, pero se recibió con frialdad y fué el entierro definitivo.

Para Julio el golpe fué fatal, y desde entonces quedó herido de muerte. Todo le hastía y le enerva, y el ruido le persigue por dondequiera que va. «Parece—dice—que tengo una oreja en el estómago»; hasta los trinos de las aves le molestan, y su última carta termina con estas palabras: «¡Siempre este diablo de ruido! ¿Dónde hay silencio sobre la tierra?» No sobre, sino bajo la tierra, lo encontró el 20 de Junio de 1870, en que expiró, a los treinta y nueve años de edad. Edmundo acompañó el cadáver de su hermano, deshecho, con el pelo encanecido en ocho días, durante los cuales jamás había dejado de apuntar en sus cuadernos todas las fases de aquella agonía de su hermano, minuciosa e implacablemente realista. A los que por ese motivo le tacharon de falta de corazón, respondió «que era útil para las letras el estudio feroz de la agonía y de la muerte de un hombre que muere por la literatura y por la injusticia de la crítica». *El Diario de los Goncourt*, empezado el 2 de Diciem-

bre de 1851, el día del famoso golpe de Estado, y terminado en 1895, un año antes de la muerte de Edmundo, forma nueve volúmenes y constituye un documento precioso, único, de información que no siempre debe aceptarse sin comprobación suficiente, y que es estudio psicológico y sugestivo que impresionada, seduce y a veces exaspera.

El método de colaboración de los Goncourt es original: una vez terminadas las investigaciones, clasificadas las notas y cotejando la documentación, hablan largo y tendido del plan general de la obra; combinan los *efectos*, y convienen en los *trozos*, frecuentemente preparados de antemano, que deben introducir en el texto; arreglado así todo, cada uno se encierra en su cuarto y escribe el mismo capítulo que el otro; luego los cotejan, eligen, cosen, amalgaman y funden en el molde común; así proceden en las partes capitales de la obra, como el principio y el fin; en lo demás, a veces se lo distribuyen y uno hace un artículo y otro el siguiente, sin perjuicio de la revisión común; cuando todo está terminado se lee, se dan los últimos toques y queda listo para la imprenta. Esta constante comunicación dió por resultado, que en los últimos años llegaron a pensar y sentir con tal uniformidad, que muchas veces, al cotejar sus páginas, se encontraban con que eran iguales en el fondo y en la forma.

Este trabajo colectivo produjo muchos libros interesantes, pero descosidos, invertebrados. Son obras que representan un ensayo meritorio, un esfuerzo desinteresado, pero sin valor intrínseco. Y es que ha faltado a los Goncourt lo que no puede adquirirse: la chispa del genio, o, cuanto menos, esos dones naturales sin los que no se crea nunca ninguna obra duradera. Si los Goncourt, contra lo que ellos se han imaginado, no han fundado escuela, nos han legado un ejemplo digno de alabanza: el de dos existencias consagradas por entero al ideal soñado.

CRÍTICA

LA POESÍA DE VALLE-INCLÁN.—Pasa por cosa corriente que uno de nuestros geniales poetas contemporáneos es D. Ramón del Valle-Inclán, celebrado autor de festejadas obras, y mimado creador de multitud de versos y estrofas de variados metros. Si se llama poeta al que sabe producir sonoros cascabeles, tintineantes resonancias de campanillas y de copas de cristal, halagadores ruidos que adormecen el alma sin darla vagar para fijar el pensamiento ni para encender la lámpara de las ideas, Valle-Inclán es un poeta casi digno de figurar, por esos conceptos, al lado del gran Zorrilla y no por bajo del ya olvidado Grilo. Pero si la poesía es algo más que eso—siendo eso también, pues en la poesía tiene que haber trinos y gorjeos, y si no todo debe ser música italiana, tampoco debe ser toda sabia orquestación wagneriana—Valle-Inclán no es el gran poeta que se empeñan en hacernos tragar sus admiradores.

Tengo a la vista «un bello fragmento» del acto primero de *La marquesa Rosalinda*, publicado como muestra de los primores de dicción de Valle-Inclán por el *A B C*, y declaro que, dejando aparte lo fatigoso del metro elegido (el decasílabo, magnífico para un himno, aunque sea el de Riego, pero impropio para el diálogo), he quedado rendido con su lectura, y eso que sólo se trata de un fragmento que ocupa dos columnas del popular diario de la mañana. La impresión de conjunto, en masa, digámoslo así, arranca estas exclamaciones: «¡Qué bonito! ¡Es precioso! ¡Qué delicadeza! ¡Qué galanura!» Y es que, en efecto, las palabras y las rimas son delicadas, lindas, preciosas, propias del ambiente cortesano y versallesco en que se desenvuelve la obra, en una época en que el preciosismo criticado por Molière no había todavía dejado su puesto a la prosa de Rousseau, y en que el galanteo de abates y de pajes engalanaba el habla con todo género de flores y de cosquilleos de frases mitológico-bucólicas, tan intencionadas como graciosas y cascabeleantes.

¿Qué más se puede pedir entonces—se me dirá—tratándose de una «farsa sentimental y grotesca»? He ahí precisamente lo que me detiene para no extremar mis censuras, y hasta para hacerme dudar de su justicia. Ese mote de «farsa sentimental y grotesca» puesto por el autor a su obra para definir su carácter, me deja algo en suspenso; porque ¿no estará la farsa y lo grotesco en eso que yo estimo criticable? ¿No será una «tomadura de pelo», fina y delicadamente hecha por el autor a los que hacen hablar así á sus personajes, un poco a tontas y a locas, por gallardear y por echárselas de disertadores petimetres, y soltando de cuando en cuando, llevados de su garrulería, frases sin sentido ni meollo que dejan turulato al que las oye, arrancándole hasta un aplauso inconsciente por la misma incomprensión de lo tan gratamente oído? ¡Quizá! ¿No serán otra «tomadura de pelo», socarronamente hecha a ciertos modernistas, los deslices de rimas en asonancias, de preposiciones colgadas, de construcciones enrevesadas y enmarañadas, y hasta la medida misma de los versos, impropia de la escena? Sería una crítica zumbona digna del mayor aplauso; pero si la hipótesis es admisible en una «obra para leer», es difícil de admitir en una «obra para ser representada», porque un autor puede utilizar los medios que su ingenio le sugiera para expresar sus ideas artísticas; pero no es fácil que haga entrar a toda una empresa de teatro y a toda una compañía en sus propósitos, jugándose los intereses que en tales campañas se juegan, así sean los justadores personas tan desprendidas como D. Fernando Díaz de Mendoza y D.^a María Guerrero.

En todo caso, y por si fuera un camelo sabiamente preparado, quiero demostrar que a mí no me la han pegado, y que limitándome al «bello fragmento» inserto en el *A B C* y acertadísimo comparado con la «evocación de una vitrina del siglo XVIII con su rica colección de encajes, tabaqueras y abanicos de la época», pretendo probar que no trago sin la debida protesta ciertas cosas, y que no comulgo con ruedas de molino. Veamos; el fragmento empieza así:

E. M.—Abril 1912.

13

ARLEQUÍN. ¿Las blancas manos tejen guirnaldas
á la bicorne frente de Pan?

¡Graciosas ninfas que lleváis faldas
por el decreto de un chambelán!

ROSALINDA. Si ahora nos cubren blondas y sedas,
no lo mandaron los chambelanes;
pero aquí llevan en las olmedas
hoja de parra los egipanes.

¡Qué bonito! ¿Verdad?—¡Precioso!—¡Bueno! Pero, pensemos en que eso está escrito para el teatro, y contemos con que de los espectadores que concurren a la Princesa—y no hablamos de los que oirán la obra, si cuaja (1) por esos mundos de Dios, en España y en América,—la mitad se quedan en ayunas del diálogo, y sólo se atienen a la música de las palabras. Ya esto es un defecto, pues las obras escénicas deben ser inteligibles, escritas en lenguaje tan claro que se comprenda sin esfuerzo cuanto se dice. Pero pasemos por alto esta pequeñez, y veamos lo que se dice. Arlequín se encuentra con Rosalinda y con Amaranta, y las llama «¡graciosas ninfas»—piropito discreto—«que lleváis faldas por el decreto de un chambelán!» ¿De modo que antes de ese decreto no llevaban faldas? ¿Iban desnudas? ¿Qué facultades tenían los chambelanes para decretar el porte de faldas por las ninfas? ¡Un lío! ¡Una colección de despropósitos! Ni Rosalinda ni Amaranta iban vestidas porque lo mandara ningún chambelán; ni los chambelanes podían dictar decretos, ni hay nada en esos dos lindos renglones que tenga pizca de sentido. Y no digo nada de la pulla de Arlequín al decir las de manos a boca que «tejen guirnaldas», no por la natural afición de la mujer a engalanar su rostro, o sus cabellos, o su traje, o sus habitaciones, sino por el gusto de presentar la ofrenda de sus guirnaldas «a la bicorne frente de Pan», lo cual, o es una acusación de paganismo o es una alu-

(1) Este articulejo le escribí la víspera del estreno, en cuanto leí el *A B C*, para recoger la impresión de la lectura.

sión a la sinvergüencería de tales damas, cosas ambas para ser recibidas por las damas en cuestión como molestas y ofensivas, por lo menos para cubrir las formas. Pero ¡es claro! Aquellas damas, como la mayor parte de las asistentes a las funciones de la Princesa, no sabían nada de *Pan* ni de su «frente bicorne», y no entendiendo la alusión, no se dieron por ofendidas. Sólo les sonó lo del chambelán, y por eso se apresuró Rosalinda a decir que «si ahora nos cubren blondas y sedas,—no lo mandaron los chambelanes». ¡Qué lo habían de mandar! Pero tiene mucha gracia el «ahora» («si ahora nos cubren blondas y sedas») porque, una de dos: o ese «ahora» quiere decir que antes no iban así cubiertas, o expresa que hay momentos en que están desnudas; en todo caso, es toda una confesión, no muy discreta para hecha a un joven como Arlequín, ni aun por damas de las pintadas por Lancret en los jardines de Versalles. Pero si el «ahora» es inconveniente, ¿qué pensar de lo que agrega Rosalinda? «Pero aquí llevan en las olmedas—hoja de parra los egipanes.» Mucho egipán es ése para puesto en boca de damas que no se han dado por entendidas con la alusión a Pan; pero, ¿qué quieren decir con esa añadidura a su réplica? ¿Es que lamentan la hoja de parra de las estatuillas de los jardines? ¿Es que llaman egipán a Arlequín, y le quieren decir que si ellas llevan faldas, también él lleva hoja de parra? ¡Atrevidillo nos parece ese lenguaje para un comienzo de relaciones!

Arlequín, sin pararse en lo de los egipanes—tal vez no entendiera tampoco la alusión,—se fija en el pie de Rosalinda, y al verlo desnudo, declara que ha encontrado el «chapín» que le correspondía bajo un «jazmín», como la rima perfecta exige, y entonces la dama lo reclama, y Arlequín se dispone a ponérselo por sí mismo, cruzándose este diálogo:

ROSALINDA. ¡Dádmelo!

ARLEQUÍN. Espero la gracia de ser tu azafata.

ROSALINDA. ¡No estáis cabal!

ARLEQUÍN. Linda señora, dame tu pie
por que le vuelva su pedestal.
Sacadle al aire...

¡Qué bonito! ¿Verdad?—¡Precioso!—¡Bueno! Pero es el caso que no sé aquí por dónde empezar. Rosalinda habla de *vos* a Arlequín, y Arlequín de *tú* a Rosalinda, aunque luego suelta un *sacadle* que nos deja sumidos en la mayor confusión por el *le* en lugar de *lo* (Rosalinda dice bien, *dádmelo*), y por el *sacad* en lugar del *saca*; luego tropezamos con una preposición totalmente átona, *de*, rimando con un *pie* más tónico que el jarabe yodo-tánico; después tropezamos con un *por* en lugar de *para* y con un arrastrado *por que le vuelva* en lugar de *para ponerlo*, sencillo, claro y gramatical, que no acertamos á explicarnos en la pluma de Valle-Inclán, sino por el decidido propósito de guasearse del público, de Rubén Darío y de los partidarios de las preposiciones colgadas.

Pues véase esta otra filigrana: dice Arlequín que no es de Francia, sino de Venecia, y habla de España, de la que murmura:

ROSALINDA. Pensad que es tierra muy cristiana,
donde las viejas hacen la cruz
cuando galana capa de grana
rozando el muro, pasa al trasluz.

¡Qué bonito! ¿Verdad? ¡Precioso!—¡Bueno! Pero fíjense ustedes bien: España es una tierra muy cristiana (hay que leer *cristi-ana*, pues si no, queda el verso cojo), donde las viejas hacen la cruz cuando galana capa de grana, rozando el muro, pasa al trasluz. ¿Al trasluz de qué? ¿Al trasluz del muro? ¡Vaya un muro! ¡Ni aunque fuera de cristal! ¿Y si pasa al trasluz sin rozar el muro? Entonces la vieja, ¿no hace la cruz? ¡Oh tierra misteriosa de cruces y de viejas, y de muros y de capas! Todo eso es hojarasca, traída al buen tun-tún para calentar un numen sin ideas. Y todo sigue así:

AMARANTA. Aquí no danzan amores griegos
en los jardines bajo los lauros.

¿Y por qué han de danzar los amores griegos? Los amores griegos danzarán en Grecia y los españoles en España. ¿Y a qué santo habrán de danzar bajo los lauros? ¿No había árboles más a propósito? Se puede danzar a *la sombra de, junto a,* pero no *bajo* los lauros.

ROSALINDA. Aquí las ninfas no hacen sus juegos
de cabalgadas en los centauros.

¡Ah! Los *griegos* para los *juegos*, y los *lauros* para los *centauros*. ¡Pobre Poesía! Pero ¡qué bien suenan esas rimas en *egos*, y sobre todo, en *auros*! ¿Quién se pára en menudencias de sentido? La cuestión es que suene bien al oído lo que se dice, aunque se diga una simpleza, y aunque se pongan en boca de atildadas señoronas, hablando con Arlequín, frases tan inconvenientes como las de los «amores griegos bajo los lauros» y «cabalgadas de ninfas en los centauros».

El discreteo, chispeante de erudición y de gracia, continúa a chorro decasílabo, y Arlequín termina una picante parrafada descriptivo-comparativa con estos cuatro rengloncitos:

Allí las bocas, que abren el cielo,
muerden riendo la verde poma
en los lunares de terciopelo
sobre los labios, puestos con goma.

¡Qué bonito! ¿Verdad?—¡Precioso!—¡Bueno! Pero... ¿entiendes, Fabio, lo que voy diciendo? Aquí es tal el enredo armado por Valle-Inclán, que no hay modo de deshacerlo: unas bocas (dejemos el ripio de «que abren el cielo» a un lado) muerden riendo la verde poma... ¡Perfectamente! Hasta aquí la cosa es clara: unas bocas (o unos dientes, figura retórica conocida en que se toma el todo por la parte) muerden la verde poma, es decir, «una manzana verde», que lo mismo puede

tomarse en el sentido literal de una manzana fresca y agri-dulce, que en el sentido figurado de unas mejillas frescas y juveniles. Pero ¿cómo y en qué sitio muerden esa poma? «En los lunares de terciopelo.» ¿Y cómo se puede morder una poma o unas mejillas en los lunares? ¡Vaya unos lunarcitos! Y ¡vaya un gusto que tiene el mordedor, de morder en lunares de terciopelo, en lugar de morder en carnecita sonrosada! Pero el poeta precisa todavía más, y el mordisco dado en los lunares resulta que no es en la poma, sino en los labios, que es donde están los lunares «puestos con goma», detalle precioso para la Arqueología del siglo XL, y que nos ha descubierto el poeta gracias a las exigencias de la *poma*, que a todo trance reclamaba un viaje a *Roma*, o una ninfa *roma*, o un Pan que la *desloma*, o una boca que se la *coma*, o un ninfo que *asoma* por la *loma*, y que *toma* la *poma* casi en *broma*, o un poco de *goma* para pegar los lunares, que es por lo que ha optado Valle-Inclán, por ser lo que pegaba mejor, en este caso y en muchos otros.

No sigo más, y me contento con repetir a Valle-Inclán lo que he dicho muchas veces a Rubén Darío, a Fernández Shaw, a Marquina, a Rueda y a tantos otros. Querido poeta: usted tiene talento, cultura, numen y gusto; en esa misma *Marquesa Rosalinda* lo demuestra usted cumplidamente. ¿Qué trabajo le cuesta a usted pulir y limar su obra hasta dejarla limpia de todas esas garrulerías, dándonos, pues puede usted hacerlo muy bien, una labor exquisita y delicada, una filigrana de valor permanente y de mérito indiscutible? ¿No es un dolor, para quienquiera que no se pague de famas populacheras, ver que quien puede trabajar para la gloria de su nombre y de su patria, trabaje para esa galería del vulgo, que da el aplauso, es verdad, pero que lo daría también presentándole obras purgadas de toda incorrección, y a cuyo aplauso podía entonces sumarse el de esa otra minoría que tanto importa para la sólida cimentación del crédito literario?

IMPRESIONES Y NOTAS

EL ESTUDIO DEL LATÍN.—Con motivo de la información abierta por Andrés Fresnois en la *Revue des Français*, sobre la conveniencia o inutilidad del estudio del latín (información cuyos resultados no han podido ser más favorables, sobre todo entre las mujeres, a la lengua de Virgilio), se ha recordado una oportuna frase que Jorge Courteline pone en boca de uno de sus personajes de *J'en ai plein le dos, de Margot*.

—¿Conque sabes latín?—dice un interlocutor.

—«Lo cito, pero no lo sé»—responde el otro.

¡Cuántos doctores, en toda clase de Facultades, pueden decir otro tanto!

*
* *

PARA LOS QUE DUERMEN MAL.—El Dr. Fleury da en la *Hygiène* varios consejos a las numerosas víctimas del insomnio. Importa que el estómago funcione bien, pues su estado es de los que más influyen en el sueño. Las digestiones penosas de los dispépticos y de los artríticos suelen producir insomnio o, por lo menos, pesadez y agitación perturbadoras del descanso reparador. Importa también el buen funcionamiento del intestino, pues sus desórdenes trascienden también al sueño, perturbándolo. En general, debería prohibirse a las personas que padecen de insomnios, cualquiera que sea su causa (nervios, corazón, estómago, riñones, hígado o intestinos), el uso de las bebidas fermentadas, especialmente del té y del café. Sólo en los hipotensos podría autorizarse el uso, siempre que tomaran esas bebidas en la primera parte del día.

En los anémicos el insomnio se cura mediante cierta preparación que les excite al descanso: una siesta poco prolongada les permite dormir mucho mejor durante la noche. En los insomnios de orden psíquico se impone el tratamiento moral, la persuasión sobre todo, empleando todos los argumentos nece-

sarios para convencer y sugestionar el espíritu del enfermo. En muchos neurópatas que padecen insomnio da excelentes resultados un trabajo regular, después de algunas horas de reposo absoluto.

En todo caso, no debe descuidarse la higiene de la habitación en que se duerma, procurando airearla y oxigenarla cumplidamente. Los acostumbrados a dormir con las ventanas abiertas en todo tiempo, afirman que duermen así mucho mejor.

*
* *

LA ESTUFA DE FRÍO.—Es otro descubrimiento de Graham Bell, el inventor del teléfono: es la manera de tener frío en las habitaciones en la época de calor, como se tiene calor en la época del frío.

El aparato es tan ingenioso como sencillo, y como el autor no se ha reservado el secreto ni ha sacado privilegio de invención, cualquiera puede emplearlo: todo se reduce a adaptar al marco de una ventana de la habitación que se quiera refrescar, un ventilador en forma de abanico que la electricidad mantiene en movimiento constante, tomando la corriente de cualquier aparato de alumbrado. El aire fresco que se produce así se recoge por un ancho tubo que va a dar a una caja de dimensiones bastante grandes donde se coloca una barra de hielo. La caja tiene dos agujas por donde pasa la corriente helada que circula así por todo el cuarto, si se tiene bien cerrado. El aire fresco producido por el ventilador y puesto en contacto con el hielo da una sensación de frescura agradabilísima. Durante los calores del verano anterior de 1911, mientras todo el mundo se quejaba en Wáshington de la temperatura, Graham Bell con su aparato disfrutaba en su casa de una frescura deliciosa.

*
* *

OFICIOS Y VIDAS QUE DAN MIEDO.—Víctor Cyril y el doctor Berger han hecho en París un estudio de lo que aquí pudiéran-

mos llamar los barrios bajos, y el resultado de su información es desconsolador y horrible.

Entre los tipos examinados hay pocas mujeres: éstas tienen menos necesidades que el hombre, sufren con mayor resignación, tienen más constancia y en último término tienen el recurso de la prostitución que las hunde desde luego, pero que las permite defender su existencia.

El tipo de la casa sospechosa se halla, sobre todo, en las cercanías del boulevard Sebastopol y de la calle de San Martín, y comprende habitaciones, boardillas y gabinetes, cuyo precio varía entre treinta céntimos y un franco: suciedad indescriptible, sábanas que sirven para un mes, trapajos que se pudren en las camas y deyecciones en los descansillos. Hay *cuadras* también con camas en torno de un barreño central infecto. No se admite a nadie a crédito, y generalmente no se ocupa la habitación sino para dormir. Las tres clases más terribles en estas casas son los *orientales* (los que venden pieles, alfombras y chucherías de Argel o Marruecos), las prostitutas y los apaches, por el escándalo, el barullo y las bromas pesadas que suelen dar.

Los más delicados duermen en ciertos chiribitiles (tipos los de la *cit * Juana de Arco), cuyo único mueblaje consiste en un jerg n de paja que cada cual acomoda como y donde quiere. «En casa de José», sucesor del célebre Fradin, junto al Mercado, en el centro de la miseria, se duerme a la cuerda, y es un montón de gente diseminado desde el sótano al desván; es un asilo muy buscado porque no se admiten borrachos, y el silencio es obligatorio desde las nueve; al que mete ruido se le expulsa sin contemplaciones.

Los bosques de Bolonia y de Vincennes, desde que las rondas de policía llevan perros, son poco frecuentados. En invierno los infelices que no tienen ni aun para pagar los refugios más baratos, se ingenian para defenderse del frío como pueden; el refugio más conocido es el tubo de canalización, preparado en las calles para ser enterrado en las zanjas: lo tapan

por los extremos, y allí duermen tranquilamente. Las canteras de yeso de Romainville, calientes todavía, sirven para cocer, uno tras otro, los dos lados del cuerpo. Otros refugios son: las barcazas del Sena y de los canales, las pilas de sacos de los muelles, los vivacs de los guardas de obras en construcción, las casas en demolición, los toneles de vinos de Bercy, los coches abandonados en terrenos vagos, los carritos de los vendedores de periódicos, las salas de espera de las estaciones, las iglesias, para los que logran quedar encerrados en ellas, las escaleras exteriores del metropolitano, los corredores de las casas donde pueden burlar la policía, etc.

Todos esos desdichados se dedican a oficios poco definidos: unos corren tras los coches para descargar equipajes, otros van al campo en busca de violetas o de azulinas; éstos se agarran a un carro para ayudar a tirar, aquéllos se dedican a recoger pedazos de hierro, que les pagan, cuando juntan 20 kilos, un franco. Hay el *camelot* y el trapero, el vendedor del artículo París y el barbero a perra chica, el repartidor de prospectos y el pega-carteles, el hombre-sandwich y el *bandista*, que gana 36 perras por cada mil bandas si las hace bien, y de las que tiene que dar 16 al intermediario que le ha proporcionado tan lucrativa ocupación. ¡Desgraciados!

*
* *

MÁS SOBRE «DEBER DE».—Dos discretos ateneístas excursionistas—supongo que son tales por el membrete de la carta que me dirigen, y afirmo su discreción por el tono de su misiva—me piden razione más todavía las indicaciones críticas que sobre el uso del verbo *deber* con *de*, hice en el número anterior (1). Aunque ya otras veces he tratado de este tiquis-miquis gramatical, ampliaré con gusto mis razonamientos para ver de

(1) Esta *nota* la escribí para el número de Marzo, y por conveniencias de ajuste, la retiraron en la imprenta.

satisfacer la atendible y estimable curiosidad de mis lectores.

El uso del verbo *deber*, como verbo de obligación, viene, desde los tiempos más antiguos de la lengua, confundido con el de *haber de* y con el *tener que* como sinónimos («he de salir» y por analogía «debo de salir» y «tengo de salir») y nuestros clásicos están llenos de ejemplos de este uso, no siendo extraño por lo mismo que los actuales escritores barajen y confundan estas formas. De lo que yo trato es precisamente de restablecer la pureza de la frase, dando a cada giro su propio valor, para que no invada ninguno de ellos la jurisdicción del otro. «He de decirte una cosa», «debo decir una cosa», «tengo que decirte una cosa», son tres fórmulas distintas que responden a matices delicados del pensamiento, dentro todos de un color común, de una idea general que a todos los abarca: la obligación. Si yo estoy hablando con uno y quiero atajarle con una observación, seguramente lo hago empleando la primera fórmula: «he de decirte una cosa»; si él insistiera y nosotros estuviéramos seguros de nuestro mayor conocimiento del asunto, replicaríamos con la segunda fórmula: «debo decirte una cosa»; en ninguno de ambos casos estaría bien empleada la tercera; en cambio, si alguien nos hubiera revelado un secreto, o confiado un encargo, o nosotros mismos tuviéramos empeño o hubiéramos formado el propósito de decir a alguien algo que le interesara o nos importara que supiese, desecharíamos las dos fórmulas primeras, y emplearíamos espontáneamente (pues el lenguaje es así, y todos estos trabajos de selección se hacen en los dominios de lo subconsciente) la tercera fórmula: «tengo que decirte una cosa».

Como todas estas delicadezas de análisis y primores de dicción no están al alcance del vulgo, el vulgo no se pára en barras, y baraja, no ya las fórmulas solo, sino los elementos materiales mismos de que se componen, tomando el *de* del *haber de* y poniéndoselo a *deber* y a *tener*. «Has *de* saber eso», «debes *de* saber eso», «tienes *de* saber eso». Del vulgo recoge el escritor poco cuidadoso esa mezcla de expresiones, y la em-

plea a su vez; y el mismo escritor correcto y hasta el mismo buen hablista, influido por el medio ambiente, cae a veces, al correr de la pluma, en la trampa del equívoco. Por eso, al lado de «lo que *debe ser* delante de Dios un alma», encontramos en Santa Teresa «algo *deben de* esperar»; y al lado de «por la misma ley *debe ser* libre», hallamos en Cervantes «lo que *debe de hacer* como discreto»; y junto al «*deben resolver* nuestros códigos», leemos en Jovellanos «*debe de* ser tan durable como ella misma».

Ante esta confusión, y en su deseo de armonizar las cosas para salvar los dos giros, los gramáticos hallaron cierta diferencia de sentido entre *deber*, seguido de lo que ellos llaman un infinitivo (yo lo llamo *nombre de verbo*) y *deber de* en la misma posición. La diferencia, en efecto, salta a la vista en algunos casos: entre «cada día voy entendiendo más lo que *debe ser* un alma ante Dios», y «yo soy amiga de apretar mucho en las virtudes, mas no en el rigor; *debe de ser*, ser yo poco penitente», frases ambas de Santa Teresa, bien se ve el valor absoluto del primer *debe ser*, y el valor precario, dubitativo, de conjetura, del segundo *debe de ser*. Fundados en esta diferencia han establecido, y la Academia llegó a consagrarlo, el uso del *deber de ser* en el sentido de obligación dudosa, de presunción, de posibilidad, debiéndose suprimir el *de* en los demás casos.

Es una transacción para salvar ambos giros, que jamás ha sido observada por los buenos escritores ni menos por los del montón; los que tienen costumbre de poner el *de*, lo ponen, y los que no, prescinden de él, trátase o no de sentido dubitativo. Hay que tener convicciones en materia de lenguaje, como en política y como en todo. Véase el ejemplo típico de Santa Teresa, pues lo hemos citado de propósito: quítese el *de* de la segunda frase, diciendo; «*debe ser*, ser yo poco penitente», y dígase si hay nadie que no la entienda lo mismo con *de* que sin *de*. ¿A qué, pues, conservar una distinción que arranca de una confusión, de un uso analógico vicioso? Lo mejor es mantener

el empleo de *haber* con *de* frente al de *deber* sin *de*, que siempre resulta arrastrado, vulgar, cacofónico, y desde luego inútil.

* * *

LA CALLE DE LA PIEL OLIENTE EN CANTÓN.—Marcelo Pionnier, en la *Revue des Français*, hace una sugestiva pintura de lo que es «Un paseo por Cantón», en la flamante República china, antes Imperio Celeste. Cantón «es la más maravillosa muestra de la China de *paravent*». De uno a otro extremo, aquello no es más que un inmenso mercado; todo son tiendas y bazares de cuanto uno pueda imaginarse, con ruido ensordecedor de gritos de vendedores y de culis, de cascabeles, campanillas y gongs. Los montones de inmundicias alcanzan proporciones tan voluminosas, que llega uno a creer «que forman parte del sistema orográfico», a lo que ayuda no poco la lujuriosa vegetación que en ellos pulula, de tronchos de berza. La calle de la Piel Oliente, que atraviesa Pionnier, y que es una de tantas de Cantón, le envuelve en una grasa neblina que huele a opio, a tripas, a sándalo y a sudor humano, todo revuelto.

La comida con que le obsequia una familia china es deliciosa: «Gustamos ante todo—dice—de exquisitos pasteles que olían a aceite, berzas y chinches, y luego nos llenaron deliciosos dedalitos de un brebaje salpicado de moscas. El mayor de los niños trajo en seguida la tetera en su caliente cesto algodonado, y el más joven metió en ella la mano hasta el codo para probarme que el té no estaba demasiado caliente.»

Las camorras son graciosas. Casi nunca llegan a las manos, pero las lenguas no paran, y los insultos no los llevan los vivos, sino los antepasados de los contendientes.—«¡Nieto de gorriño, tu tatarabuelo nació con la canga al cuello!—grita uno.—¡Quita allá, biznieto de tortuga, que yo azoto a tus abuelas hasta la undécima generación!—contesta otro.—Y así siguen apostrofándose hasta que se le agota la voz a uno de ellos, declarándose vencido. Después de todo, ¡más vale así!

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La «recognizance» dans le droit anglais.—Contribution à l'étude de la liberté individuelle, par Adrien Paulian. Paris, 1911. Un vol. de 220 páginas en 8.º, 6 francos.

La *recognizance*, es decir, la caución de paz ó de buena conducta que se obliga á prestar a ciertos sujetos con quienes no parece que pueden buenamente vivir en paz sus conciudadanos, es una institución que podemos decir privativa del derecho inglés y, probablemente por eso mismo, muy poco conocida y estudiada por los escritores de fuera de Inglaterra.

El Código penal español incluye en su escala general de penas la de la caución; pero luego, en su libro segundo, cuando señala la correspondiente a cada forma o figura de delito, sólo una vez vuelve a acordarse de ella, y aun entonces, como pena facultativa en los Tribunales (para el delito de amenaza), no como obligatoria, según acontece con todas las demás penas. Así es que apenas nunca se hace uso de ella. Cuando se discutió en el Senado la ley de condena condicional, un senador, el Sr. Tormo, propuso que la concesión de la suspensión de la condena fuera acompañada de la caución por parte del beneficiado con ella; pero la propuesta no fué bien acogida. Se trata de una institución con la que no estamos familiarizados, y la cual, en nuestro habitual liberalismo de tipo francés, nos parece incompatible con los fueros de la personalidad individual.

En cambio, se da la paradoja—aquí lo mismo que en otra multitud de materias—de que en Inglaterra, el país que se dice clásico de las libertades, el empleo de la *recognizance* es, desde hace muchos siglos, frecuentísimo, sin que se piense en suprimir la institución; antes bien, no pocas de las más recientes y de las más importantes leyes penales la admiten y se refieren a ella de nuevo. Y eso que la *recognizance*—conviene advertirlo,—aun cuando se presta ante los jueces y Tribunales, no es una pena propiamente, sino una medida de precaución, y por lo tanto, de índole en realidad administrativa, y las facultades para exigirla son muy amplias, discrecionales y muy vagamente reguladas por la ley.

De esta singular y, a los ojos ingleses, tan útil institución nos ofrece un estudio muy completo y muy interesante el libro del Sr. Paulian, quien para formarlo (es su *tesis* de doctorado) se fué a vivir a la propia Inglaterra, con el fin de verla funcionar en su mismo terreno y dentro de su mismo ambiente. Es un libro, en lo que cabe, perfecto: claro, ordenado, bien escrito, muy documentado, sobrio y suficiente. Para conocer la *recognizance*—tan poco conocida, repito, fuera de Inglaterra, en los demás países europeos, y no hay que decir si en el nuestro,—nada tan recomendable como esta obra. En la cual hallarán los lectores, además del cuerpo de ella, en que se desenvuelve toda la doctrina tocante a la *recognizance* (cuándo y cómo se presta, sus efectos y demás), unos anexos muy útiles sobre bibliografía de la cuestión, estadísticas relativas a la aplicación de la *recognizance*, los textos (en inglés, con su traducción francesa al pie) de varias leyes que se ocupan del asunto, etc., etc.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El Año Musical</i> , por Cecilio de Roda.....	5
<i>Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos</i> , por Miguel de Unamuno.....	28
<i>Los españoles en la Revolución francesa</i> , por Miguel S. Oliver....	53
<i>Mis maestros y mi educación: Memorias de niñez y juventud</i> , por el Dr. D. Federico Rubio.....	75
<i>Problemas y Lecturas</i> , por Aníbal Latino.....	137
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay.	159
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	180
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	206